

Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia



ALFONSO INIESTA CORREDOR

HIJO DE OBRERO, ARZOBISPO DE VALENCIA

ALFONSO INIESTA CORREDOR

2.^a edición notablemente mejorada



Asociación Católica de Maestros

VALENCIA

1993

Portada: *El pobre Lázaro*. Anónimo s. XVII.
Museo Catedralicio. Ávila

Edita: Asociación Católica de Maestros
Santo Cáliz, 3. Valencia

Imprime: Federico Domenech, S. A. Gremis, 4. 46014
Valencia

ISBN: 84-604-4514-3

D.L.: V-3.662-1992

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Presentación	11
Proemio. Declaración del autor	15

I

AURAS DE SU INFANCIA Y JUVENTUD

Dura es la tierra minera	19
Plenitud sacerdotal	23
Confianza y responsabilidad	23

II

UN SALESIANO OBISPO

Obispo de Navarra, el hijo de un obrero	29
Imagen atrayente y acción eficaz	30
Recibe huéspedes	31
Una pequeña comunidad	31
Actividad asombrosa y fecunda	32
Será salesiano siempre	33
Pastor y maestro	35
Por la reconciliación, por la paz y unión	35
Huellas indelebles en Navarra	36
Ganó a los navarros	39

	<i>Pág.</i>
El Opus, don Marcelino y la universidad	39
La persona, los hechos, los aciertos	41
Por dentro crecen las aguas	42

III

A VALENCIA, ARZOBISPO

En Valencia, la gentil	47
Estado de la diócesis	49
Muy valenciano y universalista	49
La ardiente caridad del Arzobispo	51
Sus pacientes audiencias	52
Contrastes del medio	53
«Dispensario» y «Escuela de Enfermeras»	55
Acción religioso-social	57
«Sindicato de la Aguja u Obra Social Femenina»	59
Un afán de continuidad	61
Pervive la voz popular	61
El posible y necesario cambio	62
Cuadro síntesis de actividades	63
El gran seminario de Moncada	65
La Iglesia en la catástrofe del río	65
Congresos eucarísticos	73
Aumenta el prestigio	75
Visita pastoral	75
«Acción Católica» y Asociaciones	77
Mundo de esperanza: niño, educación	77
El «Día del Maestro»	82
La «Tómbola Valenciana de Caridad»	83
Trece barriadas construidas: «la iglesia, después»	85
Un «político» defensor del trabajador y de la familia	85
El jubileo, plebiscito de amor	86
Sucesos y hechos notables en su tiempo	87
Distinciones y nombramientos	89
Don Bosco fue su imagen	91
Fidelísimo de la Iglesia y de la Santa Sede	93
Dos obispos auxiliares	95
Se proclama «hijo del pueblo»	95

	<i>Pág.</i>
Maestro del buen decir	98
Con la palabra y la acción	99
Relaciones Iglesia y Estado español	100
Su visión del mundo	101
Fue de su tiempo y de todos los tiempos	102

IV

OBEDIENTE, CESE Y MUERTE

La prueba final	107
Vida privada. El Señor le llama	107

V

PASÓ HACIENDO EL BIEN

Epílogo fascinante	115
Palabras finales	117
El escritor acaba su misión y dice:	117
Índice onomástico	119

COMO FLOR DE ÁUREAS LEYENDAS

NOTAS SENCILLAS SOBRE LA VIDA ILUSTRE Y GLORIOSA
DEL EXCMO. Y RVMO. SR. D. MARCELINO OLAECHEA
LOIZAGA, ARZOBISPO DE VALENCIA (ESPAÑA)

“Quien quisiera hacer la voluntad de
Él, conocerá si mi doctrina es de Dios
o es mía.”

San Juan, 7-18

“Mirad que no son tiempos de creer a
todos, sino a los que viéreis van con-
forme a la vida de Cristo.”

Santa Teresa: *Camino de Perf.*, 21

PRESENTACIÓN

No es fácil, en la brevedad a la que debe ajustarse este trabajo, resumir las actividades apostólicas, sociales y educativas que presiden la vida de don Alfonso Iniesta Corredor.

Nació en Pozo Cañada (Albacete), en 1901. Estudió en Valencia y obtuvo el título de Maestro de enseñanza primaria a los 17 años.

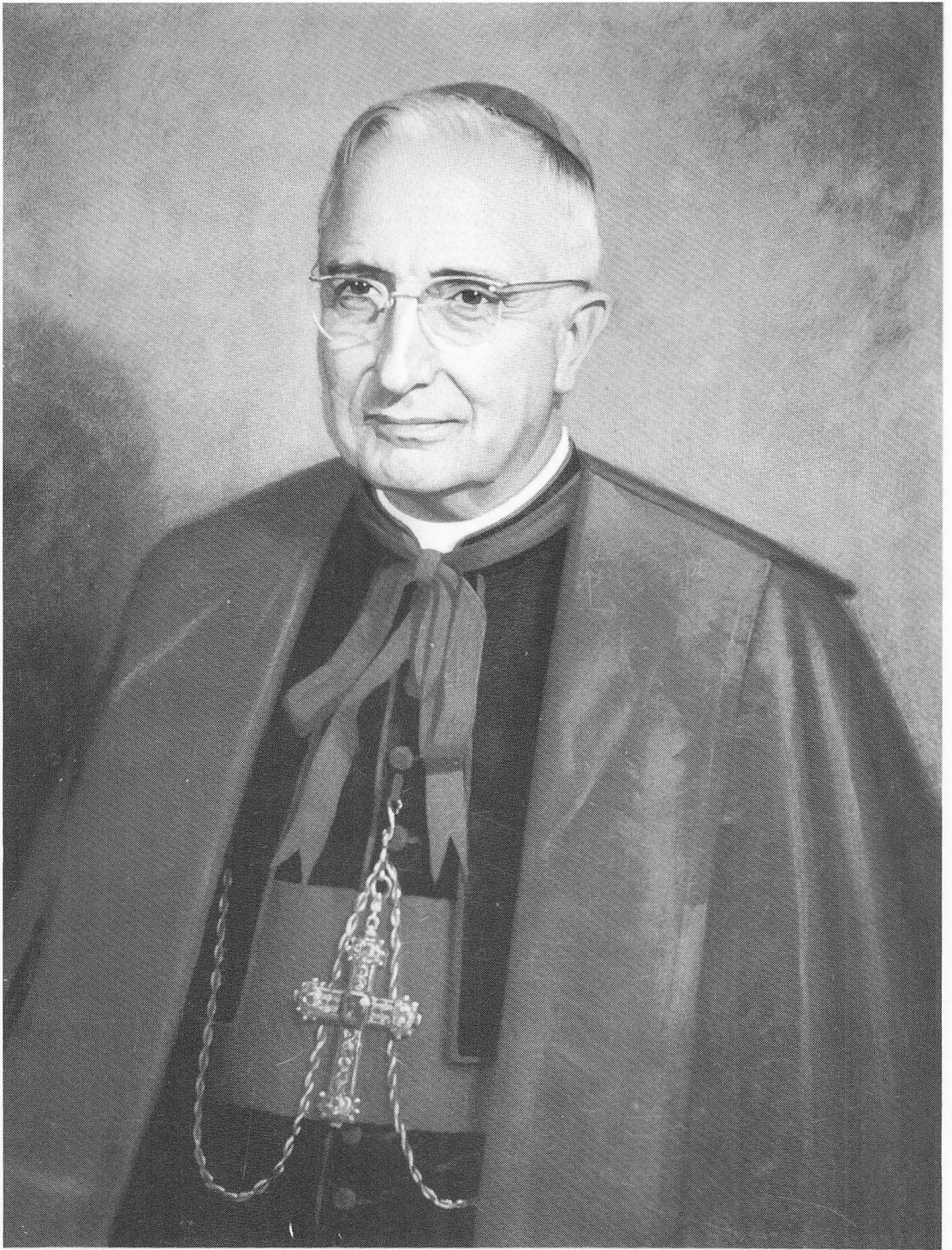
Prestó servicios en las escuelas del Patronato de la Juventud Obrera de Valencia y en las escuelas nocturnas para obreros hasta que fue nombrado Director de las Escuelas de San Vicente de Paúl.

Opositó al Magisterio nacional en 1925 y al aprobar fue destinado a Bañeres (Alicante), donde realizó una labor realmente extraordinaria, hecho que agradeció el noble pueblo alicantino asociándole a todas sus efemérides y declarándole hijo adoptivo y predilecto.

El delicado espíritu de don Alfonso no podía permanecer impasible ante tantas muestras de afecto y al retirarse a Santa Pola, ya jubilado, hizo donación a Bañeres de su biblioteca particular consistente en 6.000 volúmenes, sus títulos administrativos y académicos, así como cuadros y objetos de valor.

Ganó por oposición la plaza de Maestro en el grupo escolar Menéndez y Pelayo de Madrid y, posteriormente, la de Inspector de enseñanza primaria, cargo que ejerció en Orense, Palencia, Vitoria, Barcelona y Madrid, siendo Inspector Jefe de la última de 1941 a 1959. Durante su estancia en la capital de España realizó estudios universitarios, obteniendo la licenciatura en derecho y aprobando los cursos de doctorado.

Crea y promueve actividades en asociaciones católicas de maestros de Orense y Pontevedra, pronuncia conferencias en gran parte de las capitales españolas, se le confían cargos técnicos y de asesoramiento en la Dirección General de Enseñanza Primaria, cargos que desempeña a satisfacción de todos los profesionales, por lo cual recibió los siguientes títulos honoríficos y condecoraciones:



D. MARCELINO OLAECHEA

- *Presidente de honor de las asociaciones católicas de maestros de Galicia, Asturias y Castellón.*
- *Presidente de honor de la Asociación Médico-Escolar y Universitaria.*
- *Desde 1953, miembro honorario perpetuo de la Asociación Católica de Maestros de Valencia.*
- *Presidente de la Federación Católica de Maestros Españoles.*
- *Presidente de la Hermandad de Inspectores.*
- *Medalla de plata del trabajo, hojas de roble.*
- *Comendador de la Orden del Mérito Civil.*
- *Medalla de plata de Madrid, capital, y de la misma categoría, de la provincia.*
- *Inspector central y consejero nacional de educación en el Ministerio de Educación y Ciencia.*

Sus actividades superan las cotas más altas imaginables, ya que, además, tiene publicados 38 libros sobre enseñanza, uno de ellos dedicado a los niños gitanos, habiendo colaborado asiduamente en «Gaceta de Levante», «El Noticiero Regional», «Ya», «ABC» (editorialista), «E.H.E.», «Escuela Española», «El Maestro Católico», «Valencia Escolar», etc. Alguna de estas obras ha sido galardonada con el premio «Lazarillo» y otra por la Caja de Ahorros de Barcelona. Ha escrito también centenares de artículos periodísticos.

Cuando todos pensábamos que al llegar la jubilación cesaría en sus actividades, le vimos entregado al estudio de los problemas socio-educativos de los niños gitanos y a la formación de los mismos, visitando escuelas y asistiendo a asambleas y concentraciones, lo que le suponía un gran esfuerzo físico.

La amistad entre don Alfonso y nuestro Prelado se convirtió rápidamente en entrañable, yo creo que debido al paralelismo de ambas actitudes ante la vida, que no son otras que el amor a Dios y el amor al prójimo señalados en el primero de los mandamientos.

Lee, estimado lector, la biografía que llega a tus manos con el mismo cariño con el que ha sido escrita por don Alfonso y ayúdanos a propagar la memoria de don Marcelino, cuyo ejemplo debe permanecer vivo entre todos nosotros.

PASCUAL DE PABLO

PROEMIO. DECLARACIÓN DEL AUTOR

El autor del presente escrito en recuerdo y homenaje filial de admiración y cariño a la venerable figura del que fue sabio pastor, culto sacerdote y santo regidor maestro de dos diócesis, Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelino Olaechea y Loizaga, se declara hijo incondicional de la Santa Iglesia Católica Romana, ateniéndose en todo a cuanto ella declara sobre la presunta declaración de santidad de sus hijos y de los testimonios que se aportan enalteciendo su figura. Declara ser verdad cuanto se manifiesta y se comprueba de una u otra manera, por sí o por testigos veraces que lo conocieron y trataron. Todo lo cual podrá comprobarse en su día.

El modesto autor de estas notas manifiesta bajo su absoluta responsabilidad, conocimiento y completa libre decisión, que en ella no se abarcan toda la noble, extensa y rica figura en múltiples facetas del quehacer humano-religioso del que rigió eficaz y celosamente durante once años la diócesis de Navarra y de veinte la archidiócesis de Valencia, Dtor. Olaechea. No es posible en todos sus muy completos aspectos, matices y extensas manifestaciones religiosas, cívicas y culturales. Exige extenso estudio cuanto requieren sus vastos conocimientos, su vida de oración y acción, y el testimonio de sus numerosos colaboradores de todo rango. También de cuantos le conocieron y amaron. No ha sido posible por ahora. Su pequeña competencia, el autor la ha puesto, bien expresamente, eso sí, con cariño y admiración por la vida fecunda, su abolengo, sus grandes empresas y el espléndido contenido de tan insigne figura, sin duda, gloria de la Iglesia española, de la Iglesia universal y prez de la Congregación salesiana. Aun con pálidos destellos recogidos por el escritor, la figura sobresale en su tiempo con luz propia y ella desprende excelsitud y espirituales dimensiones.

Esta áurea página del episcopado español bien merece, no los pobres reflejos de esta pluma, sino el himno grandioso de un coro polifónico solemne e inspirado. Como flor de áureas leyendas cristianas. Que bien merece el amor y reverencia del pueblo cristiano.

I

AURAS DE SU INFANCIA Y JUVENTUD

DURA ES LA TIERRA MINERA

El norte —norte de España— ha tenido siempre una gran influencia sobre el resto de la península. Lo reconoce un hijo de él, don Gregorio Marañón, su hijo ilustre, al historiar las notas culturales importantes que en sus ciudades florecieron.

Ensalzó un día en versos inmortales el gran Menéndez Pelayo a sus «cántabras montañas» y a «la vena de hierro en sus entrañas». Vena de hierro también existente en Vizcaya. Hay otro yacimiento en tierras andaluzas. Éste a cielo abierto. De norte a sur alumbraba el esfuerzo heroico de los hombres metidos o sobre las negras vetas de la tierra. Lo consigue el minero con esfuerzo prolongado y penoso. Y con ofrenda de humildes figuras humanas. De norte a sur, el esfuerzo perdura. Pero en el norte, los cielos son plomizos muchas veces y oscuras las horas alegres de los valles idílicos y suelen estar cargadas de pesimismo las de la tarde. Que debían resultar serenas y apacibles para el descanso.

Mineros unos y otros. Los de arriba y los de abajo. De estos últimos trazó Concha Espina la historia amarga y trágica de sus vidas, siempre al borde del sacrificio. No importa que los hombres se hallen separados por la distancia y sean otras las tierras y los aires, los ríos y los soles en donde el vivir es dolor y larga cadena de sufrimientos. A todos ellos los une el común, aciago destino, el dolor y hasta la muerte. El metal adquirido lleva sombras letales. Y duros son los hombres todos. Pero los de Baracaldo adquieren notas especiales. Los dan los altos hornos, más que las industrias químicas junto al Nervión. En los hogares se encuentran escasos libros. Con sueldos ínfimos la cultura puede señalar pocas metas. Dos reales al día de sueldo, entonces, parece arrancar del reino de la fábula. Las tierras que antaño ennoblecieron muchas vocaciones religiosas, hoy las esteriliza el más bajo índice de natalidad peninsular, y por sus valles suaves e idílicos corren las bandas asesinas, del rencor y el homicidio. Duele señalar esto: ¡Vascongadas! Otrora valerosas y fuertes.

El siglo XIX termina, dejando impresos en las páginas de la historia de España los más variados recuerdos: los pesimistas de la gloriosa guerra de Independencia, asonadas



Mirada franca, serena y perspicaz en el joven sacerdote Marcelino

civiles y sublevaciones militares, guerras carlistas, guerras en ultramar, inquietudes laborales y pálidos progresos industriales. Sobresalen dos amplias zonas: la vasca y la catalana... ¡y fulgen señales de esperanza!

En Europa resuenan los clamores alegres de la Exposición Universal de París, y sobresalen, con vientos de progreso industrial y comercial, nuevos movimientos literarios, artísticos y preocupaciones obreras y sociales. Es época acusada de cambios. En 1902 se declara mayor de edad al que se llamaría Alfonso XIII.

También Baracaldo —Vizcaya— se halla en proceso de creciente industrialización; especialmente, los altos hornos cobran importancia.

Dependiendo del progreso de esta industria nace un niño en humilde hogar proletario. Pedro, el padre, es jefe de ajustadores y percibe dos reales de jornal al día. Pronto fallecerá dejando a la familia en desamparo. En el seno cristiano y animoso de aquel hogar, los hijos se han recibido como auténticas bendiciones del Señor. La fe es grande y nunca falta la esperanza en Dios. El nuevo niño aumenta las estrecheces económicas de la familia. ¡Ya saldrán adelante!

La madre, Matilde, posee la viril decisión y entereza de la buena y cariñosa madre vasca. Se conserva un retrato de busto que manifiesta una mirada penetrante, un perfil agudo, con el pañuelo en pico anudado a la cabeza. El vestido es negro como el usado por campesinas de condición corriente. ¡Cómo recuerda a otra madre, la de don Bosco!

En el año 1889 nace Marcelino. Ambiente de austeridad habrá de rodearle. Sobre su espíritu no influirán falsos aires de fuera. Se formará en desarrollo normal de infancia sin crear complicaciones ni verse afectado por enfermedades largas y pesosas. Su robustez es prenda, con la clara inteligencia, como signos de buen futuro, difícil de predecir. Un ambiente de paz cubre el desarrollo de las horas familiares. Paz y fe son buenos alicientes para la infancia.

Una visión aproximada de cómo fue el modo de vida de Marcelino y la manera de mantener las costumbres, actividades diarias y frágil economía familiar —menos dura sin los agobios con ella especificados—, nos lo ofrece el propio interesado en un precioso artículo periodístico, publicado en 1936 —estampa viva y evocadora que no desdeñaría haber firmado la pluma vigorosa y colorista de José M.^a de Pereda o Trueba—, para describir a su anciana tía Isidora soportando en paz sus tribulaciones económicas y poniendo de relieve costumbres y vida entonces del proletariado en la industriosa Baracaldo, creciendo en potencia industrial con fuerte empuje.

Duras lecciones en años de modelar la imagen propia y que se prolongarán a través del tiempo, sin que los más variados sucesos y acaeceres puedan borrarlos. El hogar, punto de partida siempre. Su base y asiento. Como el del inquieto Agustín en Hipona.

Los educadores, a porfía, conceden a esta etapa de vida infantil importancia extraordinaria. Ella proyecta vigorosa, luces y sombras en edades posteriores de vida. Se inclinará Marcelino —cuenta doce años—, cuando la vocación religiosa aflora, por profesar en una congregación religiosa nacida en una pobre sacristía del encuentro del sacerdote Juan Bosco con Garone, huérfano abandonado de todos. Pobreza y sacrificio como guías.



Don Marcelino, salesiano, desempeñará cargos importantes en su Congregación

La línea recta de vida de Marcelino será por su conducta, afanes y deseos, siempre ascendente. Nunca por ambición propia. Le obligará siempre la obediencia. Sin reservas de ninguna clase desenvolverá años vitales y madurando la manera de ejercer misiones y cargos de responsabilidad.

Como obispo luego, el Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelino Olaechea mantendrá muy viva en el palpitar de su corazón ante el vivir angustioso del pobre, y dirá muchas veces que «*debajo de las hopalandas del obispo, llevo la blusa del obrero*». Expresión muy gráfica, símbolo de todo lo que será una vida entregada al más alto y glorioso apostolado. A él se unió la sabiduría, que es patrimonio del virtuoso según el libro santo.

PLENITUD SACERDOTAL

En el desarrollo de su vida ha llegado Marcelino a los veintisiete años y es su figura atrayente, respira simpatía, siendo modelo de religiosa observancia en su congregación. Como Teresa de Jesús, es «amigo de letras», para cuyo estudio se hallaba muy bien dotado. La obediencia cambia la dinámica de los hechos y en vez de manejar sólo libros deberá entregarse a la acción teológica y social adquirida en Turín y Lieja. Pero los superiores estiman su ya vasta cultura; su inmediato, brillante dinamismo le permite dirigir el noviciado de Carabanchel, barrio cercano a la capital de España. A él va el 10 de octubre de 1917. Luego sería provincial de los salesianos de Cataluña y Aragón. Cuenta 32 años.

La guerra europea —la primera de ellas— arde en todo su furor y crea dificultades en el desarrollo de la vida nacional. Principalmente en amplios sectores de ella: la clase media y los grupos obreros, sin reservas para la resistencia en los días de grave alteración económica.

La gran tensión de Marcelino, el trabajo acuciante, la responsabilidad, ponen a prueba su fortaleza, afecta a su salud y se ve obligado a seguir un tratamiento médico especial para recuperarla. Muy pronto pasará a ocupar un nuevo cargo: la inspectoría de la provincia salesiana. Al mucho hacer tendrá que unir sabiduría y prudencia.

CONFIANZA Y RESPONSABILIDAD

Las brillantes dotes de mando de Marcelino, sus aciertos al frente de los cargos ejercidos le hacen pronto sobresalir. La Santa Sede se fija en él y le distingue nombrándole visitador de los seminarios eclesiásticos de Valencia, Granada y Sevilla, el 25 de agosto de 1935.

Misión tan alta y delicada, requería la puesta en práctica de un sacerdote muy en completa forma, con arraigados criterios propios, autoridad, experiencia y sabiduría. Ni rigor, ni complacencia; austeridad, afecto y visión clara de un futuro difícil. Templanza, serenidad, eficacia. Cordialidad, amor. Todo era poco.

Cumplió su misión don Marcelino de manera brillante. La sociedad cambiaba sus costumbres. El nuncio, M. Tedeschini, quedó complacido. Sus valores espirituales subieron de punto. Su figura y nombre adquirieron especial relieve.



Auténtica imagen de mujer vasca. Tuvo 17 hijos, el último don Marcelino. Mantuvo serena y fuerte el hogar cuando murió el marido

No pudo descansar. La Congregación le requirió enseguida como director de la casa establecida en Madrid, en una zona suburbana entonces y ya completamente urbanizada. En ella se forjaba —diestra, celosa y técnicamente— una editorial de las más importantes que recogen, encauzan y alientan las actividades apostólicas salesianas en la Ronda de Atocha —General Primo de Rivera.

Paso tras paso, ruta seguida, tras ruta salvada, el joven sacerdote salesiano ha destacado brillantemente su personalidad y designado para regir una importante diócesis en España.

Don Marcelino acepta, por fin, la designación; pero después de haber resistido cuanto estaba a su alcance. Acepta sólo cuando se le impone «en virtud de santa obediencia».

Pío XI no se equivocó al hacerlo. Para un religioso se abre ancha vía de gozo y esperanza. En el horizonte se perfilan nuevos sacrificios.

II
UN SALESIANO, OBISPO

OBISPO DE NAVARRA, EL HIJO DE UN OBRERO

Con gran solemnidad, el que ya es Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelino Olaechea es consagrado en Madrid el 18 de agosto de 1933. Entra en Pamplona en el mes de octubre siguiente. El obispo de Pamplona es hijo de un obrero de Baracaldo. Precisamente en una época cuyos acontecimientos desastrosos pronto se pondrían de manifiesto el 18 de julio de 1936. ¡La guerra civil ha estallado en España! La tragedia cierne sus negras alas sobre la posible gestión que haya de realizar un joven obispo. Porque se litigan valores espirituales y morales del más alto valor y han intervenido en la guerra el marxismo ruso y las internacionales socialistas, Italia y Alemania eran un oponente nazi. Las pasiones más violentas andan sueltas y sobre la Iglesia española han caído los mayores odios que convertirán en mártires a miles de sacerdotes, religiosos, once obispos y seglares. Papeleta difícil la del nuevo obispo. Navarra se ha volcado en favor de la causa nacional que patrocina el general Franco y sus juventudes empuñan voluntariamente las armas en su favor. Han rebrotado tensiones nacionalistas extremas. El entusiasmo no decrecerá hasta el final de la lucha —1 de abril de 1939— en gran parte de la nueva generación.

Esta división de las conciencias y de las conductas humanas no puede facilitar la obra de unión que el nuevo prelado desea desarrollar. No le pondrá cortapisas a su inmediata acción pastoral que le llevará hasta el fuerte de San Cristóbal, donde se hallan muchos detenidos políticos, para llevarles el consuelo de su palabra confortadora y hasta la gestión posible en favor de los que padecían situaciones más graves. Al propio tiempo, ampara a las familias y es su consuelo como padre y pastor de todos sus feligreses. Sin distinción de ideas religiosas o políticas.

Queda muy ancho campo en la diócesis para la pronta acción del obispo. Su inmediato dinamismo fue siempre clara divisa de este vasco que ahora tiene que desenvolverse en muy distinto campo al ya conocido: navarros divididos. Vascos al fin. Aunque bien matizada su personalidad propia. Con cambiantes bien diferenciadas. Lo iría poniendo de relieve a través de una vida activa, esmaltada de hechos y virtudes cristianas. Con la mayor delicadeza, suavidad y acierto.

IMAGEN ATRAYENTE Y ACCIÓN EFICAZ

Los que tuvimos la suerte y el privilegio —generoso don de Dios— de conocer a don Marcelino, tratándole personalmente, y aún de considerarle amigo, llegamos a sintetizar en una muy corriente expresión certera entre los españoles, que sintetiza todo un mundo de impresiones encontradas, y puede agruparse de esta manera real: ERA MUY SIMPÁTICO. Es la calificación máxima del hombre público que mantiene relaciones habituales con el público. A la vez, le acompañaba la prudencia en el mando —bien demostrada en los cargos provinciales salesianos—, y sabios, de mente culta y dinamismo en acción. Con la cortesía que es también caridad como lo atestigua Jesús en diversas ocasiones.

Ser o no ser simpático es para el español carta decisiva si quiere mantener mejor contacto personal. Lo fue don Marcelino en alto y eficaz grado. A diario se demostraba en largas audiencias públicas y en el contacto con gente de todas las clases sociales.

- a) Porque era hombre de mucha y diaria oración y del Sacramento supo sacar energía de acción y para la contemplación, unida en el vuelo sencillo, natural de los actos comunes con Juan Bosco, cuya vida y hechos veneraba.
- b) Porque su gran y tierna devoción permanente a la Madre de Dios y Madre nuestra le inspiraba sus mejores movimientos, sus cálidas decisiones, su mantenido siempre vivir sereno y apostólico.
- c) Porque sabía diestra y certeramente amoldarse a todos los ambientes y medios que trataba o conocía, y recordaba a San Pablo cuando se dirige a los cristianos de Roma y les dice: «Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran.» Por esta sutileza espiritual sabía manejar diestramente los dichos y expresiones del pueblo, las frases conocidas, el gesto adecuado para convivir con toda clase de personas, haciendo suyo el verso de Pemán: «¡Todo alude al amor para quien ama!»
- d) Porque el aspecto físico resultaba y hacía su figura airosa y gentil aun en los años de senectud, que la enconcorvaba, ligeramente inclinada, y predisponía a la atracción sin palabras, como gustaba decir en «Las florecillas» el santo de Asís.
- e) Porque en su rostro se dibujaba la expresión permanente de una amable sonrisa, que con la palabra afectuosa prendía pronto en el interlocutor, abriendo las puertas para la dulce insinuación, el diálogo eficaz, la convivencia, sin confusiones, sin preferencias mesocráticas.
- f) Porque para completar el conjunto, se le unía el gesto «con gracia» como pedía San Pablo a los cristianos de Galacia.
- g) Porque llegó a obtener una eficaz y nobilísima acción de presencia ante la sociedad navarra y posteriormente en mayores grados en la valenciana.

Se conservan imágenes en monocolor, al tomar posesión de la diócesis de Navarra. Conservaba todas las energías juveniles y aparece su aspecto sereno y reposado, trascendiendo autoridad, juventud y aplomo. No es la juventud pagana que cantó Rubén Darío; es la cristiana que enalteció Gabriel y Galán en toda su pujante esperanza al servicio de eternos y preclaros ideales religiosos.

El brillante, diestro y famoso pincel de Barazzutti, tal como aparece en su lienzo, lo demuestra con cierto empaque pero humilde y sencillo. La mirada declara un alma llena de paz, mientras el rostro dibuja complacido una leve, agradable sonrisa, reflejos de la paz que reinaba en su espíritu. Como en el del famoso retratista Agustín Segura.

En otro orden, se puede señalar —ya en Valencia— una abundantísima representación gráfica de la figura del arzobispo en las más diversas actividades públicas y privadas. En los dos volúmenes *Pasó haciendo el bien* se pueden hallar centenares de ellas.

RECIBE HUÉSPEDES

Durante todo el tiempo que don Marcelino rigió la diócesis de Navarra, ejerció la caridad en diversas formas: fue su pasión noble y constante. Unas veces personales; se trataba de sacerdotes y religiosos procedentes de la llamada «zona roja» en la que se estaba llevando a cabo una terrible persecución que llevaría al martirio a muchos de sus compañeros, o casos de seglares diocesanos. Otras veces eran huéspedes ilustres. Algún obispo muy acongojado, algún monje de Montserrat huido... La residencia episcopal se hallaba sujeta a muchas incidencias derivadas de la guerra. Abierta a todos.

Hallaron amplia acogida por parte de don Marcelino su antiguo y gran amigo don Josemaría Escrivá; el P. Carmelo Ballester, posteriormente obispo de Vitoria; don Ángel Herrera, entonces periodista y presidente de la Junta Central de A. C. Más militares y políticos como invitados.

Todos ellos tuvieron fraternal acogida en la residencia del obispo. Como muchos innominados hallaron protección y amparo en su palabra amorosa y su acción permanente.

La residencia episcopal era centro obligado de muchas confluencias afectivas. En ella concurrían, como vemos, personalidades, como los anónimos que no dejaron huella de su paso, marcado por lágrimas y dolores.

Caridad generosa abierta, con todos, y pública, en casos concretos.

UNA PEQUEÑA COMUNIDAD

El entorno inmediato e íntimo del obispo lo formaban cuatro salesianos y dos religiosas. Éstas atendían las necesidades derivadas de la alimentación y limpieza de las habitaciones privadas.

Del interior de esta pequeña comunidad, como luego la de Valencia, han salido los detalles que determinan cómo era la vida del prelado, sus devociones y aun sus propias aficiones y prácticas religiosas. Por él, poco habría llegado a conocimiento público, ya que nada dejó escrito. Sobre su vida sobresalía con la caridad, la acción. ¡Tenía tantos problemas pendientes...!

Mucha oración, meditaciones, rosario, largas jornadas de trabajo, atenciones personales a diocesanos y a la diócesis, parques recreos y distracciones, visitas al Señor en la capilla... Todo bien dispuesto y determinado. Que cumplía fielmente una ardorosa dinámica cristiana.

Esta formulación de vida episcopal componía, por su unidad, verdadera familia episcopal, tendría la misma o muy parecida expresión cuando hubo de regir la archidiócesis valenciana.

ACTIVIDAD ASOMBROSA Y FECUNDA

Causa verdadero asombro el denso índice de cuestiones que el joven obispo desarrolló en los pocos años de estancia y gobierno de la diócesis de Pamplona. Más aún, teniendo en cuenta las difíciles circunstancias que atravesaba España a partir del 18 de julio de 1936. No dan para mucho, once años solamente.

Agrupadas las materias, con el fin de lograr mayor claridad, resulta este esbozo del amplio y hermoso cuadro:

A. ACCIÓN APOSTÓLICA

Fue la primera emprendida por el prelado. Él tenía que dar imagen relevante del Padre y del Pastor. Problema inmediato: los presos de guerra en el fuerte de San Cristóbal. Acude a llevarles un mensaje de caridad; atenderá a sus familiares. Sobre las espinas del resentimiento y aún del odio, pone el suave cauterio de la caridad; una pastoral sobre la enseñanza religiosa en las escuelas; instrucciones a los capellanes de las unidades militares; acogida a sacerdotes huidos de la sangrienta persecución en la llamada «zona roja»; grata acogida a dos prelados extranjeros exiliados de sus diócesis.

B. INICITIVAS

La más importante, la que ha perdurado y ya encarna en el pueblo navarro fue la JAVIERADA, peregrinación anual a Javier, punto memorable de toda acción misionera. A millares, sobre todo, mozos de corazón y temple recorrían a pie el camino que conduce de la capital al castillo, en misión de penitencia; la coronación de la Virgen Santa María la Real en la plaza del Castillo de la capital, que revistió caracteres de acontecimiento multitudinario y ferviente; el seminario nuevo ya en marcha le impulsó a publicar tres sucesivas pastorales.

C. ENALTECIÓ EL ESPÍRITU SALESIANO

Siempre se consideró el salesiano-obispo ligado a su Congregación, enalteciendo con celo la gran figura del fundador, de Domingo Savio, demostrando en todo instante un peculiar espíritu apostólico dinámico, acogedor y hermanante. Era buen y fiel hijo de San Juan Bosco.

D. LA MISIÓN EDUCATIVA

Tiempos de cambios sociales aun viviendo bajo el agobio de la guerra. Publicó pastorales sobre las costumbres, concretando en varias pastorales cuál debía de ser la postura

de la familia cristiana y peligros que se cernían sobre la juventud. De tribuna le servía el propio «Boletín» de la diócesis, las páginas de la prensa diaria y aun la tribuna pública.

E. *SOLIDARIDAD EPISCOPAL*

Mantuvo afectuosas relaciones con el cardenal primado de España y representante de la Santa Sede, cardenal Gomá, que residía en un convento cercano a la capital, haciendo de él constantes elogios. Su devoción a Roma fue ejemplar siempre. El amor a los papas, probado en las personas de cada uno de los que conoció.

F. *SENTIDO MISIONAL*

Si es verdad que la tragedia de la guerra civil limitaba —en cierto modo— los horizontes culturales y espirituales, monseñor Olaechea procuró mantener vivo el sentido misional de una diócesis tan propicia, organizando, tras vencer dificultades de todo género, una exposición misional cuya grandiosidad pudimos comprobar personalmente, ya que dimos una conferencia en el ciclo que con tal motivo se desarrolló. Buena prueba de fe y una victoria del tesón y la constancia del obispo, con todos sus colaboradores.

G. *LA COLABORACIÓN DE SEGLARES*

Encontró don Marcelino excelentes y bien formados núcleos de seglares, activos, con virtuosos directores dispuestos a la acción en las parroquias respectivas y en las filas de las asociaciones católicas, especialmente de la Acción Católica.

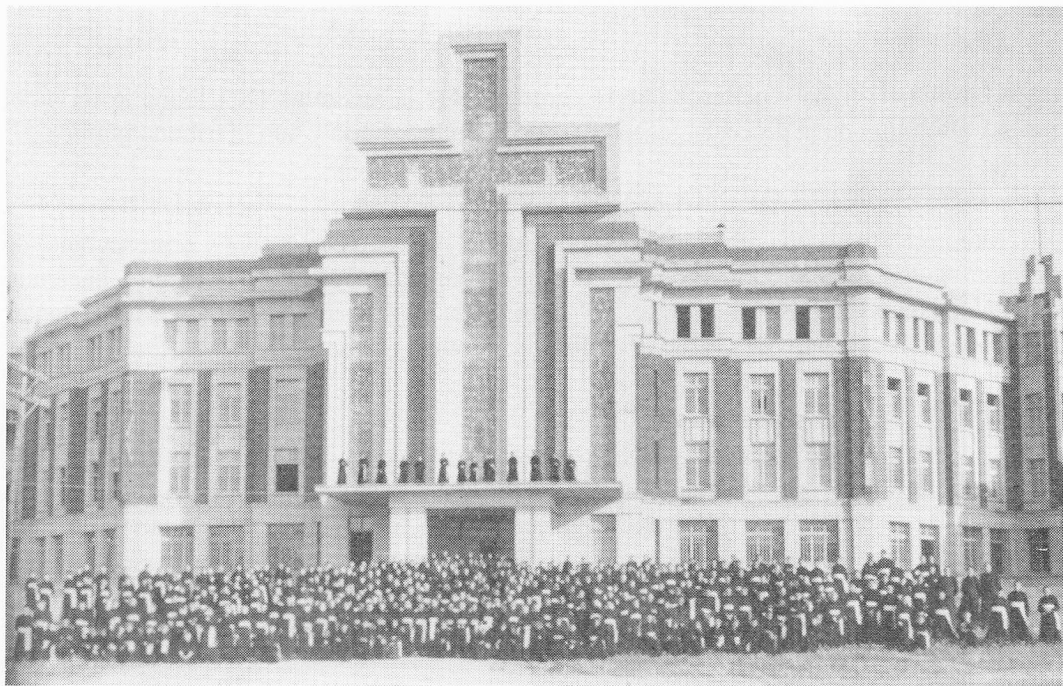
Allí quedó la huella del que fue noble, esforzado obispo joven que demostró, además de capacidad de mando, dotes de organizador, resistencia para la actividad continuada y tal espíritu cristiano que los navarros agradecidos lo mostrarían después, cuando ya regía otra diócesis. El 8 de febrero de 1945 se despidió del fiel pueblo navarro. Había sido preconizado para regir la archidiócesis valentina. La Santa Sede, estimando en todo su valor la obra del hijo del obrero baracaldés le trasladaba a una diócesis de las preclaras de España. El Estado mantenía la presentación. No hubo reparos.

Parece obligado ampliar algunos de los puntos indicados en nuestra pura exposición de hechos durante el tiempo que monseñor Olaechea rigió —tino, sabiduría, amor y prudencia— la diócesis de Navarra.

Ni buscó una, ni solicitó la otra. Sencillamente, obedeció, según su norma de vida, pronto iniciada en las filas salesianas.

SERÁ SALESIANO SIEMPRE

Hagamos notar, desde este primer instante, que el nuevo obispo se sigue sintiendo salesiano. De derecho y de hecho. No por fuera; siempre por dentro, en su ascesis y dinamismo religioso. Los altos hornos figuraban en el escudo episcopal y en el corazón del hijo del obrero. Importa afirmarlo cuanto más pronto mejor. Dirá en Valencia, repetimos: «Bajo la hopalanda del obispo está la blusa del obrero.» Y en su cuerpo. A su tía Isidora,



El gran Seminario de Pamplona



Relación constante con los hijos de Don Bosco

vendedora humildísima de carbón a domicilio, le dedicará un cariñoso artículo. Lo repetimos porque el hecho es relevante, hasta decir su secretario: «Será salesiano hasta la médula del alma.»

Nos gusta hacer hincapié en el contenido de la frase —modelo de vida— porque ella nos dará la clave de muchas vibraciones posteriores. El obispo, además de Excmo. y Rvdmo. será para siempre «don Marcelino». Que significaba el triunfo de la sencillez sobre la burocracia, del afecto paterno sobre la severidad y alteza del cargo. La permanencia, en suma, de un modo de ser y manifestarse como condición esencial de la personalidad, mantenida a través de los azares del tiempo y de los avatares de los cargos y sus brillantes manifestaciones. Con la peligrosa atracción que llevan consigo: vanidad, orgullo, prepotencia, asoman su fez y rictus negativos. Nunca se le presentaron, o los rechazó plenamente. La simpática y humilde figura de Domingo Savio la exaltó muchas veces. Estuvo siempre ligado a su Congregación y nunca perdió el contacto con sus hermanos. Importa conste en los años navarros, tan pródigos de generosas actuaciones y frutos.

PASTOR Y MAESTRO

La extraordinaria perspicacia y finísima comprensión de monseñor Olaechea percibió pronto que a pesar de la conmoción sufrida por la sociedad navarra en aquellos días, la evolución y cambio social que estaba experimentando. Unos serán los sufrimientos y dolores que a tantas familias llegaban en anuncio de muerte o con heridos en los frentes de combate; otros, el ansia de vivir, la alegría que exigía goces y la influencia que nuevas costumbres siguen imponiendo. Lucha de lo nuevo y lo viejo. O simplemente, pasado.

El nuevo obispo publicó dos pastorales advirtiendo los peligros que percibía y sus posibles remedios. Una sobre los bailes modernos —«B. O. del O.», 1941—; otra sobre las costumbres —«B. O. del O.», 1942—. Bailes y costumbres no eran sino anuncio de lo que iba a ocurrir algunos años después, marcados por transformaciones más profundas y sorprendentes. La realidad abría compuertas que algunos miopes y ciegos creían cerradas para siempre. La sociedad navarra sufría los cambios experimentados por las demás regiones de España y Europa había tenido. La modernidad que como tal había combatido Pío X.

POR LA RECONCILIACIÓN, POR LA PAZ Y UNIÓN

Muchas —y difíciles en grado sumo— tuvieron que ser las gestiones navarras pacificadoras del obispo —no fomentar odios, acallar las pasiones, hablar de reconciliación— durante los años tremendos de la guerra civil española..., pero al llegar los ansiados días de paz, a partir de la noble misión pastoral de un obispo católico en Navarra subían los inconvenientes derivados de su propia y altísima responsabilidad. Que formaba parte de la que debía corresponder al episcopado español en los trágicos años 36-39 y los no menos duros posteriores inmediatos. A España, la postguerra mundial le trajo sumas injusticias con dolores abundantes.

Muchas dificultades halló el nuevo obispo en tierras navarras para llevar a cabo el ejercicio pleno de su misión caritativa y pacificadora. El ambiente se hallaba muy caldeado por las presiones de la contienda bélica. La posición del obispo se presentaba espinosa y complicada. La mayor parte de la población aparecía vertida en el lado franquista. Pero quedaba otra contraria, quizá con sentimientos religiosos comunes.

El obispo tenía que saber mantenerse de tal forma que ningún católico, fuera cual fuera su inclinación política, se sintiera postergado y menos aún despreciado. Lo consiguió, sin dudarlo.

En plena contienda civil, monseñor Olaechea publicó una circular dirigida a los capellanes que acompañaban a las fuerzas militares y les recuerda de manera terminante sus obligaciones.

Un país en lucha fratricida es catástrofe que puede dejar huella profunda en los corazones durante mucho tiempo. Así ha ocurrido ahora.

El obispo supo cauterizar heridas, restañar dolores, disminuir tensiones y, en todo instante, mantenerse equilibrado pastor, amable para todas las ovejas que constituían el rebaño dividido y encrespado.

Los muy directamente afectados con las acciones bélicas y el clima de guerra, los sacerdotes en campaña recibieron de su prelado direcciones espirituales terminantes como norma de conducta: a semejanza del misionero P. Llorente, que pedía al Señor dar imagen del sacerdote allí donde él estuviera. Este obispo pudo afirmar que lo mismo ocurría con sus altas aspiraciones, puros deseos y actos corrientes.

Deseos fervorosos de honda paz tras los días tristes de la cruenta guerra. «Que caigan las armas de las manos con el cesar de la guerra. Ni una gota de sangre de venganza... ¡Ay de la mano que chorrea sangre...! Perdón, olvido de agravios, paz...» «Una gota de sangre ahorrada endulza toda una vida» y da la esperanza de toda una gloria pública en Pamplona, el año 1939, Pascua de Resurrección.

Por otra parte, no costó al nuevo prelado hallar colaboradores desinteresados que le ayudarán en su misión inmediata y necesaria. Nunca abandonó por eso, todo aquello que le parecía afectaba más a sus deberes pastorales que él llevaba, asidua y diariamente, de inequívoca precisa manera personal. Admitía, atento, consejos, advertencias, insinuaciones y pareceres de los bien orientados y formados, tomando después decisiones propias según su criterio. Criterio y normas que seguiría posteriormente en Valencia. Los salesianos Battaini, Puertas y Lasaga fueron sus más constantes colaboradores y consejeros.

HUELLAS INDELEBLES EN NAVARRA

El obispo vasco se entendió bien, muy bien, con los navarros. Al fin y al cabo, vascos de otra manera. Tomó posesión de la diócesis en 1935 cuando en el horizonte se dibujaban nubes negras de cruel tormenta en las tierras de España. El 18 de julio de 1936 fue la fecha trágica inicial. «No fue posible la paz», dijo un significado político —Gil-Robles— que tuvo que buscar en el exilio su seguridad personal.

Su extraordinaria actividad personal, sus preciosas iniciativas de todo orden pastoral y sus más puras intenciones como obispo, se desenvuelven y enclavan en los siguientes planos y asuntos muy sintetizados:

diocesano:	Navarra	exposición mundial de misiones/coronación de Santa María la Real/bendición del seminario/auxilio a sacerdotes huidos de la «zona roja»/congresos eucarísticos en archiprestazgos/la Javierada
nacional:	España	guerra civil española 1936-1939/visita a presos y asistencia a familiares/no a la venganza/hermanar, no separar
universal:	Roma	contactos con el cardenal primado Gomá/adhesión permanente a la Santa Sede

Esta manera de planificar actividades las mantendrá monseñor Olaechea durante toda su vida episcopal.

La coronación de la Virgen de Santa María la Real, tan amada por los navarros, tuvo lugar en la plaza de Pamplona que es punto central de las preocupaciones cívicas, políticas y religiosas de la ciudad y aun del antiguo reino. ¡Un hermoso día aquel para Navarra! ¡Gran gentío. Gran fervor. Gran impacto social!

Señales guerreras inequívocas de otras épocas, el fuerte de San Cristóbal mantenía muchos detenidos políticos, presumibles enemigos del movimiento nacional que se había iniciado y en Navarra contaba con grandes y entusiastas apoyos.

Misión del prelado —repitamos— fue la de visitar a los del fuerte y llevarles palabras de consuelo y esperanza. Nada fácil tal empresa cuando las circunstancias amenazaban con signos crueles.

Sus relevantes condiciones de pastor celoso y evangélico le dieron tiempo para escribir trece pastorales. Son su púlpito en la agitada vida de Navarra entonces.

Otra y bien delicada misión por exigencias de guerra fue el mantener contactos y relaciones con el arzobispo de Toledo, cardenal Gomá, alojado provisionalmente en el colegio de las MM. Josefinas enclavado cerca de la capital pamplonica.

La alta talla intelectual del cardenal Gomá, el gran cardenal de España y su gran figura representativa, tuvo que asumir muy difíciles actitudes y misiones arduas en las que siempre brilló su misión episcopal, en extraordinaria personalidad y su hábil sentido diplomático ante las difíciles y peligrosas cuestiones que surgían de la guerra en España. El obispo de Navarra mantuvo con él muy cordiales relaciones y ensalzó en el «B. O.» de la diócesis en 1940 sus dotes intelectuales y su alta misión como primado y representante de la Santa Sede.

Como presidente de la Federación Católica de Maestros hube de presentarle los deseos sindicales de absorción estatal de tal entidad y fue su postura valiente y decisiva, evitándolo en todo momento. Siguió y hoy pervive.

Guardo de mis encuentros con el cardenal Gomá —imborrables todos—, un documento oficial y el libro «Los Santos Evangelios» cariñosamente dedicado. Aún en grave estado de salud pude despedirme de él.



La Javierada: peregrinación a Javier, ideada y presidida cada año por don Marcelino



Monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei

GANÓ A LOS NAVARROS

La pura, exacta y venturosa realidad es que el nuevo obispo ha ganado el corazón de los navarros. No ha sido fácil ni sencillo. El bélico tono que la guerra imprime en todos los hogares —de diversa índole y profesión— exige mucho tino en las manifestaciones públicas de un catolicismo que puede aparecer belicista y aún sectario y politizado. Hallar medios de equilibrio, fue un sabio y firme acierto.

Pudo alegrarle bendecir e inaugurar el nuevo monumental edificio del seminario, uno de los más amplios y mejor dotados, en sus numerosas instalaciones, de toda Europa. Fiel imagen de la religiosidad que entonces demostraba el pueblo navarro.

Gustó a los navarros el nuevo obispo. Lo quisieron pronto. Se mostraba abierto, sincero, amable y dialogador. No le olvidaron. Ya quedaría por siempre la Javierada formando parte de la vida religiosa navarra. En este año se ha celebrado la LII jornada. El recuerdo misional del gran santo sigue alentando el sentir de mucha parte de la juventud navarrica.

Si el joven obispo ganó a los navarros, ellos le ganaron a él. Sus palabras en la primera pastoral de Valencia no ofrecen dudas: «Consuelo Nos dieron los fieles y las autoridades todas, en particular los de Nuestra Sede Episcopal, aquellos caballeros que sin miedo y sin tacha integraron, a través de los días, su Ayuntamiento y la Diputación Provincial y Foral...»

Cuando en 1960, en la capital valenciana, clero, fieles y autoridades desearon celebrar el jubileo episcopal, los 25 años de su consagración como obispo, de Pamplona llegó numerosa embajada del pueblo navarro que deseaba testimoniar, una vez más, su respetuoso amor al que tan digna y diestramente había regido su diócesis. El Señor le conduce a emprender nueva ruta. Más difícil y honrosa en todos conceptos.

Once años en Navarra con buenos auspicios conducen a monseñor Olaechea a la archidiócesis de Valencia. Mucho honor. Mayores responsabilidades. Crece el caudal de las corrientes íntimas.

A la vez, por mutua influencia, el corazón sensible de don Marcelino quedó prendido en el sutil hechizo que cautiva de Navarra. Cuenta un historiador: «Podía presumir de su gracia para cantar una jota navarra, aunque con su poquica y apagada voz.» Aun siendo expresión de afecto al presente, era también manifestación de antiguas aficiones de juventud: el deporte, los juegos, el teatro y... el canto. ¡El buen hacer paulino: hacerse a todos...!

EL OPUS, DON MARCELINO Y LA UNIVERSIDAD

Don Marcelino conoció a don Josemaría Escrivá en 1930, en Madrid. En esa época, don Marcelino era Inspector Provincial de la Congregación Salesiana y, luego, director del colegio salesiano situado en la Ronda de Atocha de aquella ciudad. Por su parte, don Josemaría era un sacerdote joven que apenas dos años antes había fundado el Opus Dei. El trato entre los dos rápidamente adquirió intimidad, profundidad y frecuencia. Pensamos que las causas de esto fueron el convencimiento, por parte de don Marcelino, de que don Josemaría era en verdad un hombre «grande a los ojos de Dios, pues la mano del

Señor estaba con él»; y el conocimiento experimental, por parte de don Josemaría, de la talla de excepción que poseía aquel culto y virtuoso hijo de don Bosco. Esa amistad fue, con la gracia de Dios, creciendo y madurando hasta lograr una sazón cristiana verdaderamente ejemplar y, acaso, excepcional.

Su íntimo trato mutuo no menguó, sino todo lo contrario, con el tiempo y los avatares de la vida de uno y otro. Durante unos dos años los separará físicamente la marcha a Pamplona de don Marcelino, nombrado a finales de 1935 obispo de esa diócesis, y poco después, el estallido de la guerra civil española, que sorprendió a don Josemaría en Madrid. Volvieron a reunirse —fue un reencuentro entrañable, que muchas veces oí narrar con emoción a mi querido arzobispo— en diciembre de 1937, cuando don Josemaría, tras abandonar clandestinamente la capital y pasar a pie los Pirineos, entró de nuevo en España por Irún. Don Marcelino, al saberlo, fue inmediatamente a buscarle y le alojó por un tiempo en el palacio episcopal de Pamplona. Acabada la guerra, los dos siguieron viéndose en Madrid, adonde don Marcelino tenía que viajar con frecuencia por exigencias de sus deberes de obispo y necesidades ineludibles de la diócesis, atendida siempre muy celosamente en todas sus facetas apostólicas.

Don Marcelino profesaba a don Josemaría y a su Obra todo aprecio, todo afecto y toda su confianza.

Cuando el entonces obispo de Pamplona tuvo el primero la idea de crear en España, y precisamente en Pamplona, una universidad católica, después de haber madurado la idea, y según testimonio de don Joaquín Mestre, por cuanto a la financiación económica de la misma tocaba, con el conde de Rodezno, presidente de la Diputación Foral de Navarra, acudió de inmediato al Jefe del Estado español a fin de exponerle el proyecto y pedir las necesarias protecciones.

El Jefe del Estado respondió con estas palabras: «Pero, señor obispo, si lo que estamos pretendiendo es que todas las universidades de España sean católicas, ¿cómo vamos a crear una especial que lleve en concreto este calificativo?»

Don Marcelino dijo a Franco: «Mire, excelencia, mientras el timón de nuestra Patria esté en sus manos, pienso que todo irá por ese camino, como va. Pero, cuando V. E. haya de abandonar el timón, ¿quién no prevé las tormentas que, de dentro y de fuera vendrán sobre nuestros católicos y sobre España entera? Estoy convencido de que para entonces nos ha de ser necesaria una universidad católica, como esta que propongo.»

Franco quedó pensativo unos instantes; y levantando, luego, la cabeza, dijo al obispo visitante —que por entonces no era procurador en Cortes ni, por tanto, miembro del Consejo de Regencia—: «Pues... me parece que V. E. tiene toda la razón. Vamos a ello. Vamos adelante con el proyecto.»

Don Marcelino, acto seguido, tomó el avión y marchó a Roma, a exponer verbalmente al Papa el proyecto.

El Papa atendió la exposición con un interés excepcional; y, después de percatarse bien del asunto, habida respuesta de cuanto quiso preguntar, respondió al prelado: «Adelante con ello, señor obispo. El Papa bendice de todo corazón la idea. Y ¿a qué familia religiosa se podría confiar la dirección de la nueva universidad?»

Don Marcelino dijo a Pío XII: «Santidad, en vuestras manos está. Dígaselo a los de José María Escrivá, que esos fidelísimos hijos de la Iglesia nunca tendrán un NO para el Papa.»

Rigiendo la ya fecunda universidad de Navarra, Josemaría Escrivá le nombró «Rector perpetuo» de la misma.

La amistad se mantuvo firme y fraternal entre el Fundador y el ahora arzobispo, teniéndole éste, según su secretario durante 26 años, por «verdadero santo y estaba persuadido de que llegaría a los altares. Repitió varias veces: “Vosotros lo veréis en los altares.”» Encargando de manera expresa que su testimonio figurara en el posible proceso de beatificación. Amistad memorable entre dos fieles y famosos hijos de la Iglesia.

LA PERSONA, LOS HECHOS, LOS ACIERTOS

Sorprende y aun emociona observar cómo se desarrolla y adquiere maduraciones crecientes el hijo de un obrero, formado en pobre, cristiano hogar, que adquiere una instrucción primaria en la escuela y en centros de la Congregación salesiana, ampliando los estudios superiores para llegar al sacerdocio, desarrolla en plena juventud misiones y cargos de confianza, pasando a ocupar un puesto importante en la jerarquía de la Iglesia católica. Sin presiones de ninguna clase, por pura decisión de ésta, se desenvuelve con naturalidad completa. Sabe convivir con todas las clases sociales, realizar los altos cometidos del propio estado con la mayor naturalidad... Le acompaña el acierto.

Todo el conjunto de realizaciones episcopales demostrará una vez más los aciertos de la Iglesia y una especial gracia de estado que ayuda a mantener los cargos con inesperadas manifestaciones de auxilio espiritual para mejor desempeñarlos.

El proceso de vida de monseñor Olaechea —infancia, juventud, maduración— es una evidente muestra de apoyo divino, con particulares condiciones personal. Sin especiales auxilios divinos no se explican sus aciertos y éxitos de gobierno y continua acción manejando los módulos y previsiones humanas.

Pronto pasará don Marcelino a puesto más responsable, acentuando estas generosas creencias y motivaciones en torno a su vida, en constante superación. Su apostolado en amplios campos religiosos y culturales y sociales aumentarán en santidad y calidad.

En Valencia pondría de manifiesto, además de sus nuevos saberes de condición humana, los otros —carisma de estado— necesarios para desempeñar y regir apostólicamente una diócesis preclara que siempre tuvo prelados eminentes y santos. Y en una España traumatizada por la guerra civil y las penurias económicas.

Era que por dentro, en zonas íntimas, límpidas y claras, surgen, crecen las aguas de otro caudal máspreciado y generoso que el de las cortas humanas corrientes. Por muy dulce cantar que lleva su corriente.

Porque crecen, fortifican y embellecen por dentro, y recorren arcanos ignorados muchas veces o inasequibles a nuestras pobres comprensiones. La santidad es abierta y a la vez secreta.

Había escrito San Juan de Dios: «La sabiduría de los santos es saber enderezarse la voluntad, con la fortaleza, a Dios, tomando con perfección su ley y sus santos consejos.» Pocas palabras del seráfico autor. Exigen meditarlas. Parece escrito como pensando en una figura semejante a la de don Marcelino, tan luminosa y elevadora. Tan devota y cumplidora.

POR DENTRO CRECEN LAS AGUAS

De una manera sencilla, fácil, eficaz y segura, la Iglesia católica ha resuelto la deisgnación para ocupar los puestos y dignidades de todo el conjunto que la forma: religiosidad, prudencia, honestidad, celo y saberes por el bien de las almas, llevan al sacerdote a cubrir grados en la jerarquía. Sin su implicación personal. Por eventos reservados.

Esto ocurrió con el modesto hijo del obrero. Por obediencia al rector mayor de su Congregación y a la Santa Sede, Marcelino, salesiano, pasa a ocupar la diócesis de Navarra, tan antigua y famosa, tan relevante y difícil desde aquellos años de 1936-1939.

Fue consagrado el ya Exmo. y Rvmo. Sr. Olaechea el 27 de septiembre de 1935 en Madrid con singular esplendor y audiencia.

Es verdad que aumentaron las actividades externas del nuevo obispo de Pamplona en cuanto se hizo cargo de la diócesis. Él tuvo buen cuidado de intensificar mucho más su vida interior. Era ésta una actitud poco o nada expuesta al público. Los actos externos tenían que ser alimentados por inexhausto caudal interno siempre mantenido por la gracia de estado y el aliento continuo que recibía del Santísimo, de la oración interior y la meditación abundante sobre Juan Bosco, a la vista. ¡Buen modelo!

Muy dado a la acción, a entregarse por completo al cuidado de la diócesis en todas sus variadísimas exigencias, mantener luego el contacto debido y necesario con las autoridades —mucho mayor a partir de julio del 36, fecha crucial—, atender al día las incidencias espirituales de los frentes... El obispo no paraba. Se sumergía en la capilla permaneciendo en ella largas horas de meditación, oración y penitencia.

«Obras —pide Santa Teresa a sus hermanas— que cumplan la voluntad de Dios, que en el fondo —asegura—, es caridad», la más noble de las virtudes, de la que dice San Francisco de Sales que es «profundo vínculo de unión cristiana». Enlaza así con San Pablo que de la caridad hace la mayor de todas las virtudes. Nota distintiva de este prelado será tan esencial virtud cristiana, a la que acompañarán otras muchas durante todo el resto de su rica vida valenciana. Resplandeciente florilegio con soles cristianos.

Siempre, en todo instante, para mantener tensa la alta calidad de su espíritu selecto, de muy dentro saldrían las aguas. Y será el Sacramento el que las alimente. Con ayuda de María, la Madre amantísima y amparadora, el joven obispo demuestra pronto sus relevantes condiciones: en el orden personal, grata presencia, sentido convivencial con todas las clases sociales, serenidad ante los problemas, autoridad comprensiva, entrega fecunda a su labor pastoral, gran resistencia para el trabajo. En otro aspecto, destaca su humildad, su largo espíritu de oración, su devoción mariana, actitud de constante iniciativa, su tensión

y simpatía vocacional hacia niños y jóvenes, su preocupación por mantener las buenas costumbres tradicionales y un cierto previo entendimiento racial de origen, pues vascos son unos y otro.

Atractiva, sugerente era la imagen personal de monseñor Olaechea. Mucho más sugestiva y fecunda resulta la irradiante simpatía que emanaba de su interior. Las gentes de toda clase y condición sienten la atracción del obispo: algo había en él y se desprendía de su persona que, además de atraerles, les sumergía, decían muchos de ellos, en deseos de ser mejores y más entregados a Dios. Fulgente pedagogía del ejemplo.

El navarro puede aparecer rudo, pero es siempre noble, de sentimientos elevados y sabe entregarse sin condiciones a los que antes se le han entregado. No le fue difícil al perspicaz salesiano-obispo encontrar las vías afectivas de penetración en su corazón. Sin que él pensara en fáciles campañas populacheras de demagogia blanca, sino en eficaces resoluciones que abrieran más fácilmente y mejor el corazón humano a su eterno destino. Paternalismo era de suma calidad cristiana.

De muy dentro salían las aguas puras que tonificaban la fe, la caridad y el encendido deseo de cumplir cada vez mejor sus deberes pastorales. Él tenía dos centros esenciales de amor desde los días hogareños: Cristo y su Santísima Madre, María. Sin desviaciones doctrinales, manteniendo recta, firme, la conducta que trazara Pedro el pescador de Galilea.

Como es sabido, en julio del 36 estalla en España la más tremenda guerra desoladora y cruel. El pueblo navarro se volcará en favor de la causa nacional y gran parte de su juventud empuñará voluntariamente las armas. En la misma tensión se mantendrá Navarra hasta el final de la lucha, mereciendo que Franco le otorgara la Cruz Laureada de San Fernando, la más preciada condecoración española que sólo obtienen los muy sobresalientes en hechos de guerra.

La política dividía la tierra navarra. El obispo, con espíritu acendrado de caridad cristiana, predicará dos grandes y necesarios lemas: ¡no a la venganza!, caridad para todos y muy especialmente para los más necesitados.

El prelado se mostró padre amoroso de todos. Sectarismo, tropelías... No faltaban climas de concordia. Los hizo efectivos en todo momento su palabra encendida en amor, el gesto ampliamente paternal y la acción relevante, buena, amable, sencilla para todos.

Así, de esta manera, ganó a los navarros un obispo salesiano. Porque las ricas aguas de su bullente manantial interno salían de muy dentro, alimentadas por la gracia. Era su bello decir, susurro de amor y de belleza.

Cuando menos lo esperaba, de pronto, ¡traslado!

III
A VALENCIA, ARZOBISPO



La Virgen de los Desamparados, patrona de la Región Valenciana

EN VALENCIA, LA GENTIL

La sede valenciana estuvo siempre regida por sobresalientes prelados, muchos de ellos preclaros santos, de grandísima piedad, caridad y sacrificio. Todos los recuerdan: Santo Tomás de Villanueva y San Juan de Ribera, porque en la historia han escrito páginas refulgentes de oro y diamantes del más puro corte cristiano.

No se presentaba fácil la nueva empresa. Don Marcelino siguió la emprendida senda de la obediencia y acata las indicaciones del Rector Mayor de los salesianos y la designación de su S. S. el Papa.

El nuevo Arzobispo muestra su complacencia: la designación Augusta, «nos destinó a una tierra que es un paraíso por la claridad del cielo, la suavidad de aire, el valor, la inteligencia y el trabajo de sus incomparables colonos». Cuenta cincuenta y seis años de edad plenos de sabiduría y de experiencia. Todo ello puesto al servicio del Señor a quien sirve en la entrega total y absoluta de su vida.

El 14 de junio de 1945 hace su entrada esplendorosa en la capital de la nueva diócesis. Fue muy solemne. Asistieron todas y las más diversas autoridades. Brillaron los uniformes y condecoraciones. Se daba la bienvenida al nuevo prelado. Con la solemnidad que entonces se respetaba a la Iglesia católica, sus instituciones e hijos. Y Valencia sabe hacer.

La situación de España en aquellos días era muy grave. Por exigencias de Stalin, el zar de todas las rusias estaba España aislada internacionalmente: faltaban alimentos de primera necesidad y materias primas. Días de penuria, mayor en las capas humildes sociales.

Ha triunfado Perón en la Argentina; han sido ejecutados los reos de Nuremberg. En Valencia, capital, se inaugura nuevo museo de bellas artes, y en octubre, las gentes bulliciosas celebrarán a San Dionis con sus alegres significados. El pueblo valenciano es propicio a los contrastes. ¡La guerra ha pasado y es necesario vivir!

A partir de 1945 el Arzobispo aparecerá siempre figura relevante en el marco de la vida pública valenciana y su arzobispado. monseñor Olaechea empieza nuevas jornadas de vida en Valencia, la gentil.



Una de las innumerables visitas del señor Arzobispo a familias pobres y olvidadas



Las ancianas también tienen su parcela en el corazón de don Marcelino

ESTADO DE LA DIÓCESIS

Si el dinamismo de la vida diaria nacional presentaba horriblos contornos durante 1936-39 en la llamada «zona roja», no iban a ser escasas ni preocupantes las que recaían apremiantemente sobre el nuevo Arzobispo, en su diócesis valenciana. Una de las muy afectadas por todos los vientos de la guerra, en función de exterminio, y de muerte, devastación y saqueo.

La presencia del gobierno republicano no evitó excesos. Pueden señalarse los siguientes datos, que con certeza completa han sido confirmados según el Dtor. Zahonero Vivó, José, en su libro SACERDOTES MUERTOS EN VALENCIA 1936-39. Ed, Marfil, Alcoy, prólogo de don Marcelino Olaechea.

Encabeza la lista de víctimas, don Miguel Payá deán de la catedral, siguen los canónigos don Julio Cabanes y don Rogelio Chillida —éste, magistral—, luego beneficiados y hasta de la Curia eclesiástica. En total 13. En la capital cayeron inmolados, además, doce sacerdotes.

Nuevas víctimas en la provincia. Su número asciende a 145 distribuidos en 120 pueblos.

A este calvario glorioso y martirial del clero valenciano ha de unirse las iglesias devastadas, quemadas y saqueadas, las casas rectorales, ocupadas; los archivos, deshechos, etc.

De «tejas arriba tiene explicación... pero tejas abajo no tiene ninguna», dice el prologoísta, lleno de tristeza el Arzobispo.

MUY VALENCIANO Y UNIVERSALISTA

El vizcaíno trasladado a Navarra tiene que desempeñar su alta misión apostólica en tierras valencianas. Lo hemos dicho: grande era el cambio que se producía en su vida. La rotunda personalidad del nuevo Arzobispo supo adaptarse pronto: empezó por incentivar la devoción a la venerada imagen de la Virgen de los Desamparados y exaltar su culto, compartirlo, crear la Escolanía de niños cantores, colocar una imagen de gran altura en el cementerio, acompañarla en todas las procesiones que se organizaron —gran misión, visita a la diócesis...—, creó el Banco social y la tómbola que llevan el nombre de la excelsa Patrona de Valencia, dio solemnidad al centenario del Santo Cáliz, reorganizó las parroquias —creando 170—, muy afectadas, por la desolación de la guerra y se halló en todo momento presente en todo acto que enalteciera la personalidad de Valencia y su región. Era ahora, un valenciano más.

Por otra parte, en el trato, monseñor Olaechea se manifestaba muy abierto, sencillo, cordial y afectuoso con todas las clases sociales y de manera muy especial con las clases proletarias, menesterosas y marginadas.

Este sentido local no cortó las alas de la comunidad nacional y la universalidad del sentido católico, publicando cartas pastorales, cuidó meticulosa y afectivamente sus relaciones con la Santa Sede, y el Gobierno y supo acoger, en el marco de sus actividades y



Visita en Valencia a un hermano lego franciscano, el sacristán y portero de San Lorenzo, que celebra las bodas de oro de su profesión religiosa. Don Marcelino admira, venera, a quien vive en la humildad, en el anonimato, en la piedad, en el trabajo esforzado y silencioso de cada día

posibilidades muchas aspiraciones del pueblo valenciano que nunca se encerró en estrechos marcos de nacionalismo infecundo. «Para ofrendar nuevas glorias a España», dice su himno oficial.

Nunca fue demagogo blanco ni adulator de masas, ni mucho menos de autoridades por altas que estuvieran. Ejecutó del Vaticano II antes de celebrarse, muchos de sus acuerdos y decisiones. Mente y corazón del día.

LA ARDIENTE CARIDAD DEL ARZOBISPO

Empezó pronto a poner su mano firme en la mancera del arado. Su esfuerzo se desarrolló tenso y permanente. En Valencia era mayor el arco de necesidades que en Navarra. Gran organizador, dinámico y siempre la poderosa voluntad en tensión. Cuanto —mucho y bueno—, pudiera derramar en la diócesis, era necesario. Y aun acuciante. Necesitada de una ancha siembra de fraterna caridad. Ésta fue sin duda, la virtud esencial en la gestión del Arzobispo, vinculado a una acción social tempranera y vigorosa. Puede afirmarse que engendrada desde la lejanía y familiar —clamor tibio de cuna—, y de los apremios continuados de los mal dotados, de los que sienten la penuria como dolorosa acompañante, en soledades poeros que el hambre.

Encajó muy bien en la Sociedad Salesiana y fue su inicial ardor sacerdotal, norte seguro indeclinable de vida, afán de quehaceres nobles, preocupación inextinguible de sus tareas apostólicas. Una amplia caridad radiante que abarcaba también los gozosos alcances de la cultura. Atenderá necesidades materiales y elevará la condición intelectual de los asalariados y sus hijos. Una completa, hermosa y fecunda labor ejercida según postulados modernos, actualizados.

Desde la etapa infantil en Baracaldo desarrollada entre apuros y estrecheces y el eco de tragedias frecuentes en las minas, el salasiano-arzobispo sentía lacerado el corazón ante la desgracia o la miseria. Atendió siempre a los pobres con largueza y munificencia. A ellos dedicaba desvelos e iniciativas y a ellos destinaba sus posibilidades personales, su tiempo, acción y dinero. También su trato y aun convivencia. Un simpático episodio, es más expresivo y elocuente que todas las indicaciones sobre el tema.

Existían en el antiguo cauce del río Turia muy cerca de un centenar de chabolas antes de que la inundación las arrastrara dejando en mayor miseria a sus habitantes, muestrario minusválido de la capital. Varias veces acudió el Arzobispo a visitarles, conocer su angustiosa precaria forma de vida, tremenda pobreza y hasta convivir en distintas ocasiones, llegando a «convidarse a comer» en una de las cozas, compartiendo la modesta calidad de sus alimentos. Convivencia sencilla y llana, acogedora y paternal. Amor en suma. Finura espiritual.

Clave fundamental, sillar maestro de la rica personalidad de monseñor Olaechea, destacando a mucha altura de sus condiciones relevantes como sacerdote y pastor, fue el ejercicio de la caridad que siguiendo a San Pablo consideraba la mayor de las virtudes cardinales; sonaba armonioso su címbalo en los corazones y los movía a la colaboración desprendida y gozosa. El ímpetu contagioso del Arzobispo enaltecía las Cáritas valencia-

nas, vigorizó los esfuerzos parroquiales, alentó el sacrificio personal, creó el famoso «Banco de la Virgen», logró aumentar las cuestaciones imprimiendo a la «Tómbola» dinamicidad increíble y popularidad insospechada, enalteciendo, una vez más, la reconocida generosidad del pueblo valenciano.

Emotivos y apremiantes presentaba siempre sus llamamientos a la conciencia ciudadana en favor de los desamparados, encontrando apoyo y solidaridad en radio, prensa y en todos los ambientes de la ciudad, inclinados a la misericordia y a la participación. Los resultados se traducían, de inmediato, en realidades prácticas que aliviaban el dolor y la miseria. Suprimir uno y otra exigía medidas legislativas que estaban fuera de su alcance.

Además de las necesidades materiales —atención muy salesiana—, quiso mejorar la situación cultural de los obreros y de sus hijos, iniciando su mejor formación desde los tempranos días escolares. También el deporte supo impulsarlo en época que ya anunciaba la importancia que iba a tener en la vida social. Él fue en su juventud, buen deportista.

Todo conseguido en largas jornadas de oración, sacrificio y esfuerzo. Con protagonismo sonriente y afectuoso. Otro de los distintivos en la vida del Arzobispo: su cordialidad, sus alegres contactos humanos y confortadores. Construyó centros de formación primaria y profesional, escuelas normales para la formación de educadores... sin cortar sus excelentes y paternas relaciones con el clero, las asociaciones de piedad de la diócesis, los medios de comunicación...

Caridad de pan y cultura que había preconizado el cardenal Monescillo y desde la Primada de Toledo y don Marcelino lo había practicado con entrañable y continuo amor a la Iglesia, que ésta no había interrumpido en una larga cadena de siglos. El único sobrino que le quedaba al Arzobispo, huérfano y sin medios, no podía contraer matrimonio. Resolvieron la situación, amigos del prelado. Él no podía. Carecía de medios.

La diócesis valenciana se recuperaba. El Arzobispo había sido factor decisivo para lograrlo. En una España en progreso bien notorio. Con aliento propio. Sin ayudas ni favores. Lo social se imponía.

Desde León XIII a Juan Pablo II la doctrina social de la Iglesia va derribando muros egoístas y abriendo corazones. Cada cristiano es, si cumple, vivo testimonio de fe, como deber apremiante de participación.

Derramó generoso, dio cuanto pudo, y al entregar el alma a su Señor, los amigos —Caja Ahorros y M. de P. Valenciana— acudieron a cubrir gastos de sepelio y sepultura. Sus restos reposan en una capilla de la catedral junto a los de santo Tomás de Villanueva.

SUS PACIENTES AUDIENCIAS

Las ecuánimes, atentas y amables manifestaciones de don Marcelino, espíritu, fino, convivencial y acogedor se ponía muy de manifiesto en las horas diarias de las audiencias generales —a puerta abierta—, que realizaba grandísima parte del año. Por la variedad de cuantos en ellas participaban y la multiplicidad de los asuntos que le exponían. En efecto, eran sacerdotes para hablarles de sus parroquias y de los problemas pendientes en ellas,

encargados de obras, directores de comedores populares, enfermos que carecían de asistencia médica, pobres vergonzantes, asociaciones piadosas faltas de recursos, problemas en las casas para obreros, padres de alumnos de escuelas parroquiales y del Patronato diocesano, y larguísimos, etc.

Su paciencia inagotable, su resistencia física que le hacía empezar a las doce de la mañana y no haber terminado a las tres de la tarde, como le ocurría al Pte. de la Asociación Católica de Maestros don Vicente Hervás —según relata el secretario de la misma, Pascual de Pablo— que muchas veces hubo de marchar a la escuela sin haber podido hablar con el Arzobispo, asediado por tantos visitantes, y sin haber comido. Su bondad, sabiduría, experiencia, las realizaba el prelado con notas chispeantes del mejor y ocurrente buen humor, su gracejo particular y lleno de puntos simpáticos. Hasta emplear palabras, giros o expresiones de factura popular de la tierra. A veces una cierta dosis de socarronería tenía que derrochar para que los visitantes quedaran confortados al hablar a su simpático Arzobispo.

Toda esta larga sesión —sesión de audiencia pública antes— había tenido un punto íntimo y recogido de partida: la oración larga diaria, la celebración edificante del sacrificio de la misa, las sentidas peticiones a su Madre Santísima y al Señor. A título éste inédito y apenas conocido. Algo que impresiona por muy íntimo. El Arzobispo no solía explayarse en tan delicado terreno.

No le sorprendían los acontecimientos. Estaba al día de cuanto sucedía en la diócesis y en las distintas organizaciones católicas que funcionaban en la misma. No le era ajeno el acontecer nacional y los grandes hechos mundiales. Su residencia oficial no limitaba horizonte.

El corazón que figuraba en el escudo del Arzobispo se ponía de manifiesto siempre. Con su amabilidad, perspicacia, clara inteligencia en el desfile ante él de tantas gentes cada una con sus problemas, aspiraciones o deseos, necesidades y aun esperanzas.

Escuela de apostolado —y de subidos quilates—, eso fueron las audiencias intensamente vividas del hijo del obrero de altos hornos baracaldeses como padre de sus diocesanos.

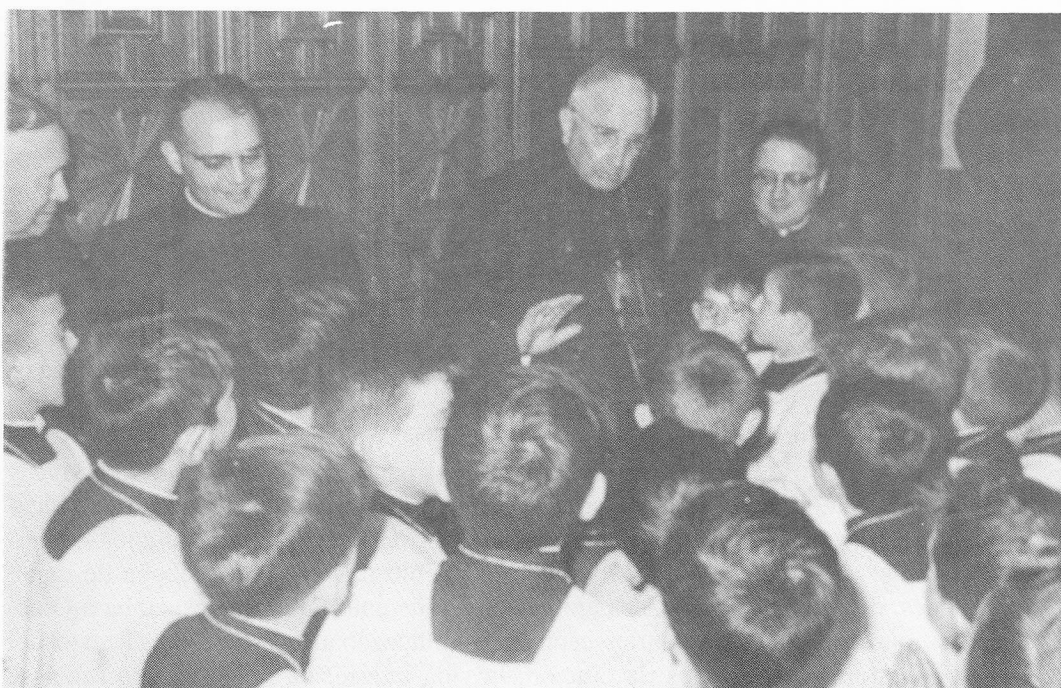
CONTRASTES DEL MEDIO

El cambio de Sede, va a ser intenso, para su propia persona y su obra pastoral. Una es Pamplona, en el vivir y sentir —reposados y hondos—, otra, Valencia, bulliciosos sentimientos y manifestaciones. España diversa, una vez más.

El peculiar modo de ser valenciano, su propia psicología y manera expresiva y expansiva de hablar, su amor a las exteriorizaciones y su natural propensión a la caricatura y chiste fácil, su carga afectiva y preciados dotes exteriores —desde antiguo—, laborales, creativos y culturales contrastaban con el pueblo navarro que acababa de dejar. Cambió, pues, de forma e intimidades ambientales y de entorno el que esperaba a Olaschea. Hasta para sus fuertes baluartes espirituales empezaban por cambiar el texto del idioma y la historia de sus hijos: la oración, la vida interior de recogimiento serán su mejor motor para toda marcha de cambio sobresaliente.



El provincial de los Dominicos inaugurando un concurso vicentino presidido por nuestro Prelado



Con los niños cantores de la Escolanía de la Virgen de los Desamparados creada por don Marcelino

No se amilanó el nuevo Arzobispo: oración, entrega a Dios y a la Maredeueta —Marecita—, patrona de Valencia, actividad, celo, apertura, caridad, amor a los humildes, amabilidad y bondad serán sus más bellas y poderosas armas. En el presente y en los días futuros que el Señor le conceda. Por lo que unas veces parecieron veredas estrechas y otras, anchos caminos reales.

A su ya experimentada vocación religiosa, a su obediencia y fe, le espera un vastísimo, variado, difícil y comprometido campo pastoral de acción:

- Una paz de guerra civil.
- Clero escaso, diezmado por la violencia.
- Iglesias devastadas, cuando no destruidas.
- Economía destrozada.
- Escasez de alimentos y materias primas.
- Mercado «negro», abundante, inmoral y necesario.
- Falta de viviendas, sobre todo, baratas.
- Depresión de zonas menos dotadas y marginadas.
- Ambiente de recelo y suspicacia.
- Falta de medios económicos indispensables.

El que pronto fue llamado —respetuoso, afectivo y cordial— don Marcelino, puso manos y corazón a la obra. ¿Qué dirección tomaría? Mirase por donde mirase, en cualquier dirección, la realidad sólo presentaba derroteros de angustia, flechas negativas para la acción apostólica profunda, inmediata y aun apremiante. No cabía esperar.

Como por desgracia ocurre en estos días nuestros en los que el Ministerio de Sanidad no acierta a resolver las exigencias de cada día y las listas de espera se multiplican por todas partes. Los grandes tecnócratas no aciertan a resolver lo que pudo lograr nuestro Arzobispo.

DISPENSARIO Y ESCUELA DE ENFERMERAS

Aunque en nuestros apuntes sobre la vida del amadísimo Arzobispo don Marcelino queden aspectos sin citar, debemos incluir entre los más conocidos su iniciativa al crear el «Dispensario y la Escuela de enfermeras».

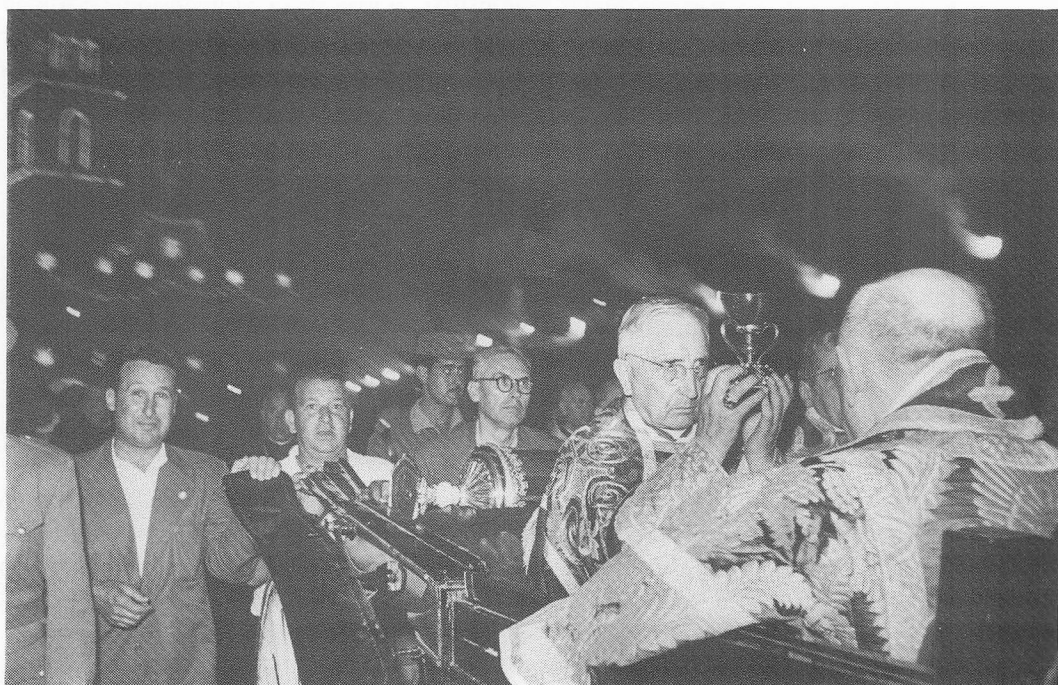
Muchos huecos que llenar dejó la trágica contienda civil. Poco a poco se iban llenando los más apremiantes que pudieran afectar a la propia existencia de la vida humana. El 1940 marcaba trágicas exigencias, tanto para la coordinada civil, como para la muy intensa religiosa.

Tras la desorganización derivada de nuestra guerra, el aspecto sanitario de la propia sociedad exigía urgentes medidas que el Estado no podía llenar cumplidamente. Le faltaban medios de todo orden y clase. Iniciativa exclusiva del Arzobispo fue crear un centro asistencial sanitario y otro después, en el que se atendiera sanitariamente de modo gratuito y un centro para formar enfermeras de manera técnica continuada, uniendo vocación, técnica y apostolado.

Peregrinación a San Juan de la Peña con motivo del XII Centenario de San Lorenzo y de la llegada a España del Santo Cáliz de la Cena.



Misa celebrada en San Juan de la Peña con la asistencia del Jefe del Estado y la intervención de la Coral Infantil Juan Bautista Comes



El Sr. Arzobispo bendice a los fieles con el Santo Cáliz

Recabó don Marcelino el apoyo de un grupo de médicos que le respondieron con entusiasmo. A su frente, el Dtor. Sandalio Miguel que recabó la colaboración de sus compañeros. De forma grata lo prestaron éstos sin vacilar y así quedó creado el «Dispensario de la Virgen de los Desamparados». El Arzobispo, sin medios económicos se embarcaba decidido y valiente a otra empresa. Porque decía él: «*Yo hago lo que debo, aunque deba lo que hago*». Máxima antieconómica que no suscribía al hacendista Keynes, pero subía tantos en la economía del cielo.

Muy importante fue la obra realizada por dispensario y escuela de enfermeras. Sobresalía por encima de toda magna acción profesional, las sucesivas e importantes actitudes en favor de una caridad consciente y muy necesaria en aquellos tiempos deficitarios de cariño y dulzura.

La Escuela de enfermeras se completó con el personal que estaba imbuido de gran espíritu cristiano. Así pudieron enlazar de forma exquisita y profunda la persona y la medicina social para atender tanta necesidad como entonces se presentaba.

Fue el Dtor. Lepoldo López, alma de la nueva institución valenciana, nacida al amparo de la ardiente caridad del Arzobispo salesiano, perspicaz oteador de necesidades sociales a las que se debía atender. Dos nombres femeninos es de justicia señalar, destacando sobre el conjunto, tan dulce, fino y exquisito: las señoritas Ana Balaguer y Lucía Alamán. Cuanto pudiera decirse sobre su entrega y abnegación en tan importante cometido, resultaría pálido y pobre. Apostolado, celo, interés, revestidos de preciados quilates de virtud y entrega desinteresadas.

Sonriente y tesonero, monseñor Olaechea consiguió ampliar las esferas de su apostolado, haciendo el bien con la ayuda y colaboración de diversos estamentos sociales. Medicina y atenciones curativas, sin largas esperas indignantes. Mas indispensables en busca de salud.

Mucho habría de cambiar todo este buen clima, en el área nacional completa, para adquirir términos negativos y aún aberrantes.

ACCIÓN RELIGIOSO-SOCIAL

Desde los primeros tiempos cristianos, la convivencia fraterna entre ellos lo caracteriza la extensión de la caridad, el mejor trato social, las fraternas relaciones personales, un mundo nuevo acababa de aparecer. Lo concretan en sus cartas S. Pablo y los padres de la Iglesia.

En los tiempos modernos los papas han venido señalando la urgencia de aplicar normas adecuadas en las relaciones empresa-obrero y que éstos recibieran salarios justos. Desde León XIII, más especialmente en la «*Rerum Novarum*» se acentúa la doctrina social de la Iglesia. Hasta Juan Pablo II todos los sucesores de Pedro se han esforzado en lograr mejores relaciones entre los hombres, muy alteradas desde el naciente industrialismo. El respeto a la persona humana es punto esencial de las manifestaciones públicas del dinámico y apostólico pontífice actualmente ocupando el solio de Pedro. El complejo, difícil y poderoso mundo del trabajo, los minusválidos, los peor dotados tenían para el



El Ayuntamiento de Náquera dio toda clase de facilidades con el fin de ampliar el primitivo proyecto. El importe de las obras fue sufragado por el Banco de la Virgen de los Desamparados, que dirigía don Rafael Lucia, que atendía personalmente la realización de las obras. Al fallecer el fundador, el Arzobispo vertió toda clase de elogios sobre su persona y la obra: Acción Social



Don Marcelino, apoyado en la legislación vigente, creó la «Escuela Diocesana de Enfermeras Nuestra Señora de los Desamparados», primera de cuantas luego ha tenido Valencia; y, una y otra vez, hizo que las alumnas acudiesen a Roma, a los pies del Vicario de Cristo

Arzobispo de Valencia doble significado: como hijo de trabajador y la obligada como jerarca de la Iglesia. Estrecho nobilísimo abrazo de pensamientos nobles y aspiraciones de justicia. Poseía facetas de F. Ozanan, Manjón y Teresa de Calcuta. Todos ellos practicaban el lema benedictino: «Ora et labora».

Esta hermosa amplitud de temas, puede asegurarse, constituyó el germen fundamental en la vida de acción del Arzobispo Marcelino.

Alrededor de estos puntos se cuajan otros igualmente importantes. Pero unen su valor al que representan la múltiple cadena los anteriores, de tal modo, que forman un bloque compacto con ellos. Y la puntual dinámica espiritual.

Con el fin de que estas aseveraciones del escritor aparezcan bien fundadas, prefiere él transcribir un esquema de su acción en distintos campos y épocas de vida.

SINDICATO DE LA AGUJA U OBRA SOCIAL FEMENINA

El «Sindicato de la Aguja» impulsado por el apostólico celo de María Lázaro tuvo que ceder sus fines y actividades a nueva entidad: Acción Social.

El Arzobispo conoció al fundador cuando designado informador de la Santa Sede hubo de visitar el seminario de Valencia. Antes de ocupar la sede de Navarra. En todo momento fue impulsor de la obra, entusiasta de ella y colaborador en sus fines. Una acción muy importante de impulso, presencia y animación permanentes.

El Ayuntamiento de Náquera dio toda clase de facilidades con el fin de ampliar el primitivo proyecto. El importe de las horas fueron sufragadas por el Banco de la Virgen de los Desamparados, que dirigía don Rafael Lucía, que atendía personalmente la realización de las obras. Al fallecer el fundador, el Arzobispo vertió toda clase de elogios sobre su persona y la obra: Acción Social.

Todo sirve al hijo del obrero baracaldés par obtener atractiva sustancia social. Propiamente y a velas desplegadas, de manera suave y diestra, envuelta entre los pliegues de los más diversos documentos. En este amplio sentido, los temas desarrollados en los dos tomos, que han visto la luz pública hasta hoy, no pueden aparecer más explícitos, aun en esquema que estimamos resulta menos valorativo. La efigie noble y destacada del religioso hijo de Don Bosco, aparecerá, bien modelada y resplandeciente siempre en las más diversas preocupaciones de su vida. No hay exceso cariñoso en tal afirmación. Veamos: todo es acción social. La vida entera del ilustre prelado resplandece vigorosa, clarividente y cristiana. Lo proclama un expresivo, largo índice —no agotado— de temas:

- Pastorales.
- Preocupación misional.
- Hermanos separados.
- Bodas de oro sacerdotales.
- Bodas de plata episcopales.
- Parroquia y su contorno.
- Moralidad pública.
- Apostolado seglar.



Día de la Patrona: la Virgen de los Desamparados. Actúan la Orquesta Municipal, los niños de los colegios con la Coral Juan Bautista Comes



El Arzobispo, con las Operarias Parroquiales Magdalena Aulina, cuya larga tribulación jurídica asumió desde el principio, conllevó y clarificó, con clarividencia y tacto singulares, hasta verla convertida en gozo

- Enseñanza primaria y media.
- Escuelas y maestros.
- Caridad aplicada.
- La H. O. A. C.
- Fiesta del trabajo.
- El salario justo.
- Tómbola y banco de la Virgen.
- Asociaciones diocesanas.
- Casas para obreros.
- Creación escuelas.
- Congreso Nacional catecismo.
- Artículos periodísticos.
- Alocuciones en radio.
- Audiencias personales.
- Sí a la paz, no a la venganza.
- Dispensario y Escuela de enfermera.
- El posible y necesario cambio.

¿Quedaron sin enumerar otras acciones de don Marcelino igualmente valiosas?... Puede ser, pero cuanto antes indicamos es sin duda cuadro válido de lo mucho, bueno y cristiano que fue realizando a través de su largo episcopado de la diócesis valentina. Nos parece que lo indicado, es un conjunto de las acciones más relevantes y expresivas.

UN AFÁN DE CONTINUIDAD

Deslumbra, aún ahora, contemplar el amplio despliegue de actividades —las más variadas— que desarrolló el Arzobispo. ¿De dónde pudo obtener aciertos y éxitos tan continuados?... En el silencio de su oratorio privado, en la oración y meditación, en la entrega —corazón y alma— a la Maredeueta se iba forjando el principio de tantas obras buenas y provechosas. Todo su pontificado son años de plenitud y gozos espirituales y de conformidad personal y de buena semilla echada en el propicio surco acogedor, del animoso pueblo valenciano, ganado plenamente por los afanes generosos y continuados de su Arzobispo. Se repite aumentada la historia escrita en Navarra. Su hermosura aumenta por días.

PERVIVE LA VOZ POPULAR

Quisimos aprovechar una estancia veraniega en 1991 en «Les Forques» —sierra valenciana—, residencia de las Hermandades del Trabajo, pidiendo a diversos y calificados residentes qué recuerdo conservan de don Marcelino. Era como una pequeña encuesta sin pretensiones. Con un solo deseo: recoger, recordar imagen y concretar las fases esenciales de ella.

- Reunidas las opiniones emitidas, aparecen, muy resumidas, la mayoría de ellas:
- La tómbola.

- Las casas para obreros.
- La amabilidad en el trato.
- Su actividad prodigiosa.
- Su amor a todas las clases sociales.
- Respondía tanto el corazón como la memoria.

El mismo generoso recuerdo podríamos hallar en otros centros. El obispo don Marcelino supo granjearse el amor de los valencianos. Como antes había ocurrido en Navarra.

Tienen los vascos fama de ser poco expresivos en sus sentimientos. Las exigencias de un apostolado certero, moderno y marcadamente social obligó a don Marcelino a tener constante y solidariamente abiertas las puertas de su corazón a todos los que a él acudían, llevando en la voz implorante alguna necesidad. O porque la evolución de la sociedad española iba marcando hitos y determinando posiciones que era imprescindible cubrir. El Arzobispo era Padre y Pastor y servidor de todos sus fieles. Sin que jamás hubiera barrera de separaciones con niunguno de ellos.

Ni la capa, mitra o báculo pusieron o marcaron distancias. Los brazos siempre abiertos y la palabra acogedora fueron constantes estampas de su vida: en el palacio episcopal, en la iglesia, en la calle y en las reuniones, cualquiera fuera su carácter.

Bello bajel de vela blanca ondeando al viento sobres las inquietas aguas de la vida, la simpática y nobilísima figura del Arzobispo aparece como símbolo de paz deseando el bien para todos, alentados por su atractiva figura, su palabra acogedora y paternal bendición.

EL POSIBLE Y NECESARIO CAMBIO

Difícil es el ambiente y duras las exigencias de vida para lograr en ella necesarios cambios decisivos y radicales. Porque esa vida tiene muchas cambiantes. No navegan lejos ni vuelan alto. Lo viven a ras de tierra los indecisos, los escépticos y medrosos.

En todo tiempo, las mujeres que han dejado el vivir honesto y se han entregado a los desvaríos del comercio carnal han encontrado corazones generosos dispuestos a prestar su ayuda para que consigan la vuelta a cauces de una actividad moral continuada.

Hermosas páginas del Evangelio muestran el amor permanente, ilimitado de Cristo hacia los pecadores. El significativo episodio de la mujer arrepentida y la adúltera sentó doctrina de futuro para juzgar a los demás. Y sobre el mismo tema insistirá misericordioso Cristo.

Nace en Navarra una obra misericordiosa con nobilísimos contenidos: readmitir en sociedad, volver a la vida normal a cuantas mujeres, arrepentidas de su mal vivir —con sus posibles hijos— deseen abandonar sus tristes derroteros.

La funda y dirige la señora Carballo, espíritu propicio al sacrificio personal y a la acción evangélica-social.

La bondad de don Marcelino recogió las aspiraciones de esta señora, amparada ya por el sacerdote Añoberos —posteriormente obispo de Cádiz— y además de colocarse a su lado, la anima e impulsa a seguir su difícil obra. La señora dedicada —generosidad, alegrías, disgustos—, ejerció este modelo de caridad: buscar la regeneración de las prosti-

tutas. Estableció su centro de actividades en VILLA TERESITA. En ella se atendía las acogidas y a sus hijos, si los había de alguna de ellas.

El sentido misional en este ambiente cargado de miseria y ruindades —pocas veces, rayos de luz—, es duro, difícil, complicado de realizar. Sin embargo, los buenos frutos obtenidos siempre animan a seguir manteniendo tan difíciles cometidos cristianos.

Esta obra de caridad cristiana sintió la opresión de los agobios económicos. Cuando Monseñor Olaechea, obispo, regía la diócesis de Navarra mantuvo afectuosas relaciones con la iniciadora del movimiento. Ya en Valencia sigue manteniendo su protección y apoyo a la piadosa señora navarra y le reservó un piso para la obra en el barrio de Tendetes. Pasó la fundadora a continuación a Godella y de manera más estable a la capital, en cuya calle Balmes sigue ejerciendo tan difícil apostolado.

La amable sonrisa del Arzobispo caritativo, sus palabras consoladoras no faltaron ni su colaboración para llevar adelante una acción tan cristiana, difícil y reparadora, socialmente generosa. El cambio de vida es posible y necesario. La acción apostólica, muy dura.

La obra se mantiene y podemos afirmar que sus beneficios alcanzan un alto índice provechoso y confortante.

CUADRO SÍNTESIS DE ACTIVIDADES

Muy difícil resulta detenerse en todas y cada una de las grandes obras que Monseñor Olaechea pudo llevar a cabo durante su episcopado valenciano. Intentemos recoger en un cuadro resumido, la mayor parte de todas ellas.

A) RELIGIOSAS

Visita pastoral; la gran Misión; los congresos eucarísticos comarcales y el nacional, en el que tuvimos el honor de intervenir; sínodo diocesano; bodas de plata de la coronación de la Virgen de los Desamparados; coronación de la Virgen del Puig, la Covadonga valenciana; creación de 17 parroquias en la capital y 120 en el obispado; asistencia a la coronación de San Juan de Ribera. En el anillo episcopal llevaba grabada la imagen de la Virgen; impulsó el culto a la de Desamparados.

B) SOCIALES

Tómbola de la Virgen; creación de trece barriadas para obreros en la capital y pueblos cercanos; escuela de A.T.S.; colonia de verano para niños de modesta condición social; montepío Divina Pastora; dispensario. Subastó el anillo pastoral para atender necesidades de las inundaciones del Turia y apertura de la catedral e iglesias para atender a familias afectadas por ellas.

C) CULTURALES

Construcción de un hermoso y gran seminario diocesano en Moncada, cerca de la

capital —acaso el mayor de España— y dotado con todos los adelantos previstos en la época y con abundante material científico. Su destino, hoy, es múltiple.

D) EDUCATIVAS

Creación de la «Asociación Católica de Maestros»; creación de seis escuelas normales del Magisterio primario, dirigidas, sostenidas por la Iglesia, y veintisiete parroquiales. El «Patronato escolar diocesano», escuelas salesianas de Alcoy y escuelas de E.G.B. en todas las nuevas barriadas.

E) DEPORTIVAS

Creación del Centro Deportivo BENIMAR, junto a la playa, hoy separado del mar por la extensión de la zona portuaria.

F) MUSICALES

Escolanía de la Virgen y las devotas y multitudinarias misas d'infants por él iniciadas, en una de las cuales recibió el primer amago de insuficiencia cardiaca, que ya iría aumentando.

G) MIXTAS

Realizó dos viajes a Tierra Santa, sufragados íntegramente por un patricio valenciano —Gregorio Molina—, visitas a la leprosería de Fontilles —Alicante—, visitas «ad limina» y otras a Roma —canonizaciones Domingo Savio y Juan Ribera—, sesiones del Concilio Vaticano II, posteriormente inaugurado.

H) POLÍTICAS

El Arzobispo afirmó repetidas veces: «Soy obispo, nada más que obispo», ante el propio Franco. Se abstuvo en el plebiscito de la época franquista. Ocupó cargos y aceptó nombramientos en favor del bien común.

Sin vida de piedad intensa, sin la necesaria preparación ante el Sagrario poco o nada de este inmenso programa hubiera podido realizar con toda brillantez y eficacia. Nunca le faltó la buena salud, que sabía aprovechar muy bien para desplegar sus envidiables actividades apostólicas de todo género y calidad. Desde el principio del día ya sellado con la oración y la penitencia, hasta las horas vesperales, cuando el silencio volvía a dejar en mejor reposo el corazón y las alas de la inteligencia.

Humilde examen a fondo de la usual, densa jornada diaria: aciertos y deficiencias. Sobre todo, ya, previsiones de futuro. Los medios, modos, maneras y lenguaje de comunicarse con los demás. Fue un maestro de la comunicación humana. Antes de iniciarlo con personas, lo iniciaba con el sagrario, suplicando el mejor hacer para su gloria como padre amoroso de todos y de todo lo creado.

EL GRAN SEMINARIO DE MONCADA

Sacerdotes santos. Un gran modelo: el beato Juan de Ávila.

La formación de futuros sacerdotes ocasionó a don Marcelino una constante preocupación. Que deseó y pidió llegara al corazón y a la mente de sus diocesanos. Publicó con esta finalidad siete pastorales relacionadas con el seminario y una glosa a la hermosa causa de Pío XII sobre los seminarios en España.

El corazón sensibilísimo de don Marcelino se desbordaba en muestras y manifestaciones de amor hacia sus seminaristas. Para todos ellos deseaba lo mejor. En todos los órdenes: moral e intelectual y aun físico. Si por lo general el Arzobispo concebía todo a lo grande, en el seminario concentró sus mayores y puros deseos y sus concepciones mejor orientadas. La caricia de su mirada, el afecto de su palabra se posaban amorosos en sus seminaristas.

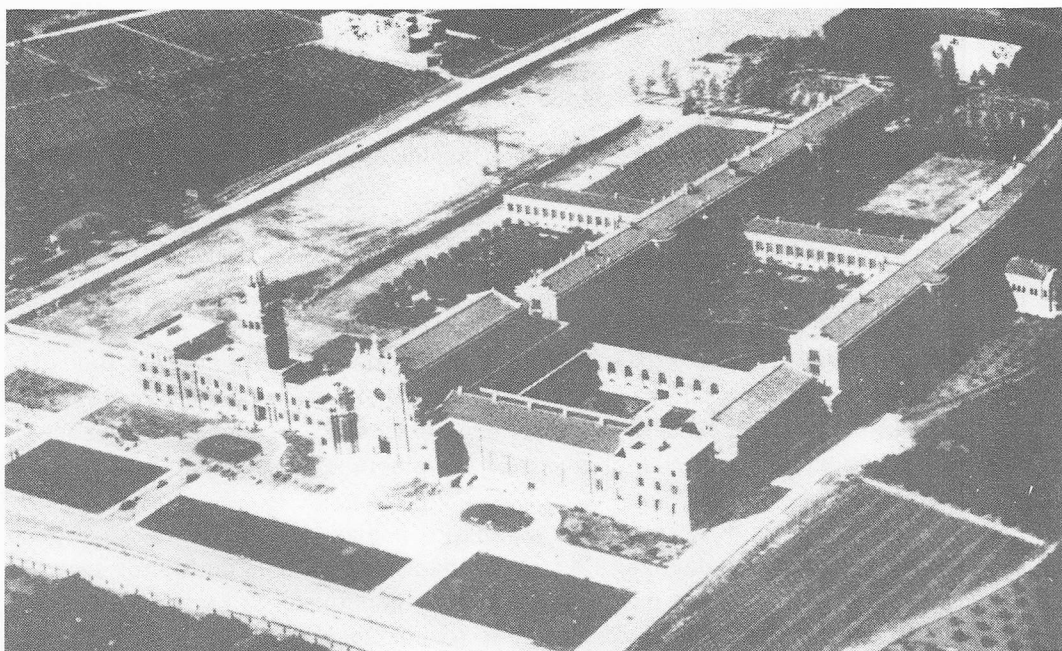
En general, los edificios destinados a seminarios habían quedado anticuados, poco útiles para las necesidades pedagógicas de una preparación moderna de futuros sacerdotes. Anclados ya en una sociedad moderna, cuando no modernista. Era preciso tenerlo en cuenta. El mundo cambiaba por momentos, y la secularización aumentaba, lentamente, pero de forma expresiva.

Esto ocurría con el de Valencia. Edificio suntuoso con regusto de magnificencias arquitectónicas, pero de difícil utilización en los nuevos tiempos. Los presentes y los que se adivinaban duros y en exigente renovación. Pronto lo percibió la ágil mentalidad y el gran corazón de don Marcelino. Ésta fue otra de sus grandes obras. En el término de Moncada cerca de la capital, se lanzó a terminar un espléndido y hermoso seminario capaz para albergar mil seminaristas, muchos de los que luego, la realidad iba a disminuir de manera triste y desconsoladora. Entonces pareció el edificio pequeño. Ahora, demasiado grande. Nadie podía imaginar los cambios sociales, políticos y religiosos.

De todas formas, allí está para siempre el testimonio en piedra y ladrillo del gran seminario que el Arzobispo Olaechea anhelaba para su diócesis. Sólo dispone el Señor.

LA IGLESIA, EN LA CATÁSTROFE DEL RÍO

El río Turia nutre sus amplios cauces de la capital del agua que le suministra el caudal de las altas tierras turolenses. Desde el siglo XVII los gestores de la seguridad ciudadana levantaron muros de recios sillares que pudieran contener el tremendo empuje de sus aguas en ocasiones desbordadas. En tiempos de sequía y normal régimen de lluvias, el cauce del Turia pequeño, recoge la mansa corriente cuando pasa por la ciudad. Mas una noche del 14 de octubre de 1957 cuando suave e inofensiva parecía, saltaron las aguas los altos pretilos de piedra y fueron llegando a las calles de la ciudad, subiendo de forma que parecían incontenibles. Las pérdidas fueron cuantiosas en vidas humanas, en comercios arrasados, en viviendas deshechas... El Arzobispo no se amilanó y con celeridad se dedicó a paliar los destrozos y a socorrer a los damnificados. Pronto llegaron auxilios de



La primera piedra del gran Seminario de Moncada la bendijo el arzobispo Melo y Alcalde, cuyos eran la idea y el proyecto. Don Marcelino, todas las demás, llevando la obra entera, en lo material, espiritual y científico, al más luminoso esplendor



El Arzobispo de Valencia, recorriendo los barrios más afectados por la inundación, llega a la destrozada parroquia de San Juan Bosco. Desolación y ruinas



Así quedaron las escuelas parroquiales de Santiago Apóstol después de la gran riada



Después de pasada la inundación se hundió la bóveda de la parroquia de Marchalenes



En el corazón del dañado barrio del Carmen, la parroquia fue la primera víctima: he aquí uno de los socavones del suelo hundido por la riada



La catástrofe del Turia

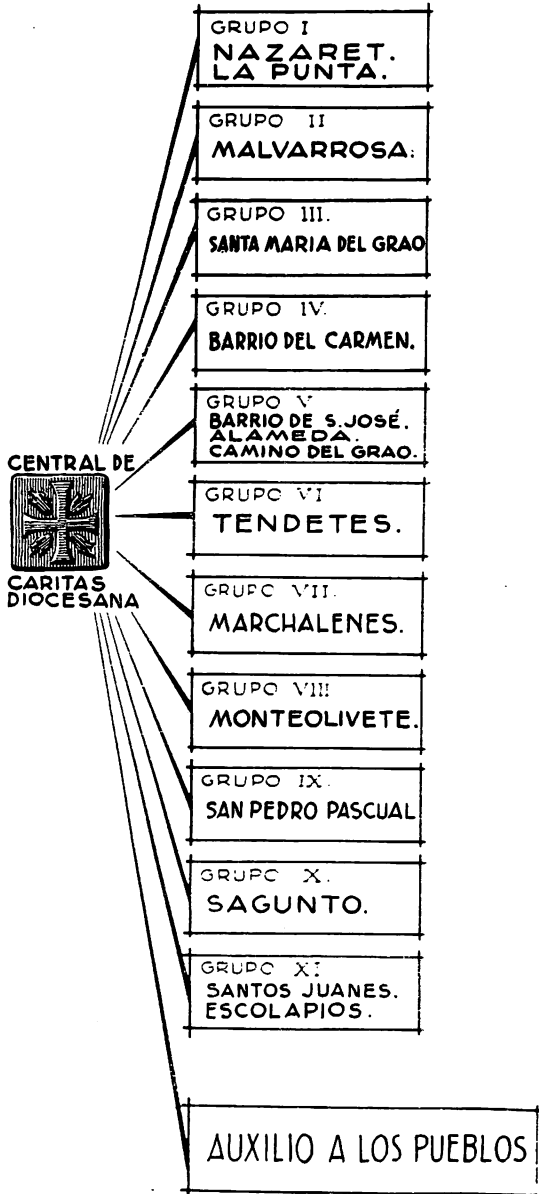


El párroco de Santiago Apóstol, entre las ruinas de su iglesia. Lo hizo el Turia, desbordado y arrasador



La humilde parroquia de Nazaret, apuntalada, amenaza con derrumbarse después de sufrir el azote de la inundación. Don Marcelino vuelca en ella, en sus feligreses, la preferencia del alma

*Grupos de asistencia
y barrios que
atendían.*



*Cantidades
distribuidas.*

Pan	7895 de 1/2 kg.
Bocadillos	1216 unidades
Leche condensada	230 botes
Patatas	6122 Kgs.
Huevos	1092 unidades
Arroz	8610 Kgs.
Garbanzos	160 >
Lentejas	101 >
Chorizos	53 >
Tomate	550 botes
Harina trigo	609 Kgs.
Tocino	2743 >
Bacalao	132 >
Conservas	11 cajas
Margarina	12 >
Mermelada	2 >
Chocolate	1 >
Malta	106 paquets.
Colacao	80 botes
Cebollas	3066 Kgs.
Agua mineral	18 cajas
Medicinas	38 cajones
Mantas	5402 piezas
Colchones	2749 >
Cabezas	645 >
Sábanas	126 >
Ropa	317 fardos
Calzado	13382 pares
Canastillas bebé	327 unidades
Jabón	12 cajas
Bujías	23 paquets.
Camas	326 unidades
Somiers	263 >
Cunas	52 >
Sillas	64 >
Mesas	15 >
Mobiliario diverso	26 >

El Arzobispo impulsó la grandiosa obra de la Cáritas valenciana

LAS PROVINCIAS

DIARIO GRÁFICO

REDACCION Y TALLERES: JOSE PINAZO, 19. — TELLS 18.650 Y 13.897
ADMINISTRACION: MAR. 29. — APARTADO CORREOS 129. TEL. 11.320
PUBLICIDAD: RUIZ DE LIZORRY, 1. ACCESORIO. — TELEFONO 11.320

NUMERO SUELTO:
1'50 PESETAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION: VALENCIA: 35 Ptas. AL MES.
(Pago anticipado) RESTO DE ESPAÑA: 100 Ptas. PRIMERIESTRO



DISCURSO DEL PADRE SANTO a los maestros españoles presididos por el Arzobispo de Valencia



Ciudad del Vaticano, 19. — En la audiencia que el Padre Santo concedió a una peregrinación de maestros españoles, presidida por el Arzobispo de Valencia, doctor don Marcelino Ojabeche y Lozaga, Su Santidad pronunció las siguientes palabras:

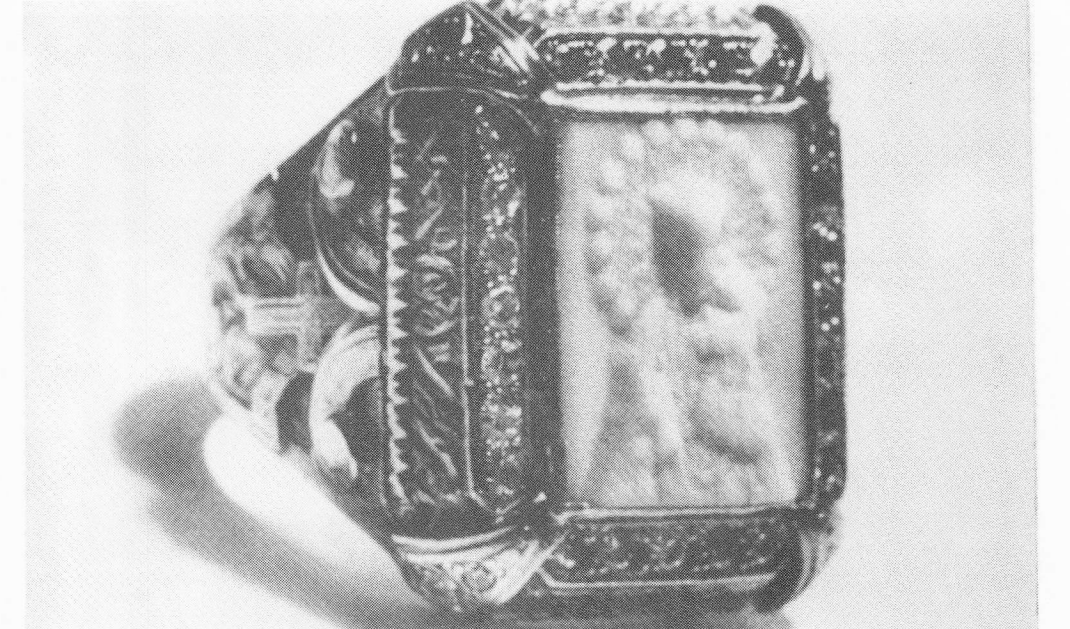
«Una vez más, nuestros amadísimos hijos los maestros católicos españoles, por iniciativa de su ilustre obispo valenciano llegan a nuestra presencia, y una vez más queremos igualmente aconsejarlos con los brazos abiertos, como ellos se merecen, especialmente por el fervor de su noble acción.»

«Y precisamente porque ya en repetidas ocasiones os hemos hecho patente nuestro pensamiento, deseamos muy brevemente, y también en forma resumida, sugeriros algunas ideas para correspondencia a los deseos que nos ha-

héis manifestado, al mismo tiempo que para mostrar el interés con que seguimos vuestra fatiga cotidiana. 1.—Y primero de todo, en una sociedad en plena evolución, como la presente, conservad la más alta idea de vuestra misión providencial: a) Porque es y será siempre de una necesidad imprescindible, ya que la formación y la educación primaria de los niños es algo anterior a todas las demás futuras actuaciones sociales. b) Porque ella constituye la base de

2.— Pero, para que vuestra misión alcance su plena eficacia, es indispensable que tengáis de ella una idea clara, recordando siempre: a) Que vuestra misión como maestros no puede reducirse exclusivamente a ser vehículos para la adquisición de una ciencia, más o menos profunda o menos vasta, sino que debéis ser, antes que nada, educadores de los espíritus, y en su debida proporción, forjadores de las almas de vuestros escolares. b) Que vuestra labor no puede concebirse como un empírico mecanicismo individual, sino como una función social, en plena coordinación sobre todo con las familias y con las legítimas autoridades, cambiándose mutuamente elementos de juicio, medios educativos y el necesario prestigio, con una mira común: que es el bien social. c) Que vuestra vocación puede decirse que va más allá de lo sacramental humano y terrenal, haciéndose «sobradora» del sacerdote y de la misma Iglesia de Cristo, en esa educación de las almas a la que tan singularmente podéis contribuir de la misma manera que tan dolorosamente la podréis impedir. 3.— Finalmente, para poder llevar a cabo con satisfacción tan santos deberes, será necesario por vuestra parte: a) Una asidua consagración a vuestro trabajo, sin reducir el sacrificio e incluso dejando a un lado los proyectos y los medios personales. b) Una conducta ejemplar, porque vuestros pequeños, que no os quitan de encima los ojos, aprenderán más de vuestras obras que de vuestras hermosas palabras, sobre todo de vuestra limpieza de vida, de vuestra desinteres, de vuestra paciencia y de vuestra sincera piedad. c) Un continuo contacto con el Señor, especialmente por medio de la oración y de la frecuencia de los sacramentos, porque en cosa tan sublime y delicada, como es la educación primera de los niños, la parte principal que se recree en la gracia de lo alto.

«Estas son, maestros católicos españoles, las consignas que nos habéis pedido. Las dictó únicamente nuestra afectuosa paternidad hacia vuestro querido país, y en especial, hacia vuestros queridos alumnos. Y cuando cada uno de vosotros va ya a su escuela, dice a sus pequeños hijos: «El Vicario de Cristo, vuestro Padre en Roma, el Papa que os quiere que sus energías que os salude y os traiga la mejor de todas sus bendiciones. Una bendición también para nuestro venerable hermano el Arzobispo de Valencia, aquí presente, para vosotros para vuestras familias y para todos en estos momentos guerrales y benedictos». Etc.



Que don Marcelino entregara a subasta pública su anillo pastoral a favor de los damnificados por la riada, no fue sino un acto más, semejante a todos los otros de su vida. Nada de este mundo le importó, sino sólo andarlo, en espíritu y verdad, cercano al Maestro. *Da mihi animas coetera tolle*



Grupo de maestras esperando la audiencia de S. S. Pío XII en la peregrinación que presidió don Marcelino



El señor Arzobispo recibe en la antigua estación del Trastevere a un grupo de colaboradores de la peregrinación

toda España. Hasta de los centros madrileños de mi zona de inspección se recogieron donativos.

En el cuadro desolador de la Valencia anegada, dolorida y maltrecha, sobresale a muchos codos de altura Cáritas Diocesana. Una perfecta organización atendió las zonas en que se dividió la capital y la Acción Católica cubrió la movilización general de todos sus miembros. Toda clase de recursos se hicieron llegar a los damnificados, a los sin hogar se les alojó en recintos de iglesias, seminario y hasta la catedral que habían quedado libres del terror de las aguas y de la densa capa de barro que ellas transportaban.

El Arzobispo cayó enfermo pero desde su lecho en forma infatigable asumió la dirección de toda la obra, visitó después iglesias y poblados afectados, dando ejemplo de solidaridad y cristiana colaboración. Valencia se fue recuperando. Grande fue el esfuerzo colectivo. El catolicismo grabó una página brillantísima en la que destacaba el nombre de monseñor Olaechea. Una publicación excelente, *La Iglesia en la riada*, recoge por extenso el colosal esfuerzo realizado por la Iglesia con todos sus pormenores y las reiteradas intervenciones del Arzobispo en capital y sus alrededores.

CONGRESOS EUCARÍSTICOS

No contamos con pruebas que nos manifiesten los sentimientos íntimos del ilustre prelado, ni nos ha dejado escritos que indiquen cuáles eran sus direcciones espirituales y sus anhelos más conseguidos o por conseguir. Las obras, su acción, lo demuestran claramente. Por sus actos los conoceréis, dijo el Señor en el Evangelio. Aquí el rico muestrario de cuanto realizó Monseñor Olaechea.

Todo ello gira como planeta sumiso alrededor del esplendente faro luminoso del sol, que es Cristo, Señor nuestro, presente en el decir humano y en la acción transitiva —con el Padre—, de todos los tiempos.

Quedaba mucho negro lastre en las conciencias después del 39. La justicia social mantenía desigualdades oprobiosas. Aparecían rencores, no reinaba un deseado orden indiscriminatorio. Acudió al Sagrario, símbolo de amor permanente. Muchas veces, el más abandonado.

El Arzobispo bien y aun entusiásticamente apoyado por sacerdotes y seglares se lanzó, primero, a preparar adecuadamente la conciencia de todos, y después a celebrar un conjunto de actos. ¡Y cómo respondieron todos! Ahí están los nombres preclaros de Játiva, Alboraya y Gandía, cuyos fieles recuerdan aquellos días de fervor desplegados públicamente. Ellos elevaron a los cielos una inmensa, sentida oración colectiva.

Quiso el Arzobispo salesiano aumentar el eco de la acción eucarística, ampliando al área nacional la celebración de otro congreso. El acierto coronó de nuevo —con éxito total y pleno—, los evangélicos esfuerzos de don Marcelino. Fuimos testigo y participante en él. El éxito coronó las sesiones plenas de unción y sabias doctrinas.



El señor Arzobispo habla a los hombres de Acción Católica



El Arzobispo tuvo la entusiasta colaboración de seculares famosos. Aquí aparece José M.^a Haro, presidente del Consejo de Hombres de Acción Católica, magistrado de Trabajo

AUMENTA EL PRESTIGIO

La atractiva figura del señor Arzobispo adquiría por días mayores dimensiones y su palabra, sus gestos, chistes y «salidas» se celebraban públicamente, considerándole casi un valenciano más. Tenía «ángel».

VISITA PASTORAL

Deber esencial en todo prelado. Obligatoria por exigencia del Derecho Canónico y de la propia misión pastoral.

Ahora demostraba sin limitaciones, plenamente, gozoso don Marcelino su corazón sensible de padre y prudente pastor. Pero no podía prescindir el Arzobispo de ser responsable de la buena marcha de la diócesis. Tenía la obligación de señalar deficiencias o alteraciones posibles de las normas establecidas por el Derecho Canónico y las instrucciones de la Santa Sede. Contaba —gracias a Dios—, con un clero ejemplar y culto que había sufrido una cruenta persecución y si tenía algo que purgar, se había purificado en ella. Numerosos religiosos —clero secular y órdenes religiosas sin olvidar seglares— señalaban su pasión martirial bien contrastada.

Mantuvo don Marcelino relaciones estrechas, cordiales y aun amistosas con todos los párrocos de su diócesis, y con los superiores de órdenes religiosas y con las asociaciones apostólicas. Se daba —pronto y exactamente— cuenta de lo que por fuera aparecía y de lo que por dentro podía ocurrir.

Prueba excelente de su actuación son los nombramientos de «abad honorario de la abadía de Silos» y «dominico de honor».

Habría que penetrar —recogidos y fervorosos—, en el sagrado recinto de las religiosas de clausura, esos claustros en los que se pide al Señor diariamente por todos, se mace-ran los cuerpos y robustecen las almas para conocer las actitudes y palabras amorosas que el Arzobispo, todo corazón, les dirigía. Blancas azucenas del Señor Jesús, le escuchaban y ayudaban desde la recóndita paz de sus claustros.

Lleno de unción y de amorosa caridad cristiana sus palabras enfervorizaban y mantenía viva la vibrante tensión de las almas buenas, en rendido holocausto permanente al Señor.

Un anecdotario precioso, ¡*Lirios de santidad!*!, mostraría al buen Pastor conviviendo con la parte más preciada de sus ovejas. Y en las parroquias destilaría palabras sentidas de aliento, porque siempre aparecen contra la acción apostólica, lobos carnívoros dispuestos a destrozar a los buenos, sencillos y fieles cristianos. O exitoso laborar permanente.

Y el corazón humano —aun en la necesaria reprensión—, gusta más de la miel de la palabra amable, que del elogio adusto y seco. Los congresos eucarísticos abrieron muchos corazones al bien y lo fortificaron en otros. Fueron siempre celosa vanguardia en el apostolado.



Don Marcelino, una vez más, asaltado por los niños



**El señor Arzobispo visita con frecuencia escuelas primarias de la Iglesia y centros de Enseñanza Media.
Es un salesiano. Sabe que de la escuela salen el bien y el mal**

ACCIÓN CATÓLICA Y ASOCIACIONES

Ojos y brazos para la acción apostólica fueron y son las asociaciones de Acción Católica En Valencia estuvieron en todo instante prontas a ejecutar las órdenes de su Prelado. Él tuvo para ellas siempre palabras de encendido y justo elogio. Las cuatro ramas y la juventud compitieron en desplegar un celo que las colocaba a la cabeza de toda acción espiritual. Mucho y bueno la Acción Católica impulsada, aupada por don Marcelino con su voz, gesto animoso y acción. El catolicismo valenciano fue —en todo tiempo— pionero en la acción.

MUNDO DE ESPERANZA: NIÑO, EDUCACIÓN

En el corazón del Arzobispo vamos describiendo un amplio círculo que sólo quiere encontrar un amoroso corazón, amor que encienda las almas, llegue a todos los corazones y se rindan ante el gran amador, Jesús, maestro y amigo de los hombres. El Cristo de la Cruz y del sagrario.

Podrá parecer que divagamos, pero el verso mantiene el rigor armónico de sus bellos, armoniosos contenidos alegres y siempre suscita la misma canción prometedora. El corazón sensilbe le agradece y conserva la memoria.

Así desearía expresarlo certera, agudamente la pluma, y llevarlo a la convicción irrefutable de los lectores.

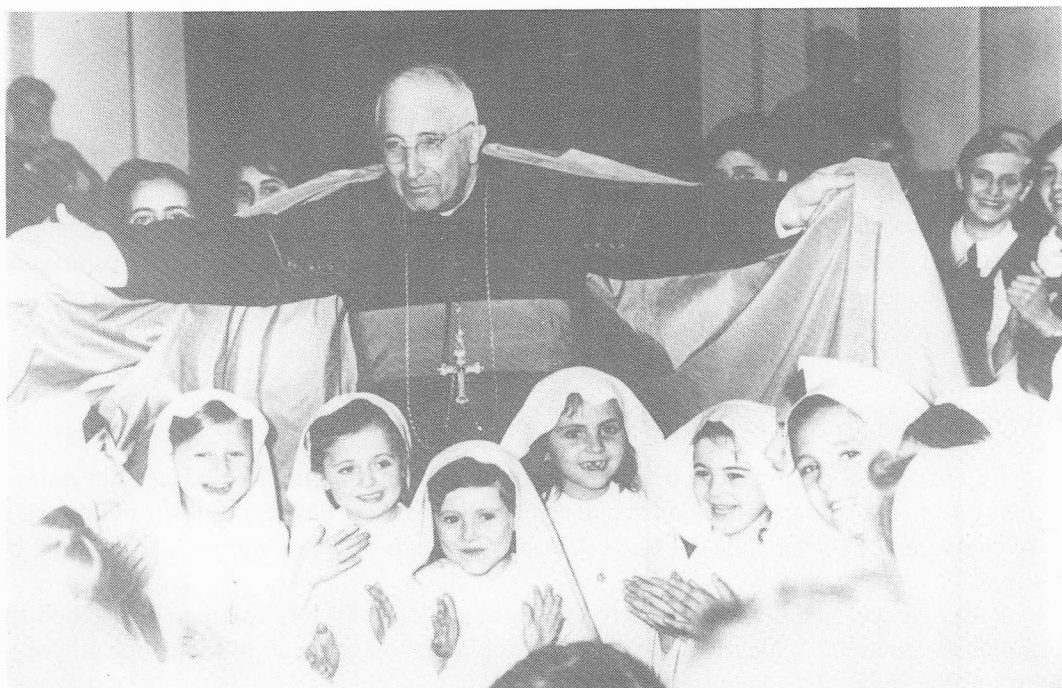
El salesiano-obispo siente por el niño y el clamor de adolescentes y jóvenes más que fervores de clave material, afecto delicado y significativamente espiritual. Él se elevaba a vastas alturas espirituales derivadas de los que Cristo sintió y nos mostró para ellos una tarde luminosa en Judea, cargada del más fino orden poético. Por eso pide que dejen acercarse a los niños a Él. Metodología catequista, lleva su ternura, al referirse a niños, a escribir que ellos «nos señalan el camino del cielo, dice, cuando un niño nos sonrío nos da el premio mayor. Nos sentimos ángeles».

Recoge, de los propios chicos, una expresión latina y dice monseñor que también los cristianos sentimos por los niños «un amor reverenciado». Algo suprasensible, que supere las limitaciones de la carne.

No puede extrañar ante tan alta y pura consideración de la infancia, que trasladara —certero y práctico— al maestro sus amores y preocupaciones y pusiera en la buena escuela todas sus mejores y aun mayores esperanzas. La escuela oficial y la privada por igual. España era oficialmente católica.

Las buenas escuelas, había escrito Pío XI en su encíclica «Divini illius magistri», son fruto de los buenos maestros más que de las buenas ordenaciones», —legislativas se entiende—. La persona sobresale siempre.

La catequesis parroquial en todos sus aspectos y modalidades, la educación en los colegios de religiosos y oficiales fueron objeto de sus constantes y graves preocupaciones. Buena expresión de todo este transcendental tema fueron las cartas pastorales reiteradas. Fuente de doctrina eclesial y religiosa, las instrucciones específicas y concretas sobre el catecismo impartido a niños y adultos, el gran congreso nacional celebrado en Valencia



Dos alegrías en un mismo día: recepción de la Primera Comunión y el abrazo paternal del señor Arzobispo



Amor de don Marcelino a los niños, a la buena educación... y nació el Día del Maestro



El Arzobispo impone la encomienda del Mérito Civil al presidente de la Asociación Católica de Maestros, don Vicente Hervás





Día del Maestro. Antiguos alumnos de doña María Contel y don Vicente Hervás, ofreciendo a sus maestros títulos honoríficos



Día del Maestro. Intervención de la Coral Juan Bautista Comes, dirigida por el maestro José Roca Coll, fundador de la misma y director del Conservatorio de Música y Declaración

sobre la misma materia, la enseñanza de las religiosas docentes. De la pedagogía del Evangelio dedujo y aplicó expresivas normas pedagógicas al quehacer diario de la escuela... Una gran y auténtica enciclopedia religiosa al mejor servicio de los valores infantiles de la diócesis. Su más ilusionada esperanza.

EL «DÍA DEL MAESTRO»

En el contacto usual y constante —diario con los diocesanos y toda clase de gente—, don Marcelino no hizo ni mantuvo preferencias, pero sí reiteradas distinciones y manifestaciones de agrado y muy elevada complacencia. Esto ocurrió con los profesores de E.G.B. y las enseñanzas medias. En general, con todos los docentes. Le preocupaba la Universidad.

Gran y magnífico salesiano, don Marcelino concedió siempre puesto relevante en su acción pastoral a la educación catequística de los niños. *Cultura y acción docente pudo ser también su lema de vida*. Pero en este caso, su atención y preocupación se centraron en unificar la acción apostólica de tres diversos grupos católicos de maestros en la capital. Lo consiguió, y a su decisivo impulso y deseos nació la «Asociación Católica de Maestros», hoy con florecientes y variadas actividades culturales en el campo educativo, profesional y religioso. Con revista propia. Les recibía siempre cariñoso, presidía sus actos. A la grata memoria de don Marcelino, su Asociación, agradecida, ha dedicado un precioso libro. En él enaltecen «la vivencia de su obra apostólica social».

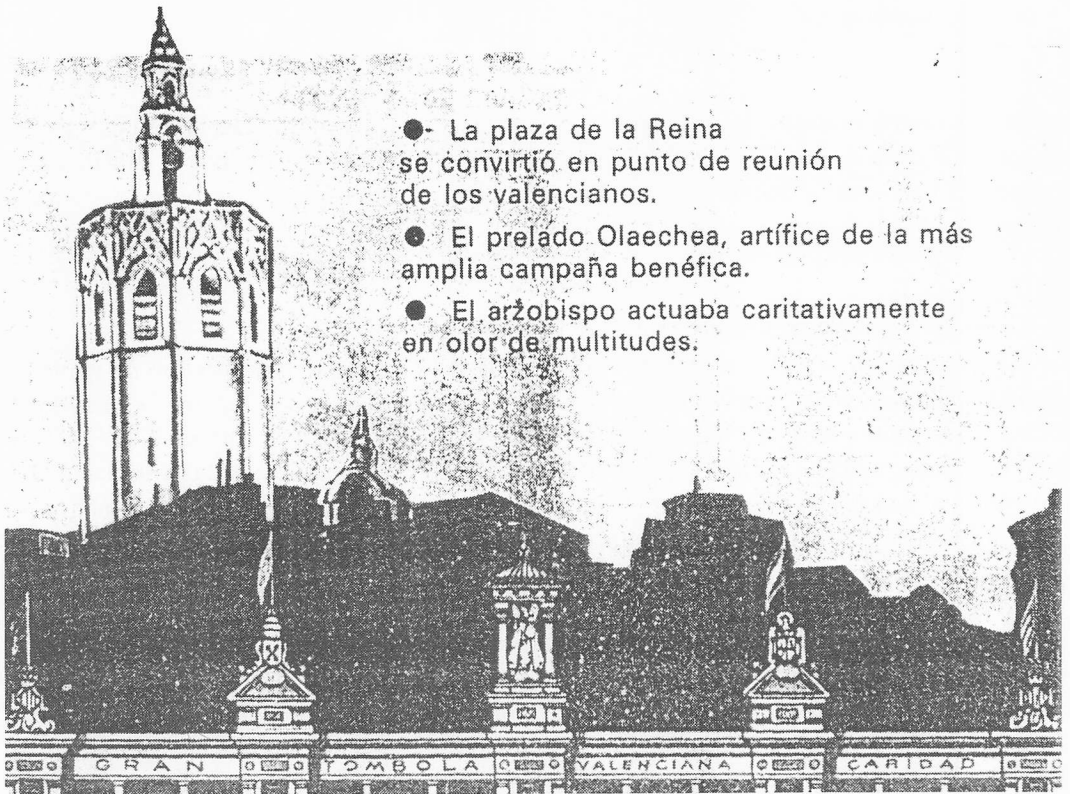
Feliz creación del Arzobispo de Valencia fue la del Día del Maestro; que se celebraba anualmente todos los 27 de noviembre en honor de San José de Calasanz, figura benemérita —en el Renacimiento y siempre— de la educación española. La simpática fiesta local valenciana pronto se convirtió en nacional, celebrándose con gran brillantez en toda España. Hoy, el laicismo del Estado la ha hecho decaer mucho.

Tres amplias cartas pastorales dedicó el Arzobispo valentino al Día del Maestro en 1948, 52 y 53. La voz autorizada del buen educador se dejó oír para entonar un canto de elogio a los educadores y a la gran misión que realizan. El salesiano reverdecía de gozo alentando esperanzas de futuro. Un ejemplo más de su actitud: presidió el 12 de junio de 1952, la peregrinación a Roma por Domingo Savio y la de maestros 18 julio 1957.

Tres metas señaló el celoso prelado a los maestros, verdaderos compendios de pedagogía cristiana:

- Asidua entrega a la profesión.
- Conducta ejemplar.
- Continuo contacto con el Señor.

Esto escribió el 15 de enero de 1950. Parece como si la fecunda sombra de San Juan Bosco, don Andrés Manjón y el recuerdo del Arcipreste de Huelva se proyectaban sonrientes sobre tales recomendaciones de monseñor Olaechea. Pero él conservaba el rico tesoro de Juan Bosco en lo íntimo de su corazón y había planificado también obras salesianas y aun dirigido, como sabemos, instituciones de formación religiosa. Siempre a la mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Siempre dejando perfectamente expresada la responsabilidad de los padres en el mejor porvenir de los hijos. De hecho, anterior y



La tómbola de don Marcelino



¿Chobolas? ¡No! Viviendas dignas para obreros

superior al estado. Como determina toda una larga trayectoria doctrinal de los pontífices romanos. De manera muy especial Pío XI en su inmortal encíclica sobre la educación que el actual Pontífice reitera con frecuencia.

LA TÓMBOLA VALENCIANA DE CARIDAD

Es posible que en ninguna otra iniciativa del Arzobispo Olaechea, aparezcan tan elevados las múltiples facetas que se derivaban de ella, tan genial como apostólica y provechosa. Porque se unía la caridad participativa del pueblo, la cooperación multitudinaria de éste, con la aplicación a paliar necesidades del ambiente, y abiertos horizontes para la buena participación apostólica de los seglares. Durante muchos meses, Valencia entera desfiló y vibró en «la tómbola del Arzobispo». En ella convivía éste, desplegando, día a día, en la masa popular sus mejores sonrisas y acariciando con sus simpáticos gestos y festivas palabras. Aquella «Tómbola de la Virgen» quedó grabada a golpes de optimismo en el corazón del sensible pueblo valenciano. Si el prelado no tuviera otros títulos ni hubiera inventado o aplaudido e impulsado otras actuaciones, «la tómbola» sería su genial creación popular y eficiente.

Aceptaron tirios y troyanos muy complacidos. La tómbola se convirtió en lazo de unión ciudadana por el éxito asombroso que logró hasta en los ambientes complicados de aquellos años.

Fue en efecto, la «*Tómbola de la Virgen de Desamparados*» iniciativa genial de don Marcelino, nota de actualidad durante mucho tiempo en la capital levantina. En 1950 dice «Las Provincias», que la tómbola «ha enriquecido a los valencianos». Tan grande fue su poder de atracción. Tan decisivo su impacto. Por ella desfilaban a diario representantes de todas las clases sociales.

Desde el primer día «la tómbola» penetró en el corazón del pueblo valenciano. Por la maestría de su organización, por los premios que se otorgaban a los poseedores de boletos premiados, y por los claros y concretos fines sociales que se perseguían: construir casas para obreros y escuelas. Todo había de parar, en sus ingresos, para cumplir estos fines. Las cuatro ramas de Acción Católica pusieron su diario, entusiasta esfuerzo en «la tómbola»: reparto de números, entrega de premios, movimiento de objetos para la rifa. Sacrificio permanente. Junto a los hombres y mujeres de Acción Católica se movían grupos de proveedores, representantes, etc. etc. Un mundo relacionado con las actividades propias de «la tómbola». Una gran masa humana se interesaba por ella. Aunque esperaban premios, lo hubieran hecho, es seguro, sin ellos. Tan claro y bueno era su fin.

La caridad del siglo xx revestía, de esta manera, formas nuevas, muy concretas y humanitarias. Por mejor decir, *cristianas valentinas*.

«Ir a la tómbola» fue durante su funcionamiento —primero en la plaza de la Reina y después en la de la Virgen—, propósito de los valencianos, mostrando un cuadro vivo —color y movimiento—, de contactos sociales. Y en medio, el Arzobispo —revestido de autoridad—, conversando con todos, animándoles y celebrando las incidencias de la rifa. Cómicamente, no pocas veces. Provechosas siempre. Colectivo satisfecho, contento. ¿Lo olvidamos?... Para España no soplaban tiempos de bonanza. Depresión económica.



TRECE BARRIADAS CONSTRUIDAS: «LA IGLESIA, DESPUÉS»

Si los ingresos monetarios aflúan a la caja de «la tómbola», los beneficios psicosociales y religiosos aparecieron bien visibles ante la entera sociedad valenciana. Monseñor Olaechea tenía el sentido práctico de la madre vasca y el muy social derivado de su condición salesiana. Iba «a lo bueno y a lo práctico». «Ora et labora», benedictino tendrá aplicación episcopal salesiana. Alegra repetirlo.

El Arzobispo no detrajo un céntimo de las recaudaciones obtenidas en «la tómbola». Con su gráfica manera de expresarse pidió a los constructores que acabasen pronto las viviendas, porque antes de la llegada de los inquilinos tenían que estar acabados los edificios escolares para que los niños «*no perdiesen un solo día de escuela*». «Después vendrán las iglesias». Gesto de paternal comprensión y de amor a la cultura.

La frase y los hechos demostraban el profundo conocimiento que don Marcelino tenía de sus feligreses, de sus grandes necesidades y de su propia psicología personal y social. Salesiana, diríamos. En la pronta, inmediata intuición de los problemas sociales y su necesaria resolución. Colocados en todo momento al amparo bendito de la cruz de Cristo.

Hoy, en las barriadas de Tendetes, Patraix y San Marcelino unos ocho mil habitantes, en dos mil casas —incluyendo las construidas en otros sitios— pueden desarrollar una vida segura al amparo de la sombra de don Marcelino, que con su beatífica sonrisa se complace en haber sabido sacar producto de lo social que hasta entonces había sido exclusivo motivo de distracción y mercancía. Entre las numerosas familias que allí viven, tiene el nombre del Arzobispo muy especiales, simpáticas y agradecidas resonancias. Con alegres sonos de tabalet, chirimía y dulzaina.

UN «POLÍTICO» DEFENSOR DEL TRABAJADOR Y LA FAMILIA

La enorme complejidad de la vida moderna exige adoptar actitudes que serían anormales en tiempos pasados. San Juan Bosco nunca fue político pero tuvo necesidad de tratar con políticos. Se lo exigían las incidencias en el desarrollo de su naciente institución. Así por ejemplo, mantuvo entrevistas con políticos del Piamonte —Marqués de Cavour, Marqués de D'Azaglio, Ratazzi— sus autoridades nacionales y las locales. Siempre rechazó una vinculación política, determinada.

El arzobispo de Valencia no hizo nunca política en el sentido semántico de la palabra. Se desenvolvía en medios que eran políticos y de ellos dependía la legislación general del Estado. En ese sentido fue «político». Sin partido ni agrupación política. Pero pudo intervenir en el estudio y legislación que importaba directamente a la clase obrera, y personalmente al trabajador. No podía ni debía rehusar su solicitada colaboración.

Por aquellos tiempos el gobierno de Franco hacía muy difícil la evasión de los círculos políticos gobernantes. Al menos de alguno de ellos. Muy especialmente influyente si ocupaba altos cargos.

No cabe duda que la figura de don Marcelino atraía en todos los ámbitos de la vida nacional. Tan grande era el relieve conseguido en su diócesis, con trascendencia inmediata y elogiada.

Mantuvo el Arzobispo valentino relaciones amistosas con todos. Cuando hubo de intervenir en política lo hizo siempre sin abandonar su especial relieve personal y religioso, y el amplio círculo de sus obligaciones cristianas y episcopales.

En España, la Constitución de Cánovas del Castillo —1876— designaba a los arzobispos senadores «por derecho propio». Las páginas del «Diario de Sesiones» recogen magníficas intervenciones de algunos de ellos en defensa, por ejemplo, del Catecismo en la etapa de Canalejas, de 1913, que declaró optativa la enseñanza religiosa en las escuelas estatales. ¡Y ahora se ha establecido aquella libertad!

El Arzobispo repitió en todas las ocasiones adecuadas que no era político, «ista» de nadie, sino prelado de una diócesis y a sus deberes se atenía.

En reciente publicación, «Memorias» de L. López Rodó, ex ministro franquista hace éste constar que monseñor Olaechea intervino en diversas ocasiones defendiendo la personalidad y contenidos de la familia cristiana y los derechos de los trabajadores. Nunca asoma el perfil político, la inclinación a una facción o grupo, que limitaría sus posibilidades de acción pastoral.

Recordaba un poco a Quevedo en su «Política de Dios y gobierno de Cristo».

EL JUBILEO, PLEBISCITO DE AMOR

No gustaba este Arzobispo de la adulación. Ni recibirla, ni hacer uso de ella. No reprochaba el festejo. Aunque la alegría le cantara endechas salesianas. No obstante, tuvo que transigir en momento solemne de su vida: los veinticinco años de su consagración y ejercicio episcopal. Regía la archidiócesis valentina.

Realmente, sin proponérselo, de manera inmediata abrió los actos en honor de don Marcelino el augusto pontífice Juan XXIII enviándole el 10 de septiembre de 1950 una carta colmada de elogios, en la que vierte sobre él sus mejores y sinceras felicitaciones. El obispo auxiliar monseñor González Moralejo dirigió el 5 de septiembre del mismo año una circular destinada al clero de la diócesis señalando instrucciones concretas para la mejor celebración de actos congratuladores, estrictamente de carácter religioso. El Arzobispo publicó en octubre una extensa carta pastoral, con amplios rasgos autobiográficos.

Empezaron pronto las muestras de adhesión al Prelado. No ya por parte del clero y religiosos —que lo hicieron unánimes— y de las asociaciones católicas, sino de autoridades civiles, organizaciones sindicales, corporaciones culturales de todo orden y clase, la prensa y radio, su propia congregación. Surgió un ruego espontáneo y aun apoteósico para celebrar digna y clamorosamente las bodas de plata episcopales de su Arzobispo. Se inició una larga cadena jubilosa de celebraciones entusiastas y efusivas. Todo parecía poco y se consideraba pequeño para rendir tributo de amor a don Marcelino. Plebiscito de amor, no por esperado menos significativo y grandioso.

El día 25 de noviembre de 1960 figura en el calendario de largos homenajes valencianos, como fiesta mayor, con largas tracas, carretillas voladoras y fulgurantes y estrepitosos fuegos artificiales. No podían ir a más. Como dicen en la tierra, «en muy contadas ocasiones».

El júbilo episcopal, fue un plebiscito que ganó en Valencia el primer religioso salesiano que rigió la sede.

SUCESOS Y HECHOS NOTABLES EN SU TIEMPO

No fue fácil ni sencillo gobernar la compleja diócesis valenciana, tan cargada de hechos y personas sobresalientes. Durante el pontificado de monseñor Olaechea, ocurrieron acontecimientos y sucesos de alcance e influencia local y aun nacional. Todos ellos exigían fina delicadeza en el trato de las gentes, diplomacia modélica con autoridades y jerarquías del Movimiento, contacto y relaciones con el pueblo, y en todo momento, un celo religioso que superaba todos los anteriores y se manifestaba en la digna actitud personal, las palabras y los hechos: todo formaba imagen de pastor dulce y dinámico.

Citaremos aquí determinadas acciones que él promovió o pudieron afectarle de una cierta manera no visible. Por ejemplo: en abril de 1948 se constituye el «Patronato de la Virgen de Desamparados». En mayo, la imagen de la Patrona visita en emotiva y grandiosa comitiva procesional todas las parroquias de la capital y termina con gran solemnidad popular. Esta procesión lleva la auténtica imagen de la Virgen.

Además: la peregrinación valenciana del Año Santo —octubre 1950—, que fue recibida por Pío XII; en junio de 1955, llega a Valencia el cráneo del que tuvo arrebatadora y políglota palabra, fervoroso santo Vicente Ferrer, tan admirado por el pueblo valenciano hasta en preciosas manifestaciones de fervor acendrado popular. «Els milacres.»

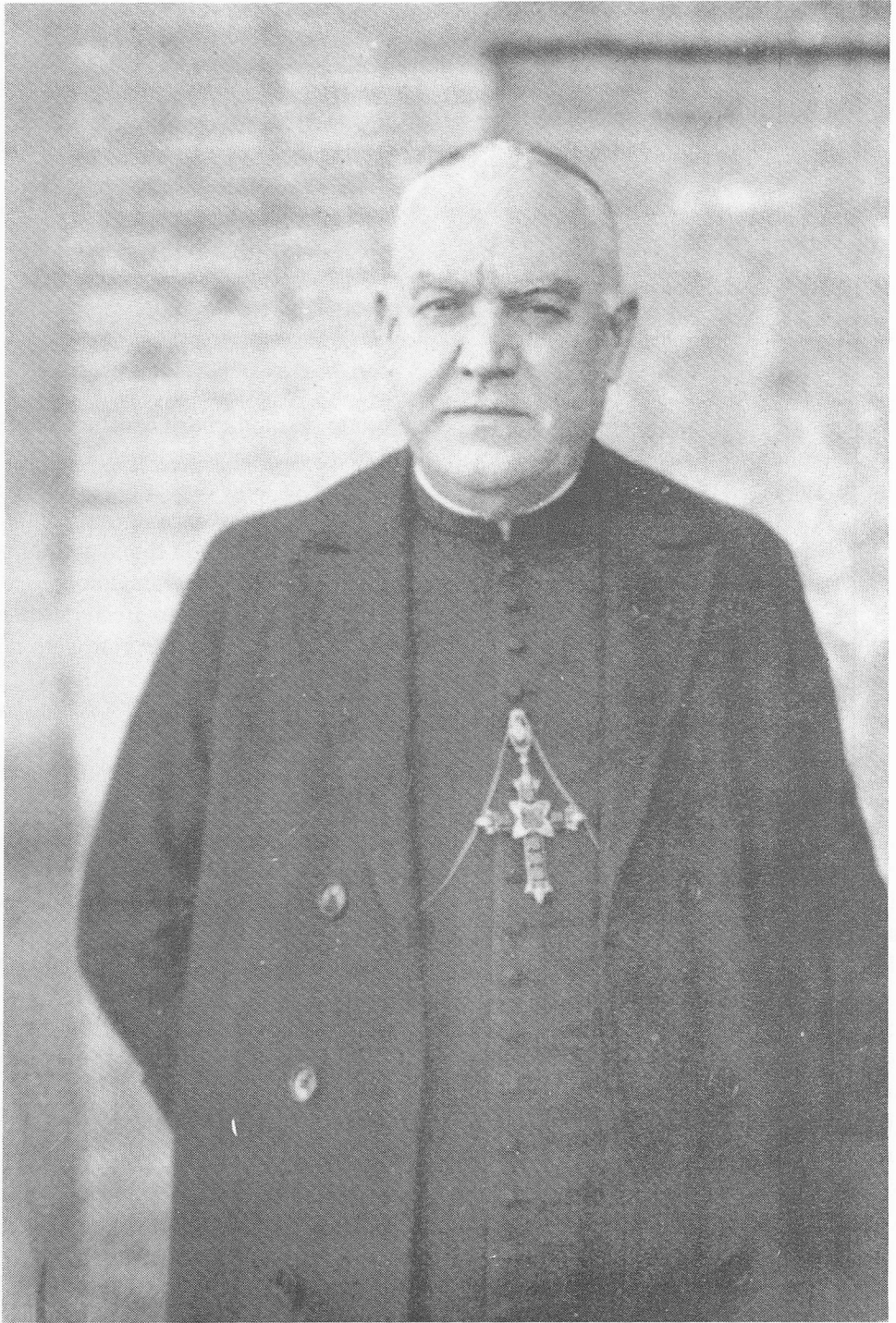
Celebra Valencia en 1963 las bodas de oro sacerdotales de su Arzobispo con grandes expresiones de afecto en clero y diocesanos, autoridades y pueblo en general.

El 1949 se inaugura en la plaza de la Reina la «Tómbola de la Virgen de los Desamparados», original y aun genial creación del Arzobispo.

Se produce en 14 de octubre de 1957 el tremendo desbordamiento del Turia, con enormes pérdidas materiales y 41 muertos. ¡Dolorosa catástrofe! Una gran misión religiosa que abarca todas las iglesias de la capital moviliza a los valencianos.

El injusto bloqueo impuesto a España por los vencedores de la guerra a solicitud e imposición de Stalin —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— iba disminuyendo, sin que por eso acabaran las dificultades de aprovisionamiento que gravan de manera agobiadora, los presupuestos de los menos dotados, escaseaban los alimentos y materias primas y no acababa el «estraperlo».

La hermosa, indescriptible ofrenda de flores a la Virgen, realizada por las falleras colocando millares de ramos en la fachada del santuario en marzo por fallas de San José, adquiere manifestaciones de grandísimo esplendor deslumbrante y belleza. Único en el mundo.



El cardenal Gomá, representante de la Santa Sede en España, se acoge, durante nuestra guerra civil, al lado de don Marcelino y mantiene con él constante y eficaz relación. Son dos grandes amigos

Visita el Jefe de Estado la capital, teniendo éste especial interés en hacerlo a la Virgen y a la catedral, en 1952. Tuvo gran recibimiento.

El interesante y rico museo del famoso colegio fundado por San Juan de Ribera —«Corpus Christi»—, se inaugura en 1954 y tres años más tarde aún siguen los desastrosos efectos de la riada.

La capital se va recuperando de los pasados tristes sucesos y transformará su vida tranquila, en dinámica urbe moderna, imprimiendo nuevas actividades laborales y puestos numerosos de trabajo. El Arzobispo se hace presente en numerosas manifestaciones civiles y sociales. Sin faltar, como es natural, a las de carácter religioso.

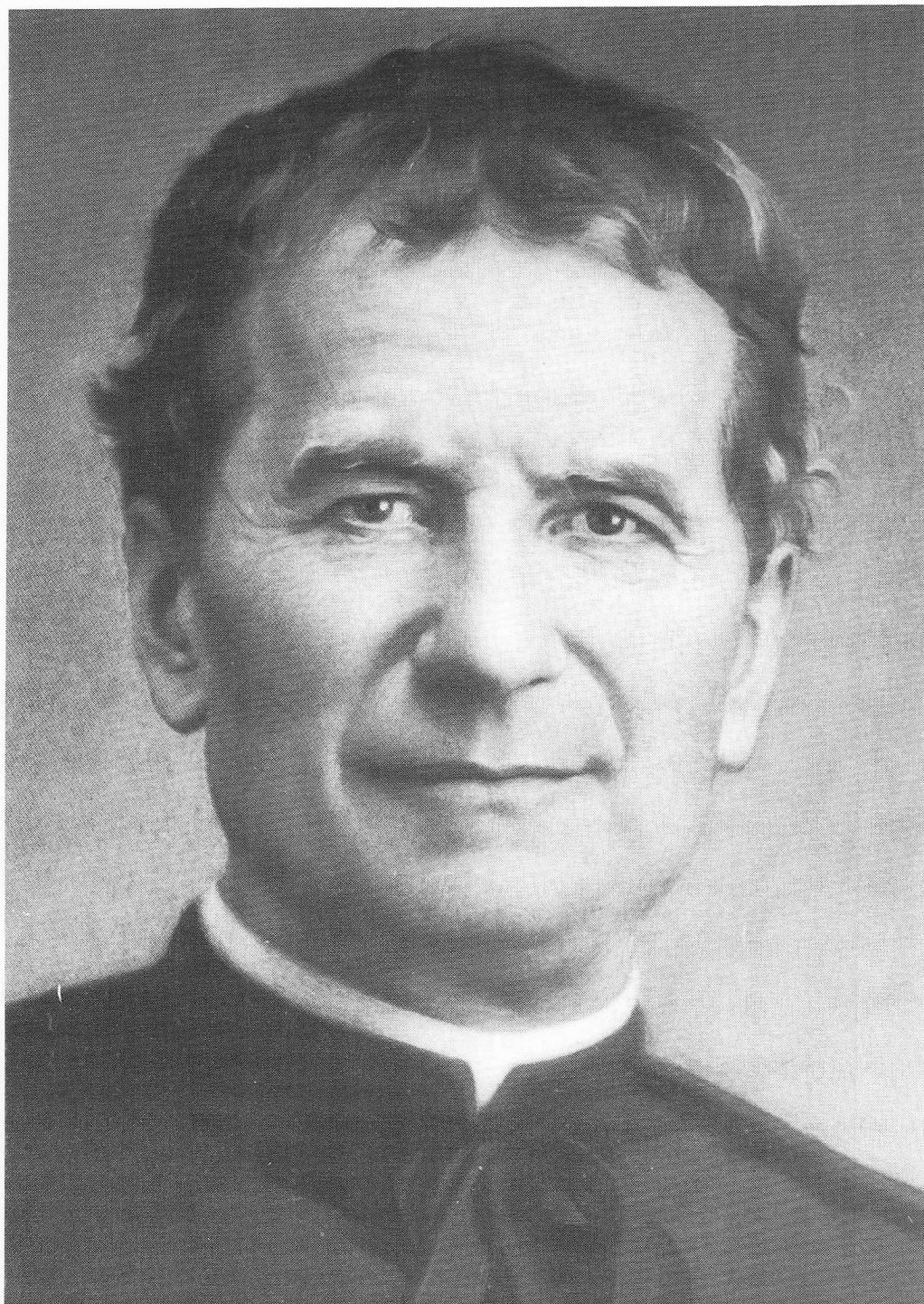
En 1965 fallece el buen Papa Juan XXIII iniciador del Vaticano II celebrándose solemnes exequias en las ya florecientes parroquias y en la propia catedral. En julio de este año se acuerda ampliar el edificio de la basílica de la Virgen iniciándose el derribo de edificios cercanos —con cimientos romanos— y dos años más tarde se celebra el III centenario de «Real Capilla de la Virgen de los Desamparados» y otros dos años más tarde llega el brazo de San Vicente Mártir procedente de Italia, quedando depositado en el templo catedralicio.

DISTINCIONES Y NOMBRAMIENTOS

Ni las quiso, ni solicitó condecoraciones, ni aceptó nombramientos y en muy contadas ocasiones hizo uso de ellas. Era costumbre ostentar las condecoraciones en ciertos festivales políticos y sociales. Debía —estaba obligado— el Arzobispo a acudir a ellos entre autoridades, jerarcas y delegaciones.

A través de la religiosa, fecunda, extensa y relacionada vida episcopal de monseñor Olaechea fue realzado muchas veces con numerosos nombramientos, distinciones y condecoraciones. Las rechazaba. Le insistían. He aquí algunos de los cargos más importantes y significativos por su relevancia y las condecoraciones que recibió:

- Vicepresidente comisión seminarios en el Vaticano II.
- Presidente comisión Seminarios en Episcopado español.
- Presidente comisión enseñanzas en Episcopado español.
- Presidente comisión emigración en Episcopado español.
- Miembro de la orden dominicana.
- Gran Cruz de la Legión de Honor.
- Abad honorario del Monasterio de Silos.
- Asistente al solio pontificio.
- Letras laudatorias de Juan XXIII en sus bodas de plata.
- Hijo adoptivo de Navarra y predilecto y adoptivo de Pamplona.
- Medalla de oro de la ciudad. Ayuntamiento.
- Estatua del Arzobispo en la capital.
- Medallas de oro de la provincia. Diputación.
- Gran Cruz Isabel la Católica. Estado.



Don Bosco señaló con su vida el camino que luego seguiría fielmente don Marcelino

- Gran Cruz San Raimundo de Peñafort. Estado.
- Procurador en Cortes. Estado.
- Primer miembro del Consejo de Regencia. Estado.

La distinción que el Arzobispo más estimaba no aparecía al exterior, la llevaba en lo más dentro, oculta entre las vistosas hopalandas episcopales. Se ufanaba en repetirlo: se llamaba «*Baracaldo, hijo de trabajador*».

Nunca las galas vistosas y sugestivas de la vanidad llegaron a rozar ni levemente siquiera el espíritu ascético del hijo del clero, elevado por la Santa Sede a puestos relevantes.

DON BOSCO FUE SU IMAGEN

Este extraordinario monseñor Olaechea que rige la importante silla arzobispal de la ciudad levantina posee —y en agudo análisis— muchas facetas apasionantes de vida cristiana, elevada y pura. Él inicia sus primeras inquietudes apostólicas en el dulce seno del hogar, las aumenta y pule en el colegio salesiano y en él irá evolucionando, tras vivencias personales, hasta adquirir maduración. Ya será y sentirá salesiano siempre. Hasta que el Señor le llame, en período de vida anónima.

Podríamos asegurar que inspira sus acciones y resoluciones en la maravillosa imagen del gran santo del siglo XIX, San Juan Bosco. Por lo menos, en sus fundamentales expectativas fue su modelo y le modeló.

Veamos puntos esenciales de impacto:

- Influencia decisiva de la madre en formación y vida sosegada.
- Amor imborrable a su tierra, sus gentes e idioma.
- Oración personal diaria y frecuente.
- Descanso muy reducido.
- Actividad incesante.
- Vivo y dinámico sentido de los problemas humanos.
- Conmiseración por la juventud marginada, amarla.
- Trascendencia de la formación profesional.
- Sentido práctico de la vida y formación cristiana.
- Amplio contacto con las diversas clases sociales.
- Inmediatas relaciones con la Santa Sede y subordinación a ella.
- Práctica habitual de la pobreza, familiar y personal.
- Tesón, voluntad, desde la infancia.
- Progresiva perfección de vida íntima.
- Modelo santo de vida religiosa, trascendente.

Podríamos aún señalar otras en la resplandeciente y larga vida del gran santo italiano y poco a poco, pero sin fallar, hallaríamos en la vida de nuestro señalado obispo las mismaspreciadas facetas en su vida. No entremos en los grados de las mismas, porque es misión decisiva de la Iglesia señalar concreta y justamente la estimación de las virtudes



Visita de nuestro Prelado a S. S. Juan XXIII

heroicas. En este caso nuestro, como en todas. La Iglesia determina, en su grado pertinente, las grandes y calificadas acciones humanas presentadas para figurar en las páginas del santoral. Aunque el escritor se sienta inclinado a incluir en ellas a Monseñor Olaechea, se guardará mucho de intentarlo sin que antes la Iglesia, mediante el correspondiente y minucioso proceso, lo pueda declarar.

Las áureas influencias místico-ascéticas de San Francisco de Sales a través de su amado San Juan Bosco, florecían de nuevo en tierras valencianas. Los valores poderosos de la santidad han influido sobre los cristianos. En su preciado cielo abundaron figuras preclaras de santos hijos de tan noble tierra: San vicente Ferrer, Santo Tomás de Villanueva, como figuras instaladas en la cúpula del vivir creyente católico.

La doctrina social del cristiano la había afianzado León XIII en las páginas inmortales de la «Rerum novarum» y la han seguido los demás pontífices. Es ahora Juan Pablo II el renovador de tales doctrinas.

En España, Monedero, el P. Vicent y Severino Aznar. Y últimamente, el P. Gafo y el cardenal Herrera, ex periodista famoso, cuya activa y emprendedora campaña de necesario cambio en Andalucía impidieron, obcecados, los propietarios más directamente afectados por las ya antiguas sangrientas luchas sociales de la «Mano negra» y sus secuelas aumentadas durante la segunda república que acabaron con «tiros en la barriga», según mandato del presidente Azaña, para acabar pronto el triste y trágico episodio anarquista.

El pensamiento social del arzobispo de Valencia coincide —como no podía ser menos— con las formulaciones de los papas sociales. Está unido al pensamiento de Pablo VI y Juan XXIII especialmente. Entroncará de manera directa con las invocaciones reiteradas, acuciantes y aun fustigadoras de Juan Pablo II. Su imagen total: Cristo. Después, San Juan Bosco y los papas.

FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA Y DE LA SANTA SEDE

En los últimos años la Iglesia se ha visto entristecida por corrientes de obstinada heterodoxía que recordaban otras anteriores galicanas inmediatas. Nada parecido ocurrió en conciencias españolas, siempre colocadas ferviente y celosamente al lado de la silla de Pedro y todo cuanto ella representa normal y vital en el desarrollo de la Iglesia.

En el denso tejido de actos y manifestaciones que constituyen la esencia humana de su vida no se pueden señalar en el salesiano Monseñor Olaechea desviaciones. Ni apurando hasta las microdeterminaciones se podría hallar —ni implícita ni explícitamente— que asoma la punta de nada que pudiera atentar sobre o contra de la doctrina de la Iglesia católica, sus símbolos, papas y tradiciones. Mantuvo respetuosas relaciones con Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. Con el Nuncio fueron siempre excelentes, cordiales como San Bosco, fiel hijo, lo fue él también, sin dudas ni vacilaciones sobre su madre y nuestra, la Iglesia romana.

En los dos tomos que se han publicado —*Pasó haciendo el bien*— y en el dedicado a su jubileo episcopal en Valencia se halla definida la figura diestra y completa del Arzobispo. Confesamos que carecemos —carece el escritor— de suficiente autoridad para formular jui-



Su Santidad Juan Pablo II, asistido por el cardinal Pericles Felici, secretario general que fue del Concilio Vaticano II. Nuestro don Marcelino solía recordarnos que don Bosco, amigo y gran admirador de Pío IX, cuando advertía que sus alumnos gritaban «Viva Pío IX», les amonestaba en seguida, diciéndoles: «No; así no. Decid: Viva el Papa.»
Y nos lo recordaba haciendo suya por entero la amonestación de don Bosco

cios censorios sobre sus grados de virtud. Tan trascendental cuestión merece análisis perfectos y justos en lo humano. El escritor somete la totalidad de las presentes opiniones y juicios sobre Monseñor Olaechea a mejor autoridad para que los examine. Bien seguro de que dará, después de hacerlo, indispensable nihil obstat. Tal decisión hallaría entusiasta adhesión en la archidiócesis valentina. En Navarra, no digamos. En España entera.

DOS OBISPOS AUXILIARES

La Santa Sede correspondió a tal actitud y al agobiador trabajo designando, sucesivamente dos obispos auxiliares que encarnaron sacerdotes beneméritos.

En el pálido cuadro expuesto anteriormente sobre la vida de Monseñor Olaechea, sería injusticia —no pequeña—, olvidar la extraordinaria, constante y nobilísima colaboración que a su lado le prestaron expresamente unidos, sus obispos auxiliares. Dejemos al Arzobispo que juzgue la obra que, en su torno, fueron tejiendo, guiados por la obediencia y el amor. Son sus palabras en la primera pastoral publicada en Valencia el 1 de octubre de 1960.

Del primero, don Jacinto Argaya, felicitándose y felicitando a la Acción Católica por su designación, expresa grandísima elogia sus grandes prendas personales y la entrega eficazísima que había hecho al servicio de las exigencias religiosas de la diócesis. Lo mismo hace con el actual obispo de Huelva don Rafael González Moralejo a quien alaba en la misma forma, probando así tanto su generosa humildad como el afecto que profesó a los dos obispos.

SE PROCLAMA «HIJO DEL PUEBLO»

Podría asegurarse, transcrito el punto de la adhesión y fidelidad a la Iglesia y a la Santa Sede, que don Marcelino, además de ser hijo relevante y sumiso de la Iglesia Católica, lo fue también del pueblo. En sus capas humildes, sencillas y necesitadas. No por eso sintiéndose marginado. Su vida la encendía una fe acendrada, sincera y una caridad dinámica y dinamizadora. En su robusto espíritu no pudo anidar la duda ni sentir complejos enervantes. Era un católico, obispo, en toda su plenitud.

En los años iniciales de vida —capullo en promesa, alegría sin duelo— muchos niños sienten el tremendo zarpazo de las limitaciones traumatizantes impuestas por la miseria y la pobreza, viven ambientes de carestía, se desenvuelven y crecen en ambientes privados de alegrías naturales. Ya toda su existencia puede sentirse tristemente oprimida en la misma forma. No ocurrió así en el niño Marcelino.

Aunque tenga matizaciones diversas, por ejemplo en el colegio noviciado, en el Seminario y aun también en los años del episcopado. Fue siempre ser normal, más bien dado a la alegría. Tanto de obispo de Navarra, tierra viril, como en Valencia, huerta y mar además de bien gozar. Hasta el último instante, el Excmo. y Rvdmo. don Marcelino Olaechea vive una interior y reservada encubierta de suma pobreza voluntaria y gozosa. Lo



Visita del obispo de Mondoñedo, monseñor Argaye, antes auxiliar de don Marcelino

dicen cuantos le trataron con frecuencia; lo aseguran los otros que mejor le conocieron. *Pobre nació y vivió y pobre muero*, dice el interesado. Las limosnas abrieron su nuevo hogar ya jubilado. En él vivió después de su cese al frente de la archidiócesis y el hueco de su sepultura en tierra sagrada de la metropolitana iglesia catedral acogió sus restos.

Pronunció el propio interesado una frase que conviene repetir porque además de ser muy feliz, demuestra, en su exaltado contenido, todo el tesoro íntimo de la vida del austero salesiano obispo. Dijo: «*Debajo de las hopalandas del obispo, llevo la blusa del obrero*».

Los recreos de Benimar, fiesta de San José Obrero, sobre el fin cristiano del trabajo y dos veces sobre el salario justo, sobre casas y escuelas, sobre el Instituto social... y, en suma, la totalidad de su vida apostólica en la riqueza y armonía de sus completas manifestaciones, no son otra cosa que muestras de amor al proletariado en sus ideales más expresivos. Recuerdo, además, de sus días de pobreza familiar.

Su obrerismo, el de Olaechea, sobrepasaba las destructoras tesis marxistas que un día caerían arruinadas por su falta de íntima solidez y veracidad. Él veía al obrero, su persona, y necesidades de toda clase entre el estrépito fulgurante de los Altos Hornos y luego trabajando duro en el campo, en la fábrica y en el taller, o surcando los mares. En el hogar y con la familia. De Cristo en su juventud oculta en Nazaret, en la carpintería que San José axaltaba con su personal sudor y esfuerzos. Halló inspiración, consuelo y alegría, evocando la sustancial belleza de estas fecundas estampas.

La visión del Arzobispo Olaechea era muy realista y práctica. Por exigencia de esa misma cualidad se ocupó de los más variados temas sociales: de la caridad como complemento de la justicia, de la fraternidad en las sociedades anónimas; de los empresarios católicos —III Congreso— sobre la HOAC en Valencia; sobre el estado de la juventud obrera en España; sobre el obrerismo valenciano, sobre la *Siempre por dentro crecen las aguas*. De la piedad, del amor, del buen hacer, alimentados en el sagrario. El mejor guía y más consolador amigo, conforta un sereno optimismo.

En todo instante y momento, por dentro crecían las aguas. Todas las que se derivaban del sacratísimo corazón de Cristo, Señor y Maestro y de su amadísima Madre y Madre de todos los cristianos.

Existía el horno caldeado del amor. Había en el corazón del prelado un inmenso nacimiento de tesoros espirituales que irían alumbrando los claros caminos de la acción en todas las épocas de su vida.

La acción, aún siendo sublime en sus posibles alcances, por sí sola, carece de la necesaria y debida eficacia pura en los estadios de la espiritualidad. En «Le Sillon» condena el papa Pío X en 1910 esta unilateral manera de concebir las buenas labores que el cristiano pueda realizar —sin, o al margen de la autoridad eclesiástica— aun sin ánimo crematístico. Sólo de Cristo y su soberana indicación brotan las cristalinas horas del hacer diario, inspirado en móviles que impulsa la pureza de la acción. Lo pequeño de este hacer, se convierte así en gran oración cristiana de alta valoración. Lo que deslumbra a veces puede no tener destellos de santidad. Lo pequeño, la acción modesta, el acto que parece intrascendente puede ser, a los ojos del Señor acción de altos vuelos. San Luis Gonzaga se atenía a la estricta realización de sus obligaciones. Otro joven, ahora moderno, siglos des-

pués haría lo mismo: Santo Domingo Savio. Y en contraste; un portero del colegio de jesuitas de Monte Sión —Mallorca—, hará sublime sus menudas acciones de cada día que le abrirán el corazón de Pedro Claver, futuro apóstol de los negros en Cartagena de Indias —Colombia.

El primer manantial, fuente irreprochable de todo el rico tesoro de gracias espirituales es el Sagrario. Ante Él se posternaba a diario, y con frecuencia, don Marcelino y a Él se encomendaba con todos sus fervores y sentimientos.

Junto al Sagrario y muy unido a él, se hallaba la imagen de nuestra Madre amantísima, Ntra. Sra. de los Desamparados de la que era apasionado amor este salesiano que la tuvo primero bajo la advocación de María Auxiliadora, luego Virgen del Castillo y por último, Virgen de los Desamparados, la «cheperudeta», la jorobadita, por la ligera inclinación de su busto en la imagen que se venera en la basílica de su nombre.

La tierna y filial devoción a la Virgen de Desamparados del Arzobispo promovió su culto y logró de Juan XXIII que la designara *patrona de toda la región valenciana*. Dio él a conocer tal designación en sentida alocución radiada el 12 de mayo de 1961 terminando con unos hermosos versos expresados en el armonioso idioma comunal.

La fuente de la que Monseñor Olaechea recibía su diaria, prolífica inspiración ni disminuía el maravilloso caudal, ni podía secarse nunca. Cantaba —ritmo permanente— el himno más grande de amor a los hombres que han conocido y conocerá el turno giratorio de todos los siglos.

MAESTRO DEL BUEN DECIR

Acaso sea ésta una de las ricas facetas de la vida del Arzobispo Olaechea menos señalada y sobresaliente, cara al exterior. Y fue muy importante página, rica en valoraciones espirituales. Dos gruesos volúmenes recogen amplia, densa y rica la obra del arzobispo-pastor, creador y escritor. Dos volúmenes de 993 páginas en total.

La llama iba en efecto por dentro. Al asomar al exterior mostraba el tesoro de humanas virtudes que valoraba un rico caudal de virtudes excelsas, impulsando las acciones humanas.

Las materias recogidas en los volúmenes publicados pueden agruparse por temas en la forma siguiente: Ellos dan cuenta de todo un vastísimo y vario panorama religioso, moral, docente y social. Para dar una idea solamente recogemos del primer tomo de *Pasó haciendo el bien*, una pequeña parte de lo mucho y muy bueno que contiene:

- a) Ciclo del año eclesiástico.
- b) Pastorales, 67 recogidas.
- c) Hechos locales valencianos.
- d) Santoral completo.
- e) Iglesia católica, año santo, visitas «ad limina»...
- f) Efemérides personales, bodas de oro y plata...
- g) Sacerdotales, parroquiales y religiosos.

h) Instrucción religiosa en varios estamentos culturales.

i) Prólogo a 17 libros y obras.

j) Colaboración en prensa y crítica cinematográfica.

En los numerosos trabajos publicados de Monseñor Olaechea brillan en todo momento un estilo muy personal, de buen periodista con personalidad amoldada a las corrientes estilísticas actuales del gran periodista.

Lo ratificamos: la obra literaria dedicada del Arzobispo es también digna de especialísima consideración porque brilla por sí misma entre la rica y poliforme personalidad de este gran salesiano.

Del segundo tomo de la misma obra, podrían extraerse idénticas conclusiones. Como síntesis referida totalmente a su jubileo episcopal.

CON LA PALABRA Y LA ACCIÓN

Existe una poderosa acción suasoria, poderosa y continua, diluida y penetrante. La ejercen hombres eminentes. Sin que se desprenda de propósitos definidos. Surge espontánea de la palabra —el consejo—, la acción y la presencia. A veces, sólo de la imagen. Como ocurrió con la llegada a París de Juan Bosco en mayo de 1833. Su sola presencia —ya anciano y achacoso— arrastraba multitudes. Si en Aviñón le habían cortado el vestido a tizeretazos, en París le seguían fervorosos. Algo parecido ocurrió en Barcelona. De otra manera y en otro grado, don Marcelino ejerció una acción suasoria con la palabra insinuadora y con la presencia alienante.

Esto ocurrió de forma clara con su presencia reiterada y la palabra con Acción Social.

Existía en Valencia, regida por el fervor apostólico de María Lázaro, un Sindicato de la aguja. Funcionaba desde hacía años. Con positivos resultados. Terminada la guerra civil, la organización sindical asumió el monopolio de la representación obrera. En lugar del Sindicato surgió Acción Social.

Conocía don Marcelino esta obra desde que ejerció la función inspectora-informadora para la Santa Sede sobre el funcionamiento de varios seminarios diocesanos. Con motivo de la visita al de Valencia se relacionó con el fundador de Acción Social don Manuel Pérez Arbal. Valoró el futuro obispo de Navarra la obra preciada y renovadora y ocupando la archidiócesis valentina la visitó con mucha asiduidad y cariño. Coadyuvó en importantes obras necesarias en el edificio y casa central, instalado en bello paraje de Náquera —Valencia—, y fue constante animador de institución social tan benemérita.

La magnífica acción socio-cultural y aun en zona de ocio, mereció plácemes constantes y apoyo decidido del Arzobispo. Su presencia era lección permanente de optimismo renovador que alentaba la marcha serena en todo momento.

Desenvuelve Acción Social en amplios campos de los que nos informa la presidenta doña Carmen Cabrera, y a la par, el consiliario don Juan Sánchez. Aquí descuellan la bella, profunda y lúcida imagen de innovadora y amparadora de don Marcelino.

RELACIONES IGLESIA Y ESTADO ESPAÑOL

Punto muy importante éste de las relaciones de la Iglesia con el estado español referidas, especial y concretamente, a las diócesis navarra y valenciana. El título recuerda enseguida las fricciones y aun choque entre la Santa Sede y los gobiernos fascistas de Alemania e Italia.

Es necesario partir de una fundamental aseveración: en la guerra de 1936-39 uno de los bandos contendientes se mostró desde la primera hora defensor de los principios religiosos y del orden moral cristiano. En el otro campeaba un anticlericalismo que llevó a la destrucción de iglesias, asesinatos de centenares de sacerdotes y a once pastores de la iglesia. Una inmensa riqueza cultural fue destruida. Abundaron los mártires. Sólo en Barbastro —Huesca— han sido beatificados 57 claretianos.

Terminada la lucha, el nuevo estado propiciado por Franco, católico, apostólico, romano, con sus reparos, siguió enseguida relaciones con la Santa Sede —empezadas en plena contienda—, según las normas de los usos diplomáticos. La Iglesia tenía que agradecer esta actitud del gobierno, caso único en el mundo. Así lo hizo Pío XI. Paul Claudel cantó a «los mártires de España».

Hubo discrepancias; pero todo se resolvía por el amplio diálogo y el prudente consenso.

Se ha calumniado a la Iglesia española, afirmando «algunos» que estuvo condicionada al estado. Calumnia que carece del menor fundamento. El cardenal Gomá pudo salvar de la constante absorción estatal a la «Federación Católica de Maestros» por su decisiva intervención como primado, y de Monseñor Lauzurica, obispo éste de Vitoria en 1937. Soy excepcional testigo de cuanto afirmo. Podría algún prelado haberse significado por sus fervores personales hacía Franco, pero tanto él como todo el conjunto se mantuvieron independientes. Aunque hubieran de ocupar puestos en instituciones del estado cuyo desarrollo afectaba al bien común. El Arzobispo de Valencia dice a este respecto y escribe:

- a) Enaltece al pontificado y a diversos papas de su tiempo.
- b) Dice «no a la venganza», tras la guerra civil.
- c) El sacerdote era «mediador de paz».
- d) La iglesia y el estado español. Carta pastoral. Valencia 24 de junio de 1962.
- e) El voto en las elecciones. Dos cartas pastorales. Valencia 15 de septiembre 1948 y 14 octubre 1942.
- f) Ya en Valencia se abstuvo de participar en el referéndum.

En ninguno de tantos temas —todos importantes—, aparece algún leve resquicio que pudiera parecer estatismo, o remota, ligerísima subordinación doctrinal al estado. Expresiones de gracias, por los favores recibidos de las instituciones y ministerios que contribuían a mejorar situaciones de miseria, apoyar la cultura y elevar la condición social de los menos favorecidos. La situación internacional nada de esto favorecía.

Pronto cambiaría el régimen político al morirse antes Franco e impondría el partido socialista su hegemonía en todos los órganos de la Administración. Las relaciones de éste

con la Iglesia se pactan y legalizan pero ya irían apareciendo manifestaciones sectarias y un total desconocimiento —siquiera humano— del decisivo valor de la iglesia y de sus gloriosas, fecundas instituciones y el resonante papel trascendente que siempre tuvo en la rica y gloriosa cultura española. En este tiempo parecen callados los que usaron la falsa expresión de «nacional-catolicismo». Hay silencios punibles.

SU VISIÓN DEL MUNDO

Todo cuanto venimos exponiendo se debe condensar en dos puntos grávidos y sustantivos:

1. ¿Qué concepto tiene monseñor Olaechea de la naturaleza humana?
2. ¿De qué forma se puede operar sobre ella?

Parte Rousseau de la naturaleza bondadosa del niño para formular su interesante teoría sobre la educación. La Iglesia, desde siempre, lo inicia de punto distinto: siendo buena de origen la naturaleza humana, se halla viciada por el primer pecado. A pesar de lo cual, puede regenerarla hasta altísimos grados de perfección, con la propia voluntad y la gracia divina. Es la cumbre resplandeciente de la santidad. A la que todos estamos llamados.

El cristiano se halla asentado sobre una porción determinada de la tierra, formando parte de la sociedad humana. En ella desenvuelve toda la compleja gama de sus esfuerzos, trabajos y sentimientos. Unas veces lo mecen alegres expectativas; otras, cae en las garras del negro pesimismo.

Variaciones humanas. Un poeta cristiano —Rafael Duyos— ha dicho:

*Gracias Señor, por tanto que me has dado
alegría y dolor, gozo y olvido.*

El cristiano —que aspira a la perfección— debe mantener ante las diversas incidencias que el Señor le vaya deparando en el desarrollo de sus horas vitales una clara visión de futuro, confiando en lograr la plenitud de sus fines y de sus ideales. Su guía firme y certera es la Iglesia; su madre amantísima, su meta asequible de perfecciones; Cristo, la santidad.

La divina Providencia traza, con designios inexplicables, el destino de los seres humanos, pero, ¿de qué modo, forma y manera llegan a su fin?... Con renglones torcidos, Dios escribe recto.

Imperfecta es la naturaleza humana. Se inclina por los inciertos derroteros del mal. Sin embargo, puede realizar las más sublimes acciones alcanzando grandes e inconcebibles grados de perfección espiritual. Como vemos en Teresa de Jesús y en Teresa de Calcuta. Que la educación guíe y trace pronto expectativas, y necesariamente venga la gracia para seguir firme en la conducta, como preconizaba este hijo insigne de San Juan Bosco. Reflejo de sus profundas raíces de amplio y nato educador permanente.

El político cristiano-social que, además, era don Marcelino, no navega por zonas dichosas de bienestar tranquilo y egoísta. Percibió lo contrario en años de lejana infancia; lo comprueba a diario en las visitas que recibe, en sus lecturas de prensa y en cuanto

conoce en los diversos estratos sociales. En el mundo predomina la injusticia, la opresión, abunda el «status» del odio, la discriminación permanece. Se ha hecho verdad la frase de Hobbes: «El hombre es lobo para el hombre.» También Rubén Darío dijo del hombre en «Los motivos del lobo» frases muy penosas.

La filosofía del salesiano-obispo descansa en el dinamismo cristiano. De las lecturas de su extensa y sugestiva obra escrita podemos obtener los siguientes puntos:

- a) la naturaleza del hombre es pecadora,
- b) existe un desigual desarrollo de los pueblos en la tierra,
- c) abunda la injusticia, opresión y marginación en los pueblos,
- d) busquemos y aspiramos a un mundo mejor y más justo,
- e) podemos lograrlo,
- f) todo cristiano está llamado a tan noble empresa, y
- g) hay otra vida, mejor que la terrena.

Las decisivas palabras de Pío XII habían sido hasta explosivas: había que «rehacer el mundo», nada menos, que «hasta en sus fundamentos».

El esforzado P. Lombardi había emprendido por los años 1940 su noble campaña «por un mundo mejor». En esa generosa línea figura monseñor Olaechea; él también llama a la acción. No podía esperarse otra cosa de su aceptación filial de la doctrina pontificia y de lo mucho que le dictaba su conciencia de pastor y de salesiano.

La palabra fraterna del salesiano obispo vibra en Roma con motivo de la canonización de Domingo Savio y dice, el 16 de junio de 1941:

«El apostolado es un imperativo del cristianismo de todos los tiempos y hoy más que nunca. ¿Cuántas veces deberá repetirnos el Papa que *“hemos ya pensado demasiado, que hemos ideado sobrados proyectos y que ha sonado ya la hora de la acción”*?»

Llama a la acción el arzobispo desde la ciudad eterna a los católicos valencianos en la misma ocasión, de esta manera:

«El mundo nuevo exige una verdadera reeducación al amor: amor a Dios y amor al prójimo. Amor operativo, amor que se convierta en acción, porque —son palabras del Vicario de Cristo—: *“Los pueblos esperan principalmente acción.”* Hoy cada cristiano debe llevar en sus entrañas un apóstol; precisa que cada uno se salve salvando a los demás, que se santifique santificando el propio ambiente.» (*Pasó haciendo el bien*, T. I., página 75.)

FUE DE SU TIEMPO Y DE TODOS LOS TIEMPOS

Para espíritus frívolos y superficiales, la figura del santo suele parecer pequeña porque su acción queda limitada por un contorno estrecho y aun mezquino. La figura de un santo abarca ilimitados espacios humanos. Es una figura polivalente. Recordemos —en grado máximo— las muy consagradas: San Vicente Ferrer, en España; Santa Juana de Arco, en Francia; San Ignacio de Loyola, en Roma. Cada santo vive y sobresale del medio que le rodea. Lo asume, purifica, sobrepasa y eleva. Sin perder por eso el cultivo

de su propia perfección espiritual. Así, por ejemplo, monseñor Olaechea usó de la radio y del micrófono, de la prensa diaria y de la alocución para exaltar las virtudes cristianas y contribuir al bien común.

Ni antiguo ni moderno. Cristiano romano de vida permanente, rica en matizaciones espirituales. Con actividades del más noble corte humano.

A la luz que difunden los decretos del Vaticano II, clausurado por Pablo VI el mismo año del cese en sus actividades y dignidad de arzobispo de la sede valenciana, ahora, en 1992 podemos asegurar que el Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelino Olaechea —mente, corazón y acción— es figura resplandeciente. Su imagen es Cristo, divino maestro a quien trató de imitar, y de la Iglesia, su madre amorosa a la que siempre sirvió.

No de manera sencilla, fácil y sin complicaciones transcurrió el pontificado del salesiano obispo. Numerosos hechos de rango nacional e internacional crearon grandes tensiones, llegando a amenazar la serena conciencia de todo buen gobernante. Tan graves y universales eran y se presentaban.

De manera más expresiva nos dice don Joaquín Mestre: «No puedo olvidar la entrañable figura de don Marcelino Olaechea, que fue arzobispo de Valencia de 1946 a 1969. Durante 26 años continuos fui su capellán, secretario particular, comensal, conviviente bajo un mismo techo y partícipe activo en todos sus afanes, trabajos, sufrimientos y alegrías. Don Marcelino era un hombre excepcionalmente perspicaz, inteligente y culto. Era enérgico y bondadoso a la vez. Don Marcelino invirtió todas sus egregias cualidades en su ministerio episcopal: fue Pastor ejemplar, generosamente entregado a sus sacerdotes y a su pueblo.»

Séanos permitido recordar algunos de los más significativos hechos y sucesos ocurridos en su tiempo, que abarca cuatro pontificados: Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI.

IGLESIA	<p>Oposición al comunismo y nazismo. El Estado español se declara católico. Glorificación de los mártires de la guerra española. Juan XXIII anuncia en 1959 un concilio universal. Preparación del Vaticano II. Constante llamada a la participación de los seculares. Marginados y tercer mundo, en primer plano. Termina el Vaticano II en 1965. Cesa don Marcelino.</p>
ESPAÑA	<p>Guerra civil 1936-39 Gran escasez de alimentos y materias primas. Viene trigo de Argentina. Constitución normal de un gobierno. Excelentes relaciones Iglesia-Estado. Ininterrumpida actividad pastoral. Aumentan las competiciones deportivas, rango nacional. Se intensifica la reconstrucción nacional.</p>

EXTRANJERO

II guerra mundial. Eje-potencias occidentales.
Muere Hitler y es asesinado Mussolini.
Guerra fría entre los vencedores.
Dos grandes bloques. Se afianza el imperio comunista.
Plan Marshall para Europa. Se exceptúa a España.
Retirada de embajadores en España.
Progreso de las ciencias y medicina.
Se impone lo abstracto en el arte.
La «dolce vita». Triunfa Hollywood.
Tres bodas famosas: sha de Persia, Rainiero y Balduino.
Juegos Olímpicos de Helsinki, 1959.

IV

OBEDIENTE. CESE Y MUERTE

LA PRUEBA FINAL

Le quedaba al Arzobispo valenciano realizar ya el acto definitivo de su misión episcopal. Era una prueba más de su singular devoción a la Santa Sede. Se anticipó a sus deseos y disposiciones.

Cuando el prelado conoció el importante decreto de Pablo VI «Ecclesia Sanctae» que limitaba la edad de permanencia de los obispos al frente de sus diócesis respectivas, se apresuró a presentar su dimisión mucho antes de que el decreto llegara de modo oficial.

En carta pastoral de 20 de agosto de 1966 lo comunicó a los fieles. La aceptación se hizo pública el 18 de septiembre. La general impresión de sentimiento que se produjo en el pueblo valenciano fue grandísima y general, aun habiéndolo esperado. Recibió muchas adhesiones y pruebas de cariñoso afecto.

¿Dónde residir ahora? Él, personalmente humilde y sereno, se inclinaba por la amplia y bella residencia que los salesianos tienen en Campello (Alicante). Sus hermanos de Guadalajara le ofrecían casa y asistencia. Tras maduro examen, los propios salesianos adquirieron un piso y la Caja de Ahorros, otro adyacente, y se los prestaron de pura gracia. Quedaría en Valencia, sin perder la convivencia quien tantas notas de amable convivencia había practicado durante su vida pontifical.

VIDA PRIVADA. EL SEÑOR LE LLAMA

Bien, cierta y rigurosamente pudo decir el Arzobispo salesiano: «Nací pobre y muero pobre.» De esta forma se expresaba humilde y fervoroso. Con toda, plena y absoluta exactitud.

Entonces tuve el honor de visitarle. Pudimos todos comprobar la exquisita serenidad de su espíritu, los amables juicios sobre sucesos pasados y encendidos que reinaban en su corazón como las cosas pasadas en las que ahora ponía su certera visión, generosa y comprensiva de sacerdote y pastor. Su palabra destilaba dulce paz y misericordia. Su gran austeridad nunca acaba, llegando a extremos límites.

«Cuando cesa como arzobispo de Valencia y no teniendo recurso alguno, pidió aco-gerse en una de nuestras casas. Tenía una cierta añoranza por un rinconcito en Campello (Alicante). Yo entonces consulté a mi consejo y comprendimos que don Marcelino necesitaba todavía libertad de movimiento dadas sus muchas relaciones de todo orden. Por ello creímos conveniente comprarle un piso en una zona céntrica de Valencia; la Caja de Ahorros adquirió para él el apartamento adjunto. Así don Marcelino continuó rodeado de dos salesianos y de su incondicional don Joaquín Mestre, como en una pequeña comunidad salesiana. En este piso —de extrema pobreza—, don Marcelino exhaló su último suspiro. Yo ya no era provincial de Valencia, pero puedo certificar que don Marcelino murió como verdadero y fiel salesiano, pobre, sin nada más que cuanto le ofreció la comunidad salesiana y la generosidad de personas amigas.» Esto escribe el 10 de abril de 1991, en Godolleta (Valencia), el actualmente delegado provincial en Indonesia.

Su tránsito no pudo ser más apacible. Le acompañaba el suave aroma de San Juan Bosco, y de su discípulo amado, Santo Domingo Savio. Cumplió la jornada prosaica del día, atendió las necesidades corporales, manteniendo una envidiable claridad en sus palabras, normales y serenas. Antes de entregar su alma a Dios dijo, en tono sencillo y natural: «*Nunca creí que fuera tan dulce la muerte.*» Había sonado la última campanada en la vida del Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelino Olaechea, arzobispo dimisionario de Valencia, hijo de un obrero de los altos hornos de Vizcaya, en Baracaldo. La que había sido lámpara luminosa, quedó sin aceite. El Señor marca el fin de toda vida humana.

Celebró por última vez la santa misa el 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, de 1972. Después de esta misa, de rodillas ante el sagrario y ante una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados —que presidía siempre su oratorio privado—, recibió el sacramento de la unción de enfermos, sin más testigos visibles que el sacerdote que se lo administraba: don Joaquín Mestre.

Había predicho diez días antes, a punto fijo, el día de su muerte, que esperó con toda esperanza en el Señor, con serenidad impresionante, como quien espera el acontecimiento más grande y feliz de su existencia.

Leyó durante esos diez días, y murió leyéndolas materialmente por sí mismo, las *Exclamaciones del alma a Dios* de Santa Teresa de Jesús. Murió sin más compañía visible que la de don Joaquín Mestre, que recogió las *Exclamaciones* de Santa Teresa, al caer éstas de las manos, ya sin vida, de don Marcelino.

Para el secretario fiel fueron sus últimas palabras: «*Mira, Joaquín; el Señor viene a buscarnos a cada uno en el mejor momento para nosotros; cuando hemos llegado a la cumbre de nuestro propio monte. Yo, por su misericordia, ya he llegado. Cuando él venga por ti, yo vendré también con él a buscarte.*»

Murió pobre, absolutamente pobre, sin poseer nada, como nada había poseído en vida, a no ser los minúsculos obsequios que algún fiel dejaba en sus manos, y aun éstos, para no caer en desatención hacia el obsequiante.

La práctica de la gratitud en don Marcelino fue siempre admirable. Lo demostraba siempre con palabras encendidas y cariñosas. Muy lejos de la adulación o del halago. Cortés, expresivo y agradecido siempre.

Su cadáver fue depositado en un ataúd, *sufragado de limosna*, y su sepultura —en la S. I. Catedral, capilla de Santo Tomás de Villanueva— *fue costeada, igualmente de caridad*, por el Monte de Piedad de Valencia. Hasta ese extremo habían llegado sus finanzas.

Él había pedido ser enterrado, como un salesiano más, en el cementerio de Benimaclet; pero a los ejecutores de su última voluntad pareció que ésta debía no ser cumplida.

Deseó y pidió, asimismo, que su muerte no fuese dada a conocer sino varios días después de ocurrida, y que la misa exequial fuese celebrada con ornamentos blancos, en la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, en acción de gracias a la Santísima Virgen: *Salve, Sancta Parens*. Y que, acabada la misa, la Escolanía cantara el *Magnificat* con la más festiva composición musical que los niños supiesen de momento cantar. Voces infantiles llegarían hasta él, en el cielo.

La lámpara luminosa, como digo, había quedado sin aceite. Quizás en los altos hornos de Baracaldo, donde comenzó a arder, las llamas tributaron al hijo de su trabajador un crepitar más encendido y vigoroso que de ordinario. Los huertos frondosos de la hermosa vega valenciana vieron mustias sus flores. Un poeta valenciano escribe en verso *El plor de València*. Una lámpara votiva, expectativa y gozosa, entraba en la historia, dejando su nombre escrito con letras resplandecientes en el elenco de los más grandes arzobispos de Valencia.

Leyendas en flor de la continuada y fértil historia del cristianismo, nunca desmentida. Cuando empezaban a extinguirse los complejos y sugerentes ecos y los fulgores del siglo XX, tan complicado, tan difícil, tan lleno de luces y sombras...

De pobre y humilde hogar salió el chaval Marcelino y en sus años de vida recibió talentos que hizo rendir al ciento por uno. Como nos pide el Evangelio.

La muerte produjo profundo impacto en el pueblo valenciano. Todas las clases sociales se asociaron al duelo y expresaron su pesar de manera hasta ostentosa. Desfilaban por el domicilio, ante el féretro, representantes de asociaciones, de los medios intelectuales, comerciales, políticos, las asociaciones católicas, el clero, las comunidades religiosas...

Los funerales en la catedral culminaron las muestras de dolor que sentía Valencia entera. Un enorme gentío se apiñó en el interior del templo y aun en las calles adyacentes, oficiando en el funeral el arzobispo que le había sucedido, monseñor García Lahiguera, once prelados y cincuenta sacerdotes.

En tres breves frases sintetizó monseñor García Lahiguera su oración fúnebre: *«Pasó haciendo el bien»*, *«Dadme almas, lo demás no importa»*, *«Amó y se entregó»*. Verdaderos y auténticos faros resplandecientes de la autenticidad cristiana, vertidos por quien también fue astro vivo de fe y santidad en el episcopado español.

Clamaba fuera de Valencia un agrio concierto de voces variadas y desconcertantes: junto al incesante deseo de paz universal, los viejos corceles del Apocalipsis parecían dispuestos de nuevo a emprender su catastrófica carrera.

Valencia, sin embargo, sumida en su dolor. Había perdido un hijo adoptivo ilustre: ¡Un ejemplo acabado de conducta cristiana! ¡Un modelo vivo que imitar! Voz del pueblo: *Pasó haciendo el bien*.

De nuevo el *Romancero* castellano a la vista, pero cambiado por una afirmación rotunda:

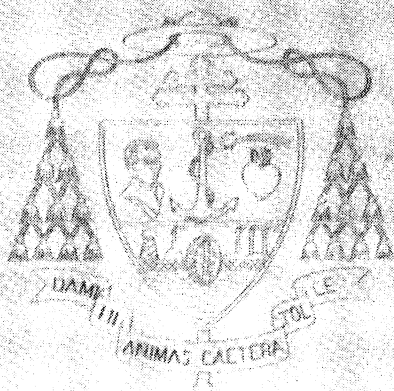
*¡Dios, qué gran vasallo,
porque hubo gran Señor!*



**MARCELLINUS
OLAECHA
LOIZAGA**

**ECCLESIAE VALENTINAE
ARCHIEPISCOPUS
IN PACE**

**IPSIUS CORPUS INDE SURRECTURUM
HIC CONDITUR
1889 – 1972**



BAJO LA LOSA QUE PISAN TUS PIES
ESPERAN LA RESURRECCION DE LA CARNE
LOS RESTOS MORTALES DE

DON MARCELINO
OLAECHEA LOIZAGA

ARZOBISPO DE VALENCIA
QUE POSEIDO PLENAMENTE DEL SANTO
AMOR A DIOS

PROCURO SIN DESCANSO EJEMPLO EN LOS DEMAS
COMEL CLARISIMO EJEMPLO DE SUS COSTUMBRES
LAS NUMEROSAS OBRAS DOCENTES Y CARITATIVAS
QUE EMPRENDDIO Y LLEVO A TERMINO
LA ORIENTACION Y EMPUJE QUE A OTRAS PRESTO
LA PATERNA Y DECIDIDA VIGILANCIA
QUE SIEMPRE TUVO DE SUS OVEJAS
LA ASIDUA PREDICACION
DE LA PALABRA DE DIOS
LOS FRECUENTES Y LUMINOSOS
ESCRITOS DE SU PLUMA
Y LA OBLACION DE SU VIDA ENTERA
UNIDA AL SACRIFICIO DIVINO
DEL PASTOR DE LOS PASTORES
CRISTO JESUS
1889 — 1972

Santa Iglesia Catedral de Valencia. En la misma capilla de Santo Tomás de Villanueva, esta otra lápida prendida en el muro. No es una lauda para don Marcelino; es un estículo para cuantos frecuentemente visitamos su tumba y a su intercesión nos encomendamos

V

PASÓ HACIENDO EL BIEN

EPÍLOGO FASCINANTE

Bella síntesis de una vida preclara de religioso salesiano consagrado enteramente al mejor servicio del Señor. En él se unen los otros dos que le adjudicó monseñor García Lahiguera. Porque hacer el bien, siempre, abre perspectivas tan hermosas como difíciles. Se pueden crear páginas blancas con este título. La gracia del Señor es abundante. Pero ahí está la naturaleza humana que corrompe lo más puro y encenaga la fuente de líquido cristalino. Que puede, con voluntad y gracias, volver a purificarse.

Todas las muchas aspiraciones de don Marcelino en su ardorosa vida, todos sus actos y valoraciones, sus creaciones y atenciones, todo su convivir y su vivir se halla envuelto en este preciadísimo aroma, puro y magnificante que es pasar.

La vida humana —larga, hermosa, vulgar, viciosa y fecunda vida— puede estar esmaltada por altos ideales, nobilísimos deseos y resplandecientes acciones llenas de caridad, con el impulso nutricional sustancioso de la oración. Todo ennoblecido —aire puro—, con el permanente esfuerzo de llegar a Dios a través de encendido pasaje por las más diversas matizaciones del esfuerzo humano. Nacen los impulsos vocacionales de don Marcelino influidos por la blusa de un forjador de altos hornos, donde brillan las chispas y el calor del fuego velazquino como si la fragua marcara tensiones, pautas, luchas y triunfos que deben llegar punzantes a todas las alturas; se afirma en el seminario, expande sus dimensiones, las amplía, fortifica y madura en años de intenso y vario estudio, de jugoso apostolado sacerdotal. Ejerciendo enseguida diversos cargos llega a las alturas del episcopado en tierras navarras. Ha de ser en la luminosa tierra valenciana sobre la que derrame —mayor extensión y tiempos— sus vastos saberes y experiencias. Será guía certero al dirigir las almas de un pueblo, antorcha de virtud y norte firme por los caminos de la fe, de la oración y del ennoblecimiento de las horas del trabajo humano. Tema trascendente revitalizado por Josemaría Escrivá en el Opus. Tanto de éste como fundador, así como de su obra, hizo don Marcelino los mayores elogios que hemos recogido en la parte que como obispo de Navarra al principio hemos recogido. La ancha vía del trabajo diario como medio de santificación es en don Marcelino una constante directa e iluminadora. Es un epílogo de vida fascinante para el hijo del obrero baracaldés.



Al morir don Marcelino, el Ayuntamiento de Valencia, presidido por don Miguel Ramón Izquierdo, erigió, con espontáneos donativos del pueblo, este emotivo monumento frente al palacio episcopal

PALABRAS FINALES

Pasó Marcelino Olaechea por diversas rutas del mundo haciendo el bien. Dejó en el seminario de la Congregación salesiana un grato recuerdo de estudios, devociones, virtudes y juegos deportivos; desempeñó cargos a plena satisfacción de sus superiores y de la propia Santa Sede. Ya en orden de mayor cuantía, ocupó el obispado de Navarra durante 11 años, dejando honda huella que perdura viva y dinámica a través de sus múltiples campos de acción. Pasó luego a ocupar el arzobispado de Valencia —23 años— y en múltiples aspectos de la vida religiosa, en el apostolado seglar, en fundaciones de casas para obreros, en la creación de parroquias y otras tantas páginas gloriosas, mostró su porte de hombre con perfil moderno, entroncado, fervoroso y apostólico en la sabiduría de la Iglesia católica, siempre ofreciendo el mejor camino de salvación de las almas.

Nos queda su rica herencia, unida a la excelsa, apostólica figura de un salesiano insigne. La blanca estela de sus santas y modélicas virtudes vibran en el corazón de cuantos tuvieron el honor de conocerlo y admirar su caridad ardiente, su profunda religiosidad, su dinamismo sin par, su desbordante corazón henchido de amor, sus cánticos a la Virgen y madre del cristiano... En Navarra, en Valencia y en España, no te olvidamos. Es imperecedera la memoria de los buenos y santos.

EL ESCRITOR ACABA SU MISIÓN Y DICE:

Este don Marcelino es árbol grandioso y sugerente de espesa selva que posee frondosa y bella copa. También: espigas de trigo, esbeltas y maduras con muchos granos dorados. Cumplidos 83 años de vida, le llama el Señor. Acudió él reverente, sumiso y fervoroso a tal llamada.

Recoger la total magnitud y riqueza del árbol y los grandes y místicos símbolos del tronco, la espiga dorada del trigo y las raíces, el escritor no ha podido lograrlo por completo. Ni aun habiendo derrochado prolongadas dosis de buena voluntad, horas largas de trabajo y preocupaciones aromadas en cariño hacia la santa, venerable figura de don Marcelino. Todo lo ofreció a la buena y excelsa memoria de tan benemérito hijo de la Iglesia católica, QUE PASÓ HACIENDO EL BIEN. El escritor, acabada su misión, hace suyos los anhelos que expresan unos líricos versos de Gerardo Diego, y suplica al par que ellos, contemplando sereno a don Marcelino:

*Grande te vi, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender, como tú, vuelto en cristales.*

Santa Pola, día del glorioso San José, 1992

FE DE ERRATAS

Por error se ha producido un desajuste en la paginación del apéndice. Para una exacta correspondencia, a los números de página citados en este índice onomástico, desde el 131 al 150 hay que restar siempre cuatro unidades. Así:

<u><i>Dice</i></u>	<u><i>Debe decir</i></u>
131	127
132	128
133	129
134	130
135	131
136	132
137	133
138	134
139	135
140	136
141	137
142	138
143	139
144	140
145	141
146	142
147	143
148	144
149	145
150	146

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Por la elevada frecuencia de sus apariciones en este libro, no se incluyen en este índice los nombres de don Marcelino Olaechea y Valencia. Los números entre paréntesis indican las veces que el nombre aparece en su página.

- Acción Católica: 31, 33, 73, 74, 77, 83, 95, 131.
 Alamán, Lucía: 57.
 Alboraya: 73.
 Alcoy: 64, 140.
 Alemania: 29, 100.
 Alicante: 64.
 Alfonso XIII: 21.
 Andalucía: 93.
 Añoveros: 62.
 Apocalipsis: 109.
 Aragón: 23.
 Aranda, Eusebio: 134.
 Arcipreste de Huelva: 81.
 Argaya, Jacinto: 95, 96.
 Argentina: 47, 103.
 Asociación Católica de Maestros: 53, 64, 79, 81, 131, 133, 134, 141, 144.
 Atocha, Ronda de: 25, 39.
 Aulina, Magdalena: 142, 143.
 Avión: 99.
 Ayuntamiento de Valencia: 116.
 Azaglio, Marqués de: 85.
 Azaña, Manuel: 93.
 Aznar, Pilar: 133.
 Aznar, Severino: 93.
 Balaguer, Ana: 57.
 Balduino de Bélgica: 194.
 Ballester, P. Carmelo: 31.
 Banco de la Virgen: 52.
 Bañolas: 142.
 Baracaldo: 19, 21, 29, 51, 91, 108.
 Barazzutti: 31.
 Barbastro: 100.
 Barcelona: 99.
 Battaini, P.: 36.
 Benimaclet: 109.
 Benimar: 64, 97.
 Bilbao: 137.
 Bosco, don: Ver San Juan Bosco.
 Boletín Salesiano: 135.
 Cabanes, Julio: 49.
 Cabrera, Carmen: 99.
 Cádiz: 62.
 Caja de Ahorros, 52, 107, 108, 109.
 Camino de Perfección: 10.
 Campello: 107, 108.
 Canalejas, José: 86.
 Cánovas del Castillo, Antonio: 86.
 Cantonigros: 142.
 Carabanchel: 23.
 Carballo, Sra: 62.
 Cáritas Diocesana: 51, 70, 73.
 Cartagena de Indias: 98.
 Carreño Echeandía, José Luis: 138.
 Casa Nostra: 142.
 Castalgandolfo: 142.
 Castillo, Virgen del: 98.

- Cataluña: 23.
 Cavour, Marqués de: 85.
 Claudel, Paul: 100.
 Claver, Pedro: 98.
 Congregación Salesiana: Ver Sociedad Salesiana.
 Coral Juan B. Comes: 60, 80.
 Corpus Christi: 87.
 Crous Boadella, Filomena: 141, 143.
 Chillida, Rogelio: 49.
 Darío, Rubén: 30, 102.
 Desamparados, N.ª Sra. de los, Virgen de los: 46, 49, 63, 87, 98, 108, 109, 117.
 Día del Maestro: 81.s
 Diego, Gerardo: 117.
 Domenzain, Moisés: 149.
 Duyos, Rafael: 101.
 Editorial Marfil: 49.
 Escolanía de la Virgen: 54, 64, 109.
 Escrivá de Balaguer, José María: 31, 38, 39 (2), 40 (4), 41 (2), 115, 147.
 España: 29, 32, 35, 40, 47, 53, 64, 73, 81, 87, 95, 100, 102, 103, 104, 109.
 Espina, Concha: 19.
 Estados Unidos: 87.
 Europa: 35, 104.
 Evangelios: 37, a109.
 Federación Católica de Maestros: 37, 100, 131.
 Felici, Pericles: 94.
 Fontilles: 64.
 Florecillas de San Francisco, Las: 30.
 Francia: 87, 102.
 Franco, Francisco: 29, 40, 43, 64, 85, 100 (3), 146.
 Gabriel y Galán, José María: 30.
 Gafo, P.: 93.
 Gandía: 73.
 García Lahiguera, José María: 109 (2), 115.
 Garone: 21.
 Gil Robles, José María: 36.
 Godella: 63.
 Godelleta: 108.
 Gomá, Cardenal: 33, 37 (4), 88, 100.
 González Martín, Marcelo: 144.
 González Moralejo, Rafael: 86, 95.
 Gran Bretaña: 87.
 Guadalajara: 107.
 Guerra de la Independencia: 19.
 Haro Salvador, José María: 74.
 Hermandades del Trabajo: 61.
 Hernández Barrera, Carmen: 148.
 Hervás, Concepción: 133.
 Hervás, Vicente: 53, 79, 80.
 Herrera, Ángel: 31, 93.
 Hitler, Adolfo: 104.
 HOAC: 61, 97.
 Hobbes: 102.
 Hollywood: 104.
 Homero: 133.
 Iglesia Católica: 41, 42, 101, 103.
 Iglesia en Valencia: 132.
 Indonesia: 108.
 Isabel la Católica: 89.
 Italia: 29, 100.
 Játiva: 73.
 Javier: 32.
 Juan XXIII: 86, 89, 92, 93, 98, 103 (2).
 Juan Pablo II: 52, 57, 93, 94.
 Juegos Olímpicos de Helsinki: 104.
 Keynes: 57.
 Kiko Argüello: 148.
 "Las Provincias": 131.
 Lasaga, P.: 36.
 Lauzurica, Monseñor: 100.
 Lázaro, María: 59, 99.
 Legión de Honor: 89.
 León XIII: 52, 57, 93.
 Lieja: 23.
 Lombardi, P.: 102.
 López, Leopoldo: 57.
 López Rodó, Laureano: 86.
 Lucía, Rafael: 58, 59.

- Llorente, P.: 36.
 Madre Teresa de Calcuta: 59, 101.
 Madrid: 142.
 Marañón, Doctor: 19.
 Marcet, Abad: 146.
 Marchalenes. Barrio de (Valencia): 68.
 "Maredeueta": 61.
 María: 42, 43.
 María Auxiliadora: 98, 137.
 Melo y Alcalde, Arzobispo: 66.
 Menéndez Pelayo, Marcelino: 19
 Mestre, Joaquín: 40, 103, 108 (2), 141,
 145, 147, 148, 149.
 Miguel, Sandalio: 57.
 "Milacres, Els": 87.
 Misioneras de Cristo Jesús: 149, 150.
 Molina, Gregorio: 64.
 Moncada: 63, 65, 66.
 Mondoñedo: 96.
 Monedero: 93.
 Monescillo, Cardenal: 52.
 Monte de Piedad de Valencia: 109.
 Montserrat: 31, 145.
 Mussolini, Benito: 104.
 Náquera: 58, 59, 99.
 Navarra: 15, 29, 33, 37, 39, 49, 51, 59, 61,
 62, 63, 89, 95, 99, 117, 136.
 Nazaret, Barrio de (Valencia): 68.
 Nuremberg: 47.
 Operarias Parroquiales: 60, 141.
 Opus Dei: 39, 115.
 "Ora et Labora": 59, 85.
 Ozanam, Federico: 59.
 Pablo, Pascual de: 13, 132.
 Pablo VI: 93, 103, 107.
 Pamplona: 29, 32, 39, 40, 89, 146.
 París: 99.
 Patraix, Barrio de (Valencia): 85.
 Payá, Miguel: 49.
 Pemán, José María: 30.
 Pereda, José María: 21.
 Pérez Arbal, Manuel: 99.
 Perón, Juan Domingo: 47.
 Piamonte: 85.
 Pilar, Nuestra Señora del: 108.
 Pío IX: 949
 Pío X: 35, 97.
 Pío XI: 25, 77, 83, 93, 100, 103.
 Pío XII: 41, 58, 65, 87, 93, 102, 103.
 Plan Marshall: 104.
 Primo de Rivera, General (calle de
 Madrid): 25.
 Puertas, Padre: 36.
 Puig, Virgen de El: 108.
 Quevedo, Francisco de: 86.
 Rainiero, Príncipe: 104.
 Ramón Izquierdo, Miguel: 116.
 Ratazzi: 85.
 Roca Coll, José: 80.
 Rodezno, Conde de: 40.
 Roma: 33, 64, 102, 142.
 Romancero: 110.
 Rousseau: 101.
 Sagristá Rodó, M.^a Ángeles: 149, 150.
 Salas Pombo, Diego: 139, 140.
 San Agustín: 21.
 San Cristóbal, Fuerte de: 37, 136.
 San Francisco de Asís: 30.
 San Francisco de Sales: 93.
 San Ignacio de Loyola: 102.
 San José: 87.
 San José de Calasanz: 81.
 San José Obrero: 97.
 San Juan: 10.
 San Juan de Ávila: 65.
 San Juan Bosco (y Don Bosco): 21 (2), 30,
 32, 42, 59, 81, 85, 90, 91, 93, 94, 99,
 101, 108.
 San Juan de Dios: 42.
 San Juan de la Peña: 56.
 San Juan de Ribera: 47, 63, 64, 89.
 San Luis Gonzaga: 97.
 San Marcelino, Barrio de (Valencia): 85.
 San Pablo: 30 (2), 51, 57.

- San Pedro: 43.
San Raimundo de Peñafort: 91.
San Vicente Ferrer: 87, 93, 102.
San Vicente Mártir: 89.
Sánchez, Juan: 99.
Santa Juana de Arco: 102.
Santa María la Real: 32, 37.
San Pola: 117, 131.
Santa Sede: 33, 49, 59, 75, 91, 95, 99, 100, 107, 117.
Santa Teresa de Jesús: 10, 23, 42, 101, 108 (2), 147.
Santander: 137.
Santo Domingo Savio: 32, 64, 81, 98, 102, 108.
Santo Tomás de Villanueva: 47, 52, 93, 11, 112.
Sanz Orrio, M.^a Camino: 146.
Sarriá: 142.
Segura, Agustín: 31.
Sha de Persia: 104.
Silos: 75, 89.
Sociedad (y Congregación) Salesiana: 25, 32, 35, 41, 51.
Sospedra Buyé, Antonio: 147.
Stalin, José: 47, 87.
Tedeschini: 23.
Tendetes, Barrio de (Valencia): 63, 85.
Tierra Santa: 64.
Tómbola de la Virgen: 52, 61, 63, 82, 83, 87.
Trastevere: 72.
Trueba, Antonio de: 21.
Turia, río: 51, 63, 65, 68, 69, 137.
Turín: 23.
Ulises: 133.
Urtusum Irisarri, Cornelio: 145, 146, 147.
"Valencia Escolar": 133.
Vallet, Padre: 147.
Vascongadas: 19.
Vaticano II: 51, 89, 103.
Vicent, Padre: 93.
Villa Teresita: 63.
"Vita et Pax": 145.
Vitoria: 100.
Vizcaya: 19.
Zahonero, José: 49.

APÉNDICE

COMENTARIOS A LA PRIMERA EDICIÓN

Son muy numerosos, y todos, sin excepción, abundan en los mismos sentimientos. Aquí reproducimos sólo los que nos parecen más representativos

Las Provincias

18 de diciembre de 1992

Interesante libro sobre el arzobispo Olaechea

Un interesante libro sobre la vida y obra del arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea y Loizaga, cuyo autor es Alfonso Iniesta Corredor, ha sido publicado, editado por la Asociación Católica de Maestros.

Aunque la publicación –cuidadosa y bellamente impresa en la imprenta Federico Domenech– pretende ser, según explica el propio Alfonso Iniesta, unas «notas sencillas» sobre la vida de don Marcelino, hay que concluir que ha resultado un trabajo de investigación y de análisis extraordinario, creo que el mejor de los hechos hasta ahora, pues hasta los momentos más íntimos y trascendentales para monseñor Olaechea han sido testimoniados con grandes dosis de científica interpretación.

Leyendo a Iniesta, uno se percata que conoció bien a su biografiado y siguió atentamente su quehacer, sus momentos de gozo y los de dolor. Hay uno, muy íntimo, para don Marcelino, el de la aceptación de su renuncia por el Papa, noticia que el prelado recibió por televisión y no por comunicación directa de la Nunciatura, hecho que le debió de doler doblemente, lo cual ha quedado claramente supuesto en este libro.

Información gráfica

El libro de Iniesta sigue a Olaechea en su infancia, juventud, vida sacerdotal y episcopal, su condición de salesiano, en su sede de Navarra y en la de Valencia, la dimensión cristiana y social de sus obras, su seminario, la tómbola, los congresos eucarísticos...

Si excepcional y bien trazado es el estilo literario de la obra, la parte gráfica no se queda atrás y aporta abundante información gráfica de don Marcelino, tanto personal como de sus actividades como pastor de Valencia.

Del autor del libro hay que decir que es maestro y doctor en derecho, fue inspector de enseñanza primaria, tiene ahora 91 años y actualmente vive retirado en Santa Pola. Colaboró activamente con don Marcelino en la Acción Católica y obras sociales diversas. Ha sido presidente de la Federación Católica de Maestros Españoles. Tiene la encomienda de la Orden del Mérito Civil.

Iglesia en Valencia
Semanario Diocesano de Información
10 de enero de 1993

Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia

Bellísima biografía de nuestro inolvidable don Marcelino. La ejemplaridad de una vida al servicio de una santa vocación, relatada con la prosa selecta y atractiva de nuestro querido don Alfonso Iniesta.

Contiene profusión de fotografías.

AYÚDADNOS A PERPETUAR SU MEMORIA.

PASCUAL DE PABLO

Valencia Escolar
Revista de la Asociación Católica de Maestros
Marzo de 1993

Esta Asociación Católica de Maestros de Valencia, hija predilecta de tan preclaro Arzobispo, lucha y se esfuerza por alcanzar la meta que don Marcelino le señaló: agrupar a los maestros de enseñanza oficial y privada, profesores y alumnos de las Escuelas de Magisterio para una labor de conjunto en beneficio de la escuela y del niño, ofreciendo un centro de cultura especial pedagógica, profesional, humana y religiosa.

La lectura de este libro, acercándonos a su gran corazón, ejemplo de afectividad y sensibilidad, nos lleva con trazo firme y seguro al de Cristo.

No dejéis de adquirirlo.

CONCEPCIÓN HERVÁS, presidenta

Y ahora entremos de lleno con el titular del libro: Hijo de un obrero, Arzobispo de Valencia. Su autor, nuestro ameno, constante y conocidísimo articulista don Alfonso Iniesta. El personaje, don Marcelino Olaechea. ¿Qué más podemos pedirle a un libro para que éste resulte interesante? Un personaje benaventino, le dice a otro: «Sé tú Ulises y yo me sentiré Homero.»

El autor, ante el personaje que pinta, no puede por menos que elevar su estilo, poniendo en ello su siempre ágil pensar, su correcto decir y todo su corazón. El título ya causa impacto: Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia. Respuesta rotunda a aquella frase pedagógica tan cacareada: «igualdad de oportunidades».

El autor esboza en el libro notas de su infancia, de sus estudios, vida eclesial, sus cargos, simpatía, virtudes, su desbordamiento de caridades... Perfiles llenos de cariño y admiración que retratan una gran figura de la Iglesia. Para aquellos que no lo conocieron, para los que tuvimos la dicha de conocerle, quererle y admirarle, nos sumerge en el recuerdo y nos hace sentir al leerlo emociones y vivencias que hacen más fuerte cada perfil y más luminosa la figura.

PILAR AZNAR

Y ahora, en la cima luminosa de su nonagenaria juventud, nos regala don Alfonso una nueva biografía, vivida tanto o más que investigada, de don Marcelino Olaechea, *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*. En un apretado centenar de páginas y más de 50 fotografías, don Alfonso —autor— y la Asociación Católica de Maestros —editora— nos han actualizado al gran don Marcelino, devolviéndonos con creces los 20 años que hace ya que nos dejó. Nada escapa a la consideración apasionada del devoto hagiógrafo.

Y lo hace con galanura, estilo incisivo —¡esos preciosos títulos de libro, capítulos y apartados!— y con derroche de amor y pasión. Pocos libros he leído en esta vida con el gozo con que he leído el último libro —por ahora— de don Alfonso Iniesta. ¡Contento puede estar don Marcelino en el cielo!

EUSEBIO ARANDA

Boletín Salesiano
Mayo de 1978

Uno de los hombres más buenos de la Historia

CALIENTA EL ALMA que sea precisamente la hermosa metrópoli del Turia la primera –¡y única hasta ahora!– que haya querido plasmar en la indestructibilidad del bronce ese hondo cariño y esa impagable deuda de agradecimiento que tantísimos miles de seres hermanos llevamos silenciosamente en el alma hacia uno de los hombres más buenos y queridos que hayan cruzado el escenario de la Historia: don Marcelino Olaechea.

Valencia, la que se pasa largos meses derrochando arte y grajeo sobre unos fugaces monumentos falleros para quemarlos vistosamente luego en una sola noche bulliciosa de «cremà», esta vez nos ha dado una lección de perennidad y hondura: ha sido la primera entre tantísimos deudores en levantar un breve pero duradero monumeto a aquel gran prelado suyo que eligió dormir su último sueño en la cálida tierra de la capital del levante.

TODOS SE LO AGRADECEMOS A VALENCIA: digo todos los anónimos millares de corazones que debemos tanto a don Marcelino y que no hemos podido contárselo nunca al mundo entero. Ahora, cuando pasen por el casco viejo de Valencia perfumado de añejos recuerdos y de gloria, buscando la alegría de sus flores y el calor de su sol y de sus gentes hospitalarias las nómadas huestes de turistas, tanto foráneas como indígenas, podrán decir las madres a sus pequeños: «Y ese que brilla sonriente al sol enfrente del palacio arzobispal fue uno de los hombres más buenos que vieron los siglos: amigo de los niños, amigo de los pobres, Prelado insigne que llevaba la blusa del obrero debajo de sus hopalandas. Jamás hizo daño a nadie. Hizo bien a todos: y éstos fueron tantos que le han rogado al Ayuntamiento que lo pongan en bronce en la calle para que lo podamos besar de cuando en cuando y decirle con flores todo lo que le queremos.»

Hablamos de las «cremàs» de Valenica sin pensar mucho en la filosofía de la caducidad de la vida que late en la «cremà». Pero la verdad es que, entre muchas otras cosas, la «cremà» es también una ironía más sobre la caducidad de nuestro recuerdo: llámese desagradecimiento. La vida sigue: pero, ¿quién no tiene demasiada prisa para pensar en quién

nos la dio?, ¿en el que sembró las flores y plantó los naranjos?, ¿en el que levantó las instituciones, acudió a todas las penas...? Esta «cremà» universal de la prisa de vivir engolfó en sus llamas bullangueras la llamita fugaz de un recuerdo..., y tal vez el rescoldo de un remordimiento por lo ingratos que hemos sido con un bienhechor tan grande. Hablad de riadas, y allá estaba don Marcelino; hablad de elevación de masas, y allá estaba don Marcelino, hablad de barrios populares y de viviendas sociales, y allá estaba don Marcelino, hablad de escuelas y de magisterio, de congregaciones y órdenes, de previsión social y asistencia médica, de defensa del proletariado, de renovación cristiana, de promoción misionera y ¡ay! de cultivo intensivo y moderno de vocaciones, y allí estaba, en primera fila, don Marcelino. Pero la riada y la «cremà» de la vida poco tarda en llevárselo todo por delante. ¡Y ahí también ha estado don Marcelino! Por esto, desde lejos, le agradecemos al Ayuntamiento de Valencia el haber plantado –también, esperamos, en nombre nuestro, de los que estamos lejos– un firme jalón de bronce en el tráfigo de esta carrera atolondrada.

A DON MARCELINO LE TOCÓ EMPUÑAR EL TIMÓN de dos de las barcas sucesoras de las del mar de Galilea: durante la feroz galerna de nuestra guerra civil aquí en Navarra, y luego en la desolación de velámenes destrozados, jarcias rotas, y bufidos mal sofocados de odio y revancha de un huracán que jamás se calla de golpe, en tierras levantinas. Y si hubo un hombre que en la primera fase buscó la paz y entre el estruendo de las armas logró hacer oír su débil voz gritando: «¡Basta de Sangre!» fue don Marcelino. Y si hubo un hombre que entre las ruinas físicas y morales del día siguiente a toda guerra, fue sembrando amor, ánimo reconstructor y esperanza, y envió a sus huestes, a restañar, conciliar y edificar, fue don Marcelino.

Ahora es corriente echar en cara a la Iglesia haberse aliado con el poder. Pero don Marcelino no era de los hombres que espiaban el rostro del poder para halagarlo, «augur de los semblantes del privado» se acercaba al poder, con un sentido cristiano de la sacralidad siempre inherente en cierta medida a los poderes que son, pero tapándose los ojos como los viejos profetas para no enterarse de la centella de ira o del ceño de disgusto, y lograr así dar voz a las demandas de los humildes y obtener la dádiva –o la justicia– del poderoso.

AQUÍ EN EL NORTE no es raro oír alguna voz resentida reprochándole no haberse «alineado» claramente a... ¿A quién?, ¿no estaba ya él no meramente alineado, sino totalmente comprometido a Jesucristo y a la humanidad? El recuerdo de lo que no pudo lograr a pesar de sus esfuerzos en los días sangrientos de nuestra gran tragedia nacional debió de ser la tortura más grande de su vida. ¡Varias veces le oí exclamar!: «¡Aquel maldito de San Cristóbal!...» Y sin embargo había sido él la voz solitaria que tuvo el valor de gritar: «¡No más sangre! ¡Ni una gota más!» Pero la guerra es sorda al Evangelio y a sus hombres. Le oí contar algunas anécdotas de sus desesperados esfuerzos para parar aquel alud imparable de violencias: y de cómo una vez creyó haber llegado a unas negociaciones pacificadoras, pero en el interim desembarcaron diez mil fusiles polacos en Bilbao y, se prolongó la lucha fratricida. Lo que hizo por las víctimas de la contienda que apelaron a él lo sabemos todos... muy fragmentariamente.

Yo, gracias a Dios, estuve en tierras de Misiones durante todos esos lustros sangrientos, y durante otros más que coincidieron con el apogeo de don Marcelino. Es decir, le vi de cerca cuando, joven sacerdote aún, la irradiación de grandeza del astro naciente no deslumbra todavía; y luego cuando, casi, casi, ya había pasado todo: en su pisito humilde de Valencia. Pero es en estos momentos cuando el ojo humano puede apreciar mejor la sublimidad de un hombre. Y... nadie me lo quitará nunca del alma: don Marcelino fue el reflejo más vívido de Jesucristo que yo he encontrado en mi vida: *benignitas et humanitas Salvatoris nostri!*

ME HACE SONREÍR TODAVÍA el recuerdo del gran prelado, recluido en su pisito sobre una ruidosa calle sobre el Turia sin agua. Se abría el balcón, y la ciudad de las flores nos enviaba efluvios de gasolina y estruendos de metrópoli. Se cerraba, y el cántabro que hubo en mí hasta en los trópicos, se derretía con el calor levantino. Y como también quedaría el cántabro bajo las hopalandas, de cuando en cuando sugería don Marcelino: «Unos mariscos, o unas gambitas para la fiesta de Santiago... no estarían mal». Pero las gambitas y los mariscos no aparecían nunca, ni para Santiago tan siquiera, porque el presupuesto no daba para más. Antes en su palacio, y luego en su pisito, se fueron refugiando varios veteranos enfermos para morir en familia: porque donde estaba don Marcelino era siempre «familia». Y ello, supongo, habría agravado también el frágil equilibrio financiero de su casa civil. Varias veces me sugirió una visita a Madrid o un paseito al Cabo San Antonio, pero a última hora siempre resultaba que no había coche, o que el coche del amigo estaba averiado, o que no se encontraba chófer..., para el antiguo consejero del Reino y decano del Episcopado Español. No creo que a él le importara mucho, cuando ya le aureolaba un reflejo de eternidad, pero a nosotros nos hacía reflexionar sobre cómo la riada y la «cremà» de la vida se llevan por delante tantas cosas... incluyendo el recuerdo de los pasados beneficios. «¿No eran diez los curados?» «Sí; pero ninguno tenía coche. Maestro.»

SU MADRE Y MI ABUELA COINCIDÍAN A VECES en viaje a Santander desde Bilbao: ella para ver a la perla de su hijo, y mi abuela para llevarse de vacaciones al trasto de su nieto. Y siempre me impresionó dulcemente ver cuánto la quería y veneraba; porque... es que hay maestros de espiritualidad que se olvidan, al parecer, de que el Hijo de Dios se hizo hombre, y querían hacernos perfectos induciéndonos a dejar de serlo; deshumanizándonos. No don Marcelino: humano, caballero, tierno y compasivo como el Maestro. Decía que el undécimo mandamiento era «Hacerse cargo». Cuando su madre se le fue al cielo, transfirió su actitud filial a su segunda madre, entonces tan humilde y pobre como la baracaldesa: su Familia Salesiana. Si un día de fulgurante procesión cívica, la figura señera y principesca de don Marcelino radiante de rojo prelaticio entre el Gobernador-Jefe Provincial del Movimiento y el Gobernador Militar con mando en plaza, divisaba a un humilde coadjutor salesiano entre las muchedumbres aclamantes, seguro que le ordenaba acercarse con un gesto de mando, lo presentaba a las autoridades como a un «hermano suyo en Religión» y lo incorporaba a la primera fila de los notables aclamados por las huestes ciudadanas. Por algo llevaba en su escudo de armas a María Auxiliadora y las chimeneas de altos hornos.

Hoy es la ilustre corporación cívica la que convoca al espíritu de don Marcelino a presidir, plasmado en bronce, el corazón palpitante de la gran urbe mediterránea. Yo sé cómo los artífices valencianos son capaces de transir de ternura y alumbrar de sonrisa la dureza nativa de un bronce. Gracias, Valencia, por haberte hecho eco de tantos millares mudos y lejanos que tanto quisimos a don Marcelino. Gracias por ese bronce entre tus flores.

JOSÉ LUIS CARREÑO ECHEANDÍA
Salesiano de Don Bosco

De don Diego Salas Pombo,
gobernador civil que fue de Valencia

«Madrid, 3 de enero de 1993

Ilmo. Sr. don Alfonso Iniesta Corredor
Santa Pola

Mi muy querido amigo:

Le quedo muy agradecido por haberme enviado un ejemplar de su reciente libro *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*.

Lo he leído entero y de un tirón, como quien lee lo que estaba deseando leer.

Como Vd. sabe, tuve el privilegio de contar con la paterna amistad de don Marcelino en los años, para mí inolvidables, en que, desde enero de 1950 hasta abril de 1956, tuve el honor de desempeñar el Gobierno Civil de Valencia. Y mi admiración y filial devoción para él, que ya sentía cuando llegué a Valencia, se fueron acentuando en el transcurso del tiempo, por conocerle de modo directo, y me permito considerar que casi íntimo. Muchas veces, cuando mi mujer estaba con nuestros hijos en Galicia, cenaba yo en el palacio arzobispal, en su austera vivienda, de hecho: un dormitorio, que diría espartano, y una mesa camilla donde estar, en la que comía con una frugalidad suma: un simple «hervido», verduras del tiempo cocidas, clásica y tradicional comida valenciana.

En don Marcelino vi siempre una vida ejemplar y sencilla, de gran padre y sacerdote, al que visitaban en la planta principal del palacio arzobispal, planta que él jamás usó para sí, embajadores, ministros y prelados o cardenales no españoles, que quedaban admirados de sus excepcionales cualidades pastorales y humanas.

Don Marcelino fue para mí afectuoso y condescendiente con mis errores.

Buscó y contó siempre con la asistencia que yo pudiera prestarle en cada ocasión y problema, en la defensa recta y decidida de los valores religiosos y éticos, particularmente por cuanto se refería a la extensión y agresividad de ciertas *sectas*, y, sobre todo, a su constante preocupación por los necesitados de asistencia, a quienes prodigó bienes sin cuento y se prodigó a sí mismo, en todos los terrenos.

Su fotografía está en mi despacho. Y de vez en cuando, releo *Pasó haciendo el bien*, esos dos tomos editados en 1965, una selección de sus escritos que constituye una auténtica antología de su gran obra y de su generosa y resuelta actitud ante los problemas de cada momento en el tiempo en que vivió.

Por ello, mi agradecimiento por su libro es doble, ya que, además de su afectuosa dedicatoria, me ha hecho revivir y recordar el tiempo en que tuve trato directo con su gran personalidad, que dejó honda huella en Valencia, como la había dejado antes en Pamplona, que fue su primera diócesis, en la cual, en el Alzamiento Nacional, se definió con claridad rotunda en favor de la España eterna y de los valores de la Cruzada, y mantuvo, al propio tiempo, una actitud de paternal generosidad para cuantos compartieron la empresa de devolverle a nuestra Patria su propio ser.

En su libro me permito observar que no dedica la importancia extraordinaria que tuvo en su gestión fundacional del colegio salesiano de Alcoy, ciudad en la que dejó también profunda huella, cuando era simplemente un joven sacerdote salesiano.

Acoja, mi querido don Alfonso, esta observación con el respeto y afecto con que se la presento, afecto y respeto que Vd. merece y que muy sinceramente le profesa su buen amigo

DIEGO SALAS»

De Filomena Crous Boatella,
directora general del Instituto Secular
Operarias Parroquiales, Institución Magdalena Aulina

«Barcelona, 9 de enero de 1993

Muy Illtre. Sr. Don Joaquín Mestre Palacio
Valencia

Nuestro tan respetado y querido don Joaquín:

No sabe cuánto le agradezco, y conmigo todas las Operarias, a don Alfonso Iniestra, el libro que nos acaba de regalar con el título de *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*.

Su lectura ha venido a ser para todas nosotras la más grata evocación de tantos recuerdos que guardamos de nuestro venerado Prelado, Padre y Pastor. Muy bello, pero nos ha sabido a paco. Dígaselo, por favor, a don Alfonso; y agradezca, por cuanto a nosotras toca, a la Asociación Católica de Maestros de Valencia, el gran acierto que ha tenido dándolo a la imprenta.

Lo hemos leído y asimilado con todo nuestro cariño y fidelidad. Y como lo tenemos a mano, son frecuentes nuestros comentarios cuando nos hallamos reunidas.

Pero la verdad es que el libro, tan digno de elogio como es, lo encontramos demasiado reducido dado lo que se pudiera decir, y un día se dirá, para estímulo y edificación de todos, acerca de nuestro inolvidable señor Arzobispo, don Marcelino.

Nosotras, las Operarias Parroquiales, y yo con todas ellas, no encontramos palabras ni imágenes adecuadas para expresar la gratitud que le debemos; y no sólo por su admirable y paternal intervención al sacar a nuestra Obra de la situación de conflicto en que se hallaba, actuando con visión clara y sabia, corazón generoso sin límites, amor resuelto y perseverante a la verdad, y gestión prudente y precisa, sino además, porque nos dio un ejemplo vivo de sinceridad en el servicio de la Iglesia, en el cumplimiento de cuanto la vida consagrada exige, en el importarle nada el juicio de los hombres, al lado del juicio de Dios, en el desprendimiento de lo que pudieran ser intereses personales y en la caridad que obliga a dar y a darse, sin jamás solicitar retornos.

Cumplió de modo asombroso la consigna paulina: alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran.

Nunca vimos a nuestro tan estimado don Marcelino buscándose a sí mismo. Él sabía escribir en el agua del mar las ofensas o desatenciones que recibía, mientras escribía cuantas atenciones se le prestaban, aún las más pequeñas, en duro granito, indelebles en su corazón, con una gratitud sentida y expresada con frecuencia y con calor.

Nosotras, bien lo sabe usted, don Joaquín, hemos apreciado siempre, sin quiebra alguna, en nuestro venerado señor Arzobispo, la figura acabada del hombre de Dios, del gran salesiano a la medida de Don Bosco, del pastor solícito, entregado heroicamente al servicio y defensa de cuanto entendía que era voluntad del Pastor de los pastores.

Fue don Marcelino un grande varón de Dios, en quien brilló de continuo una lógica sobrenatural. Su punto de partida, invariable y firme, fue sólo Cristo y sus enseñanzas. Y así brillaron siempre en su obrar, una comprensión e indulgencia sin igual, para las inconsecuencias y debilidades en el proceder ajeno.

Usted, don Joaquín, sabe bien, porque le acompañó en todo momento, cuántas veces y temporadas pudimos convivir de cerca con la personalidad humana y espiritual de nuestro Sr. Arzobispo, y Padre bueno y solícito, en nuestras casas de Roma, Madrid, Sarriá, Castalgandolfo, Bañolas, Cantonigros, etc. Y sabe, asimismo, con qué llaneza y asequibilidad se nos dio siempre, sobre todo a cuantas como yo pudimos acudir a él y descansar en su alma la nuestra, contando en todo momento con el gran favor de su orientación, su consejo, su dirección.

Para nosotras, tenerle en Casa Nostra era esperado como un privilegio que siempre agradecemos al Señor. Recordar ahora cómo llamaba «mi Betania» a esta casa de Sarriá nos llena de emoción y gratitud.

Así fue, teniéndole tan cerca, cómo al correr de los años fuimos testigos singulares de las características de su vida de espíritu. Su piedad, connatural y espontánea, su misa, sus horas de sagrario, su contar con la Virgen con aquella su gran delicadeza, su trabajo, su lectura y su maravillosa pluma, etc., aún en los años últimos y en su quebrantada salud, fueron unos testimonios de edificación tal que quedaron profundamente grabados en el corazón de todo el Instituto, que hoy dedica con íntima satisfacción este debido tributo de veneración a su impecable memoria.

Y lo hacemos muy sentidamente, por lo que significó el apoyo que concedió a nuestra madre y fundadora Magdalena Aulina, ya que comprendió y defendió su causa y su obra, como nadie, precisamente en las circunstancias sufridas de mayor incompreensión, logrando con su sabiduría y bondad, y una especial asistencia de Dios, no sólo hacer brillar la luz en nuestro horizonte, sino además abriéndonos las puertas de su entonces diócesis de Pamplona, donde el Instituto pudo abiertamente establecerse y desarrollarse.

En fin, don Joaquín, usted es testigo de excepción de todo ello, pues ha sido durante largos años el apoyo y confidente más inmediato del señor Arzobispo; pero nosotras, cuando el caso viene, como en esta ocasión, no podemos dejar de expresar, con gozo, lo que sabemos y hemos vivido acerca de su impar y venerable figura.

Hoy precisamente, 9 de enero, celebramos su onomástico y el que hubiera sido su 104 cumpleaños. Varias veces, en los postreros años de su vida, festejamos juntos en esta Casa Nostra de Sarriá, un día tan señalado, que para nosotras todas, sigue y seguirá

siendo de una significación muy profunda porque nos evoca la bondad infinita de Dios, que nos deparó en Monseñor Olaechea el artífice señalado por la divina providencia para que la obra de Magdalena Aulina pudiera proseguir su andadura, por Cristo, por la Iglesia, por el prójimo.

Mil gracias a usted por este ejemplar que nos ha enviado de la publicación de don Alfonso Iniesta. Hágale presente nuestra admiración y felicitación por su libro. Si puede, agradeceremos unos cuantos más para hacerlos llegar a nuestras casas, ya que todas las operarias estimarán tenerlo a mano para poderlo leer y comentar.

Con un cariñoso recuerdo de todas las hermanas y nuestra estima en el Señor, quedo siempre afma. que b.s.m.

FILOMENA CROUS»

De don Marcelo González Martín,
cardenal arzobispo de Toledo,
primado de España

«3 febrero 1993

M. I. Sr. don Joaquín Mestre
Valencia

Gracias, querido don Joaquín, gracias por el libro sobre don Marcelino Olaechea, aquel arzobispo tan extraordinario, tan apostólico, tan evangelizador.

Sigo admirándole y le recuerdo con veneración creciente.

Haga llegar mi gratitud a don Alfonso Iniesta, por habernos hecho a todos el favor de escribir este libro; y a la Asociación Católica de Maestros, que tan elegantemente lo ha publicado.

Un abrazo de su afmo.

+MARCELO, c. a.»

De don Cornelio Urtusun Irisarri,
fundador del Instituto Secular
VITA ET PAX

«Roma, 6 febrero 1993

M. I. Sr. don Joaquín Mestre Palacio
canónigo de la S. I. Catedral de Valencia.

Mi muy querido Don Joaquín:

Con sorpresa, agrado y gratitud, me han llegado su cariñosa tarjeta del 1 de diciembre 1992 y el libro de Alfonso Iniesta, HIJO DE OBRERO, ARZOBISPO DE VALENCIA, que no he podido leer entero, pero que sí, como usted me apunta, me lo he devorado, con el propósito de leer, página a página, la obra entera.

Yo debo a don Marcelino tanto, tanto, tantísimo, que todo me parece poco.

El año pasado me mandaron, desde *Manantial* de Valencia, otra obrita, editada también por iniciativa de la ASOCIACIÓN CATÓLICA DE MAESTROS, que me la devoré...

Pero encontré que tenía lagunas tremendas.

En esta que tengo delante, encuentro la misma realidad.

Le voy a dar unas referencias.

1.^a) Pág. 31. En *Recibe huéspedes*, se dice: “Algún obispo muy acongojado, algún monje de Montserrat huido...”.

¡Dios mío!

Don Marcelino recibió, vistió y alimentó, durante tres años a TODOS los sacerdotes, sobre todo catalanes, que escapaban por el Pirineo catalán y entraban por el de Navarra. Llegó a tener acogidos y destinados a parroquias a VARIOS CENTENARES, durante tres años.

No creo que, globalmente, fueran menos de 350 a 400.

2.^a) “Algún monje de Montserrat huido...”

¡¡La Historia!! fue así:

La República Democrática de Cataluña dejó que fueran asesinados 23 (digo 23) monjes de Montserrat. Los supervivientes escaparon por el Pirineo catalán y se presentaron en

el navarro, encabezados por el abad Marcet, acompañado de su prior, el padre Aurelio Escarré. Se presentaron a don Marcelino, pidiendo: una limosna de hospedaje, por Dios.

Don Marcelino se la dio en el acto A TODA LA COMUNIDAD, que no era muy numerosa, pero eran un par de docenas.

No le detallo cómo fueron instalados...

Montserrat NUNCA ha olvidado ESTO en la persona de los que fueron VÍCTIMAS y PROTAGONISTAS.

3.ª) El Seminario de Pamplona.

Él se lo encontró recién, recién construido.

Durante la guerra fue hospital de sangre, y en 1939 comenzó su “construcción espiritual, intelectual, pastoral, litúrgica”.

UN DATO: dejó las cosas de tal forma, y con una diócesis tan enamorada de su Seminario que, pocos años después de su traslado a Valencia, el Seminario de Pamplona, a reventar de seminaristas y de becas, hubo de cerrar sistemáticamente las puertas, con superávits espectaculares. Era la cosecha de don Marcelino.

4.ª) ¡Ninguna referencia a María Camino Sanz Orrio, ni a las Misioneras de Cristo Jesús...!

5.ª) Isabel Garbayo, la admirable Isabel. No es fácil ser reconocida en “la señora Carballo” de las páginas 62-63.

6.ª) Y última. La indecible audacia caritativa de don Marcelino, con los presos del Fuerte de San Cristóbal, de Pamplona, a cuyos familiares recibió, uno a uno, en aquellas jornadas que comenzaban a las 9'30 y terminaban al atardecer.

¡Eran 24.000 condenados a muerte, a causa de nuestra guerra!

Abogando por ellos, se permitió decir al Caudillo: “Éstos han sido condenados a muerte, no a la agonía”.

En aquel antiguo Fuerte de Guerra, convertido en penal de desesperados, instaló una comunidad de Hijas de la Caridad y dos sacerdotes, para quienes obtuvo del propio Caudillo la exención territorial: tenían acceso a religiosas y a sacerdotes, TODOS los presos, libremente...

¡Para no acabar...!

Como ve, yo me felicito de todo lo que Alfonso Iniesta nos ha contado... ¡PERO ECHO EN FALTA tanto por contar!

¡GRACIAS! por su delicadeza de hacerme llegar este ejemplar, con sus líneas acompañatorias.

Le saludo muy cordialmente en el Señor.

CORNELIO.»

AMPLIANDO LA CARTA DE DON CORNELIO

Refiriéndose de soslayo pero en concreto al clero catalán refugiado en Pamplona, Sospedra Buyé, en la misma línea de don Cornelio, acaba de escribir:

«El obispo de Gerona (doctor Cartanyá) en la persecución religiosa de 1936, salva su vida huyendo al extranjero y desde allí pasa a la “zona nacional”, alojándose convenientemente en Pamplona, gracias a su obispo reverendísimo padre Olaechea, salesiano, cuya caridad para con los catalanes escapados de la persecución (monjes de Montserrat, y otros) parecía no conocer límites.»

Creo que ni don Cornelio ni el padre Sospedra son hiperbólicos.

Si yo tuviera que puntualizar la caridad de nuestro don Marcelino, añadiría, como dichas por él, las mismísimas palabras que de sí propias escribe Santa Teresa:

«Y con las personas que decían mal de mí (que me hacían sufrir) no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo; no sé cómo era esto, bien dado de la mano del Señor.»

Soy testigo, por ventura el más informado, de que este aspecto sumo de caridad *diligete inimicos vestros*, sin omitir otro alguno, fue cumplido por nuestro arzobispo con perseverancia y sin excepción, heroicamente, hasta el fin de su vida mortal.

JOAQUÍN MESTRE, pbro.

SOSPEDRA BUYÉ, Antonio, C.P.C.E. (Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey). *El Beato José María Escrivá de Balaguer y el Padre Vallet*, pág. 21, segunda edic., Imp. Copistería Reñé. S. L., Distribuidora Balmes, Barcelona, 1992.
SANTA TERESA, *Relaciones espirituales*, tercera, n. 3.

De Carmen Hernández Barrera,
iniciadora con Kiko Argüello y con él codirectora general
de EL CAMINO NEOCATECUMENAL

«Roma, 12 abril 1993

Don Joaquín Mestre Palacio

Don Joaquín, le recuerdo siempre en el Señor, y con gran afecto.
Recibí el libro *Hijo de obrero, Arzobispo de Valencia*, y me dio gran alegría.
Espero en la beatificación. Yo certifico para la santidad.
Se lo he enseñado al Papa.
Me gustó mucho lo de la muerte.
Rece por mí.
¿Cuándo nos veremos? Espero que antes del Cielo.
Un abrazo en Cristo Jesús.

CARMEN»

De María Ángeles Sagristá Rodó,
directora general del Instituto Pontificio
MISIONERAS DE CRISTO JESÚS

«Madrid, 14 de abril de 1993

Don Joaquín Mestre Palacio, pbro.
Valencia

Muy estimado don Joaquín:

Acabo de leer con sumo gusto el libro que don Alfonso Iniesta ha escrito sobre nuestro arzobispo don Marcelino.

Don Alfonso dice cosas muy hermosas; pero, a mi modo de ver, se queda corto, muy corto, pues la figura de don Marcelino es gigantesca por donde quiera que se mire, incapaz de ser ceñida en cien páginas.

Me parece que una de las facetas más anchas y sobresalientes de don Marcelino, es precisamente la faceta misionera.

Todos sabemos que él, siendo joven salesiano, pidió formalmente a los superiores mayores de la Congregación, que le enviasen a una de las misiones que los hijos de Don Bosco tienen en las vanguardias de la Iglesia. Todos sabemos que, si no se cumplió su deseo fue a causa del bacilo de Koch, que le tuvo durante un par de años al borde de la muerte.

Pero luego fue obispo, y desde su «puesto de trabajo en la Viña», como gustaba él decir, hizo cuanto pudo, que fue muchísimo, en favor de las Misiones.

Nosotras, las Misioneras de Cristo Jesús, somos de ello testigo directo, cumplido y vivencial. Le debemos todo lo que somos, hasta nuestra misma existencia y modo de ser.

Por esto, nuestra gratitud es inmensa, de todas nosotras; pero muy en particular de las que tuvimos la fortuna de tratarle, observarle y recibir de él en persona las enseñanzas, el ejemplo de vida, siempre consecuente y luminoso, las orientaciones personales y comunitarias que nos dio, útiles entonces cuando nos las daba, y útiles, sobre todo, en el desarrollo posterior del Instituto.

La idea inicial de nuestro Instituto la tuvo, es cierto, el padre Moisés Domenzain; pero difícilmente se hubiera llevado adelante sin la ayuda de Don Marcelino.

Un día nos dijo él mismo estas palabras, que conservamos en cinta magnetofónica:

“Os vi nacer bajo mi cayado de pastor; y he seguido con entusiasmo el robusto crecer de vuestra vida; acompañándoos a todas con mi oración de cada día, con mi consejo cuando se terció la ocasión y con todo mi cariño...”

Podía el Señor haberse servido de otro, de miles de otros ministros suyos más nobles y agradecidos que yo, para hacer por vosotras, para hacer por vuestro Instituto, el bien que yo os haya podido hacer, el bien que siempre quise haceros.

Podía,

y... contó conmigo,

y... Él no se despista

y... yo no valgo cuatro cuartos

¡Misterio!

Rogad para que cuando al fin de la jornada mortal lo descifremos con y en Él, nos gocemos para siempre en la misteriosa elección de su bondad divina.”

Cuando ahora repasamos sus cartas nos damos cuenta de que el tal misterio, tiene una clave: Cristo en sus palabras, Cristo en su vida:

“... vuestro espíritu es de caminantes, de ir sembrando. Otras, que vengan haciendo filigranas donde vosotras habéis abierto el surco.

Amplias, sinceras en vuestra vocación, Cristo es el que importa. Saber pensar, para que cuando llegue el momento real, digáis: Alegres, esponjadas, decididas por Cristo a lo que sea. Si no, no tenéis razón de ser...”

El año próximo, 1994, cumpliremos, D.m., el 50 aniversario de nuestra fundación. Don Marcelino, estribo que nos sostuvo de continuo en la tierra, desde el Cielo nos seguirá sosteniendo, bendiciendo y sonriendo con aquella sonrisa suya, insinuada, serena y serenadora, en la que nunca sorprendimos eclipse alguno.

Fue un hombre excepcionalmente culto y sabio; grande, porque fue sencillo; eficaz, porque anduvo siempre con valentía en la verdad; un hombre rico, porque lo dio cada día todo; poseedor del mayor equilibrio, porque se dio a sí mismo sin reservas. Buscó en todo y en todos y siempre, la gloria de Dios, y nada más. Nunca solicitó algo a cambio. Así murió, como todos sabemos, sin tener un céntimo, y con una sencillez sublime, que sólo halla semejanza en la de los grandes siervos de Dios.

El que en vida no hizo otra cosa que sembrar alegría, murió sonriendo; el que en vida no hizo sino amar a los demás, murió habiéndoles dado todo cuanto tuvo y habiéndose dado a sí mismo, con la mirada siempre fija en AQUEL ÚNICO que fue el eje y centro de su constante proceder, CRISTO JESÚS.

Pero, si usted, don Joaquín, ve a don Alfonso Iniesta, autor de HIJO DE OBRERO, ARZOBISPO DE VALENCIA, exprésele nuestra felicitación y gratitud más cordiales, por el trabajo que acaba de publicar, pues, en su concisión es certero y muy feliz.

Y reciba, don Joaquín, el gran afecto que le profeso y, con el mío, el de todas nosotras las Misioneras de Cristo Jesús, que siempre nos tenemos por verdaderas hermanas tuyas.»

MARÍA ÁNGELES»